

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

---

Federico González Suárez

Estudio Histórico  
sobre los Cañaris Pobladores  
de la Antigua Provincia  
del Azuay

Cuenca—Ecuador, Diciembre de 1965



***Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons:***

***Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas, 3.0 Ecuador***

***(<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ec/>). Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidades comerciales y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.***

**ESTUDIO HISTORICO SOBRE LOS CAÑARIS POBLADORES  
DE LA ANTIGUA PROVINCIA DEL AZUAY**





FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

Estudio Histórico  
sobre los Cañaris Pobladores  
de la Antigua Provincia  
del Azuay



CUENCA—ECUADOR

1965





Monseñor Federico González Suárez,  
Arzobispo de Quito.



## GONZALEZ SUAREZ Y SU PRIMER ESTUDIO HISTORICO

Aunque, en verdad, el libro que reproducimos no sea histórico en el fiel sentido de la palabra, pues por su índole y desarrollo pertenece a la prehistoria —quizás, mejor, a la arqueología teórica—, le decimos histórico porque así le llamó su autor, y porque sirvió de pórtico a la enorme producción historiográfica de Monseñor. Es la primicia entre una larguísima lista de trabajos publicados durante más de cuatro décadas.

González Suárez abrió y cerró su vida de historiador con publicaciones de índole prehistórica y arqueológica, en especial. El hecho merece ser destacado pues, sin paradoja, vale la pena decir que una tarea biográfica entregada por entero a la historia del Ecuador, tuvo como límites biográficos y bibliográficos, un conjunto muy sistematizado de estudios prehistóricos.

El valor del libro que reproducimos es, sin duda, imponderable. No porque no se encuentre superado —que en buena porción lo está. No porque haya servido de pauta a otros de análoga condición. Sino por cuanto representa en las letras y en el pensamiento azuayos un punto de partida de actividades históricas, altamente mantenidas, en el Centro de Estudios Históricos y Geográficos, durante veinte años.

El Estudio sobre los Cañaris ha merecido dos ediciones, las dos muy escasas, raras y muy solicitadas por especialistas y bibliógrafos. La primera fué menos numerosa

y en su forma original difiere de la segunda, a la que se agregaron un estudio liminar de Carlos Manuel Larrea y un epílogo de Jesús Arriaga. Ambos nos parecen muy interesantes, y esta preferencia para reimprimir la segunda edición, ojalá encuentre la amable acogida de los lectores.

El ensanchamiento de la arqueología y los avances de las ciencias filológicas rectifican criterios y abren perspectivas cuya posibilidad no se sospechaba antaño. Por tanto, los trabajos de la arqueología moderna, llevados a término en el Ecuador por especialistas nacionales o extranjeros, sobrepasan a los de Monseñor, quien, aun cuando certeramente llegó a intuir mucho de lo que se comprobó después, no puede ser considerado como autoridad inapelable. Pero, y aquí está el valor de lo duradero, cualquier tipo de investigación prehistórica del Ecuador no logrará prescindir de los trabajos de González Suárez, como no logra prescindir del primer tramo de una escalera quien desea subir decente y lógicamente a los aposentos de arriba.

Creemos que el Estudio Histórico sobre los Cañaris contribuirá notablemente a acrecentar la afición por la arqueología teórica y de campo, luego de un largo receso de esta clase de investigaciones, que hoy renacen en el país, y en nuestro medio, con entusiasmo y mejor preparación. Las cátedras de antropología cultural, de historia de la cultura ecuatoriana, de prehistoria americana que existen en las diversas Universidades, nos lo agradecerán, así como historiadores y arqueólogos, cuyo afán por conocer las cosas viejas de América va en aumento cada día.

La Universidad de Cuenca, además, con esta publicación rinde homenaje a la memoria del esclarecido historiador que, en sus años juveniles, fué maestro y compañero, en la investigación histórica, de egregios Rectores de esta Casa de Estudios.

G. C. G.

## INTRODUCCION

### I

EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS Y GEOGRAFICOS DE CUENCA, benemérita institución que viene laborando con gran éxito en el campo de la historia patria, ha querido incluir en la importante serie de sus publicaciones, una nueva edición del "ESTUDIO HISTORICO SOBRE LOS CAÑARIS, antiguos habitantes de la Provincia del Azuay, en la República del Ecuador", por FEDERICO GONZALEZ SUAREZ.

Hízose la primera edición de esta obra en Quito, en 1878; y fué tan corta, que hoy se considera cada ejemplar una rareza bibliográfica de nuestra escasa literatura científica del siglo XIX.

La rareza del libro; el nombre de su autor, que es sin disputa el príncipe de nuestros historiadores; el ser éste el primero de sus libros acerca de la historia patria y su valor intrínseco para la Ciencia, son razones por las que merece el mayor encomio y aplauso la decisión del Centro de Estudios de Cuenca.

El digno Presidente de este Centro, Señor Doctor Dn. Remigio Crespo Toral, nos honró en gran manera al pedirnos pusiéramos unas palabras al frente de esta nueva edición del libro que, justamente, es considerado por los cultivadores de la Historia ecuatoriana como una reliquia veneranda. Si hubiéramos atendido sólo a nuestra insuficiencia, habríamos declinado el honroso encargo; pero hemos querido aceptarlo para rendir un público homenaje de nuestro profundísimo afecto a la memoria del inolvidable Maestro; de nuestra admiración constante por aquel que es la gloria más pura de la patria, uno de los hombres más grandes de la América La-

tina; y de nuestra gratitud imprecadera para quien guió nuestros pasos en el camino de la Ciencia y supo hacérsela amable y atractiva.

No tratamos de hacer aquí un estudio crítico minucioso de los hechos registrados y de las teorías expuestas por el Ilmo. Sr. González Suárez en el **Estudio Histórico sobre los Cañaris**; queremos sólo demostrar la importancia de esta obra en relación con los estudios americanistas, principalmente con los realizados en el Ecuador; queremos señalar el lugar que ocupa en la literatura nacional y la influencia que ha ejercido en posteriores trabajos sobre nuestra Historia. Anotaremos, también, brevemente, las concordancias o variantes entre las ideas lanzadas en este libro y las que, acerca de los Cañaris, emitió el Ilmo. Señor González Suárez en sus demás obras históricas; y finalmente, nos permitiremos hacer una que otra rectificación a las hipótesis del Autor, para lo cual nos serviremos de las notas que el sabio Profesor Dr. Max Uhle ha tenido la bondad de comunicarnos, y de los estudios modernos que se han hecho sobre la Arqueología del Ecuador.

Destino es de toda obra humana sufrir la acción destructora del tiempo; y ni la obra científica se halla fuera de esta ley, pues que también la Ciencia, con su marcha progresiva y el transcurso de los años, va borrando hoy las que ayer fueron sus últimas palabras. Quedan, sin embargo en pie, como piedras miliarias que señalan el camino recorrido por los hombres en pos de la Verdad, ciertos hechos, ciertas obras, verdaderas conquistas de la inteligencia humana, que la historia de la cultura y del progreso de las ciencias no puede echar en olvido. Tampoco pueden olvidarse aquellas obras que marcan el principio de un nuevo movimiento científico o de una nueva orientación del espíritu humano en sus investigaciones para alcanzar la Verdad. Estas obras no perecen, por más que nuevos descubrimientos, métodos nuevos vengán a rectificar las antiguas hipótesis: sus autores pasan con gloria a la inmortalidad.

Tal acontece con el **Estudio Histórico sobre los Cañaris**, la primera obra de Historia ecuatoriana escrita por el ilustre fundador de la ciencia arqueológica en nuestra patria. Este pequeño libro marca el punto de partida en la admirable carrera del sabio polígrafo que legó a la posteridad las áureas páginas de la **Historia General**

del Ecuador. Es la iniciación de aquella serie de monografías históricas con las que el ilustre compatriota había de conquistarse justo renombre, merecida fama, aun más allá de las fronteras de la patria: es el libro precursor de estudios en un ramo de las ciencias, en el cual penetra con paso firme el ya célebre joven polemista y orador, que después iba a ser uno de los más notables historiadores de América; y es, además, como una semilla que andando el tiempo ha germinado y que llegará a dar frutos de ciencia, pues ha dirigido las inteligencias hacia rumbos nuevos, hacia la investigación de los oscuros problemas de la Prehistoria ecuatoriana.

Es por todo esto que consideramos el **Estudio Histórico sobre los Cañaris** como una reliquia veneranda. Pero además, el libro tiene un valor intrínseco para la Ciencia y su mérito crece si se considera la época en que fué escrito y el medio en el cual se dió a luz.

Un sentimiento noble y purísimo de amor a la patria resplandece, de un modo especial, entre las múltiples virtudes que en alto grado poseyó González Suárez; y aquel sentimiento se refleja desde el primero de sus discursos que conocemos, el pronunciado en 1871, en el Colegio de los Jesuitas, sobre "**La poesía en América**"; "**Amo a la América, —exclama— y la amo con ternura por sus largos padecimientos; amo a la América y la admiro por su heroico valor; amo a la América y la amo con cierta especie de reverencia por ser la patria de mis padres, y quiero con especial cariño al Ecuador por ser mi patria**"... "**que los sabios hablen de ciencia, yo sólo sé hablar de cosas de mi patria**". Y las cosas de la patria, la historia de la patria, atraían desde entonces su clara inteligencia, y a su estudio se consagraba con ardor y entusiasmo. Ya en aquel mismo discurso aparecen las dotes del historiador: su recto criterio, su imparcialidad, su erudito saber, su valor para decir la verdad, toda la verdad, aunque las circunstancias no fueran las más propicias. La sólida preparación en el estudio, el orden y claridad en la exposición, su crítica recta y justiciera y sobre todo su gran amor a la Historia, se muestran en el opúsculo sobre **El Poder temporal del Papa**, que publicó en 1874. A su espíritu profundamente religioso, a su fe viva y ardiente se unen ese acopio de erudición que distingue a todas sus obras y una lógica inflexible al exponer los argumentos, sin que las abundantes citas en que apoya el relato de los hechos, vuelvan pesada su lectura, que en veces arrebatada por la elocuencia

del período y por la elegancia de la frase. Nicolás Jiménez dice que alcanzó con esta obra "el justo renombre de escritor correctísimo, literato de vuelo y ardoroso apologista católico". Sus discursos y oraciones fúnebres habíanle granjeado fama de gran orador y la fuerza de su dialéctica y la vasta ilustración que campean en sus **Exposiciones en defensa de los principios católicos** hacían considerarle polemista incomparable.

Acababa de publicar la célebre **Condenación de la Carta a los Obispos**, las cinco magníficas **Exposiciones** a que hemos aludido y la no menos admirable **Defensa de los principios Republicanos**, y aún resonaban los vibrantes discursos pronunciados en la Asamblea Constituyente de Ambato, sobre la libertad de imprenta, la Religión del Estado y la unidad religiosa en el Ecuador, cuando apareció en Quito el **Estudio Histórico sobre los Cañaris**. Para la mayor parte del público este escrito pasó desapercibido; en unos pocos que seguían el movimiento literario de la época, causó extrañeza, estupor mismo, la nueva orientación del joven escritor a quien esperaban ver consagrado exclusivamente a la cátedra sagrada y a la polémica religioso-política, que absorbía casi todas las actividades nacionales.

"La publicación de mi **Estudio Histórico sobre los Cañaris**, —dice el mismo Sr. González Suárez en la hermosa carta dirigida al Ilmo. Sr. Pólit, (1)— fué recibida por el público con la más completa indiferencia, y hasta con desdén: no faltó quien se arrepintiera de haberse suscrito a un ejemplar, y eso que la suscripción no valía más que un sucre: algunos individuos me calificaron de ocioso, porque, siendo clérigo, me ocupaba en escribir cosas de los indios..." Y luego añade con razón: "Cuando yo comencé mis trabajos arqueológicos, carecía de público en nuestra patria".

Con frecuencia, el inolvidable Maestro, para alentarnos cuando estábamos en los comienzos de nuestros estudios, nos contaba los obstáculos que tuvo que vencer, los tropiezos que halló a cada paso en sus investigaciones históricas, la tenacidad con que las prosigió a pesar de la falta de libros, de fuentes de consulta, de recursos económicos y de atmósfera adecuada para los trabajos científicos. "En mis estudios arqueológicos, en mis investigaciones históricas,

---

(1) Se publicó en el "Boletín Eclesiástico", Año XXVº, N° 10, págs. 340-46.

—dice en la antes citada carta— yo estaba solo, aislado; no tenía a quien consultar nada, ni a quien pedir consejo. —Me aprovechaba del ejercicio del santo ministerio para hacer algunos estudios; pero aún en esto tenía que proceder con mucha discreción, con cautela, con disimulo, para no exponerme a causar escándalo; pues aunque las gentes de los pueblos a donde iba como misionero me veneraban, con todo, les sorprendía eso de buscar ollas de barro y tiestos de indios gentiles. —¿Para qué buscará eso?— decían. Cuando me veían hacer algún dibujo de las ruinas de los antiguos edificios, discurrían que estaba buscando entierros o huacas, porque suponían que yo había de saber donde las había”.

Efectivamente, la mayor parte del pueblo no podía concebir que se hicieran viajes, desmontes, excavaciones, sino por buscar el oro de las huacas; ni podía imaginar que se guardasen con afán trozos de cacharros o los restos humanos que se hallaban, sino por una extravagancia o locura, cuando no atribuían a esa singularidad fines supersticiosos o de hechicería.

¡Con cuán pocos libros, y cuán difícilmente reunidos, comenzó González Suárez sus estudios arqueológicos! Con cuánta dificultad y cuántos sacrificios coleccionó algunos objetos extraídos de las tumbas de los aborígenes, salvados de la destrucción a que los condenaban los buscadores de tesoros, que al violar los sepulcros, impulsados por la sed de riquezas, despedazaban los cacharros y echaban al fuego los objetos de madera como inútiles e inservibles.

Habiendo reunido, pacientemente, considerable acopio de datos; después de seis años de preparación, en los que había consultado buen número de libros, muchos de ellos de rareza extraordinaria, y no pocos documentos importantes, escribió el **Estudio Histórico sobre los Cañaris**. Para imprimirlo tuvo que vencer nuevos obstáculos: en Cuenca no había facilidades, por entonces, para ilustrar con láminas el libro. Sólo en Quito existía una prensa litográfica, propiedad del Sr. Dn. Carlos Matéus, quien la prestó generosamente; pero faltaban lápices y quien supiera manejarlos. El insigne artista Dn. Joaquín Pinto se encargó del trabajo, fabricó los lápices y las deficientes láminas, —entonces extraordinario éxito de nuestras artes gráficas—, fueron hechas por el pintor y por su esposa. La falta de recursos hizo que se limitara la edición, la cual no llegó a cien

ejemplares. Al cabo de tantos trabajos, el libro vió la luz en Septiembre de 1878. Lo imprimió J. Guzmán Almeida, en la imprenta del Clero, en formato de 8º mayor, y fué dedicado a tres de los jóvenes que componían la sociedad literaria Liceo del Azuay.

Ya hemos dicho que el libro fue recibido con indiferencia, con desdén, por la mayor parte del público; no sabemos que se haya levantado ni una voz de estímulo y elogio; antes por el contrario muchas personas lamentaban que aquel joven sacerdote, dotado de tan relevantes prendas, de tan clara inteligencia y vasto saber, se dedicara a investigaciones de una oscura historia, en vez de consagrarse a combatir por la prensa el liberalismo. Veamos cómo nos cuenta el Autor, en la mencionada carta al Ilmo. Sr. Pólit, la acogida que tuvo su libro: "Cuando, por fin, vencidas tantas dificultades, logre dar a luz mi Estudio Histórico, esperando llamar la atención del público, me llevé un gran chasco; el cual me habria desalentado para siempre, si en todas mis labores literarias no me hubiera propuesto como fin principal la gloria divina: deseaba honra para mí; pero no para complacerme yo en ella, sino para que el sacerdocio ecuatoriano adquiriera prestigio mayor".

"Tan desusado y desconocido era el género entre nosotros, —dice hablando de esta obra el inteligente biógrafo Sr. Jiménez—, (1) que más bien hubo personas —y de las ilustradas— que hicieron fisga de la seriedad y fervor con que el presbítero cuencano, (residia por entonces en Cuenca), desperdiciaba su tiempo en coleccionar y describir los cacharros de los indios".

Para explicar la acogida que tuvo el primer libro de Arqueología ecuatoriana en nuestra patria, preciso es que recordemos las tristes circunstancias políticas de la República, que nos demos cuenta del ambiente que reinaba y veamos cuán poco adecuado y propicio era, para las serenas labores de la Ciencia.

Pocos años antes, en 1875, había caído bajo el hierro homicida el Ilustre García Moreno, protector decidido de las ciencias y gran impulsador de la instrucción pública en nuestra patria. Con su muerte se paralizó la gran corriente de progreso científico en que

---

(1) Revista de la Sociedad Jurídica-Literaria, N. S. Tomo XIX, Nos. 54 y 55, Pág. 256.

había entrado el Ecuador desde el establecimiento de la Escuela Politécnica y la reforma de los estudios. Después de breve espacio de tiempo en que pudo gozar de paz la República, volvió a ser convulsionada por las agitaciones políticas. Surgió la revolución que echó abajo al Gobierno de Borrero, y con el establecimiento de la Dictadura del General Veintemilla, volvió la era de luchas y rencores, de odios y venganzas que agitaban a todos los partidos. Las energías todas se gastaban en la lucha política, en combatir a la Dictadura o el régimen militar y despótico que se había implantado después de la traición de Setiembre, suscitaba reacciones violentas; la prensa hostil al Gobierno ocupábase sólo en atacarlo y la que le era partidaria, en defender sus desmanes. Entre la Iglesia y el poder gubernativo estalló guerra encarnizada, que provocó extremas violencias de una parte y de otra. El envenenamiento del Ilmo. Sr. Checa, Arzobispo de Quito, hizo crecer la consternación en el pueblo y la agitación y odios de las facciones políticas. Voces airadas se elevaban por todas partes; en diversos lugares de la República estallaban conatos de revuelta, y para sofocarlos el Gobierno echaba mano de todos los medios de que dispone la tiranía: prisiones, destierros, persecuciones de las que no se libraron los mismos Preiados y que provocaron el entredicho de las iglesias, ordenado por el Vicario Capitular de Quito. El Gobierno decretó la suspensión del Concordato. En una palabra, todos los partidos conspiraban por derrocar la Dictadura y el país era presa de la anarquía, el desconcierto y la zozobra más grandes.

¿Cómo iban a estar dispuestos los ánimos para apreciar un libro científico, que olvidando las luchas del momento, se consagraba a investigar la Prehistoria de una porción del Ecuador? Qué impresión podrían producir las pacientes anotaciones extractadas de viejas crónicas, acerca de un pueblo indígena de nuestra Sierra andina? Qué interés podían despertar las prolijas descripciones de objetos arqueológicos, las interpretaciones de nombres geográficos, las conjeturas sobre la historia Cañari, en medio de esa atmósfera caldeada por las pasiones políticas?

## II

No sólo la agitación que conmovía la República absorbiendo todas las preocupaciones impidió se prestará atención al Estudio

Histórico sobre los Cañaris, sino que en aquella época, la índole misma de la obra no podía despertar entusiasmo entre nosotros, pues los estudios históricos hallábanse muy atrasados y los de prehistoria, se puede afirmar, que eran casi enteramente desconocidos. "Como en el Ecuador no existía aún la afición a los estudios arqueológicos, —dice el Ilmo. Sr. González Suárez, en el prólogo de la **Historia General**— como el cultivo de las ciencias naturales y de observación ha sido tan raro entre nosotros, grandísimos trabajos y gastos increíbles nos han sido necesarios para reunir algunos objetos antiguos y para adquirir obras valiosas, que no son para la exigua fortuna de un eclesiástico, y que en otros países se hallan en las bibliotecas públicas, donde, sin erogaciones enormes de dinero ni graves molestias, pueden leerlas cómodamente los particulares" (1).

Después de publicada la **Historia del Reino de Quito** del Padre Juan de Velasco (1841-44) ninguna obra de aliento sobre la historia patria se había dado a luz, hasta que en 1870 apareció el primer tomo del "**Resumen de la Historia del Ecuador**" por Dn. Pedro Fermín Cevallos. (2) Estas dos obras ejercieron decisiva influencia en la orientación literaria de González Suárez: la lectura de la obra de nuestro antiguo historiador, —dice— me entretenía, me deleitaba, me encantaba desde niño." Y en el Prólogo de la **Historia** relata que con verdadera ansia se consagró a la lectura del tomo primero del **Resumen** de Cevallos, y que lo mismo hizo "con cada uno de los cuatro tomos siguientes, devorándolos conforme los iba publicando su respetable autor". (3)

Mas a pesar de su entusiasmo, la lectura de estas obras no le dejó satisfecho. Halló grandes vacíos, deficiencias notables, sobre todo por lo que respecta a los tiempos de la Conquista y muy principalmente a las épocas prehistóricas; y entonces se propuso com-

(1) **Historia General de la República del Ecuador**, Tomo I, Pág. X, Quito, 1890.

(2) De la **Historia del P. Velasco** hizo una edición, (incompleta, pues sólo llega al libro III de la **Historia antigua**) M. Brandin, en 1837. Esta edición se ha vuelto muy rara.—En 1854 se publicó el pequeño opúsculo "**Recuerdos de los sucesos principales de la Revolución de Quito**, por Salazar y Lozano. En 1863, los "**Apuntamientos Históricos**", de M. Cueva; y puede decirse que estos son los únicos trabajos históricos de aquella época; pues no consideramos tales los documentos relativos a sucesos contemporáneos. La primera edición de la obra de Cevallos se hizo en Lima, en 1870.

(3) **His. General**: Loc. cit. pág. I.

pletar y rectificar el **"Resumen de la Historia"** con notas y apéndices. Para ello, dice, "con la más viva curiosidad y con el entusiasmo propio de la juventud, nos dedicamos, pues, inmediatamente a la lectura de cuantas obras trataran no sólo del Ecuador sino de todos los pueblos que habían sido antes colonias españolas, a fin de investigar sus antigüedades y adquirir conocimiento cabal de su historia"... "Estas lecturas, estos estudios, estas investigaciones continuadas pacientemente por algún tiempo, nos proporcionaron un no despreciable caudal de conocimientos relativos a la historia de América y muy especialmente a la del Ecuador en particular". (1)

Al ver que el caudal de noticias recogido era bien grande, se decidió a escribir una obra independiente y compuso, en primer lugar, el libro de que nos ocupamos.

La erudición que en él se revela es admirable. Toda la parte histórica está fundada en el prolijo estudio de los cronistas e historiadores, y habían sido consultados casi todos cuantos se conocían entonces, desde Oviedo, Jerez, Gómara, Cieza de León, Balboa, Montesinos, Zárate y Castellanos, hasta Herrera, Garcilasso, Acosta, Alcedo, Ulloa y Velasco, todos han sido puestos a contribución. Ni faltan aquellos autores de obras raras y peregrinas en las que se hallan noticias curiosas y muchas veces importantísimas, medio ocultas entre materias del todo diferentes; tales son Calancha, Salinas, Avila, Zamora, García, Arriaga y Andrés de San Nicolás, algunos inéditos todavía. Los documentos, originales que desempolvó de nuestros archivos son muchos e importantes; citaremos sólo las actas y decretos del Sinodo diocesano celebrado en Quito, el año de 1593, por el Obispo D. Fray Luis López de Solís, documento precioso que comprueba la existencia de lenguas diferentes del Quichua en las regiones de los Quillacingas, los Pastos, los Puruháes, Cañaris y Costeños. Los historiadores modernos que tratan del Perú y de nuestra patria eran familiares para el ilustre Autor; y Humboldt, Prescott, Desjardins, Lorente etc. son citados a menudo; finalmente, también son numerosos los autores y obras acerca de Méjico y Centro América a que hace referencia.

El **Estudio Histórico sobre los Cañaris** fué, pues, un libro a la altura de los conocimientos históricos de la época; el primer libro

---

(1) His. General: Loc. cit. pág. I.

de historia patria escrito después de consultar todas las fuentes principales; compuesto después de analizar detenidamente el testimonio de cada uno de los Cronistas y de someter a examen crítico cada uno de sus relatos. Lo dicho basta para que se pueda apreciar el valor histórico de esta obra y el lugar que ocupa en nuestra literatura científica.

Pero si el libro sobre los Cañaris tiene una gran importancia histórica, acaso la tiene mayor por ser la iniciación de los estudios arqueológicos en nuestra patria.

He aquí lo que el mismo sabio historiador dice a este respecto, en las muchas veces citada carta a Monseñor Pólit: "Cuando comencé mis estudios arqueológicos, nadie entre nosotros había explorado ese campo, vasto y difícil de explorar con éxito. No había más libros que las obras de Garcilasso, del Padre Velasco, de Humboldt y de Prescott"; y en la Rectificación respecto al área cultural de los Pastos y de los Quillacingas, con la modestia que le hacía ver en su inmensa labor científica sólo una obra de orientación hacia nuevas investigaciones, se expresa así: "Nuestros estudios arqueológicos no tienen más mérito que el de haber comenzado a llamar la atención de nuestros compatriotas y de los hombres de ciencia extranjeros hacia la Prehistoria genuinamente ecuatoriana, confundida e identificada con la cultura incásica. Como nuestros estudios han sido los primeros que se han practicado en la Prehistoria ecuatoriana, no podían menos de ser defectuosos e incompletos; nos aventurábamos con no buenos guías, en un campo solitario y lleno de tropiezos; oscuro y enteramente desconocido" (Rectificación: pág. 13).

Desde luego le corresponde ese gran mérito: fué, efectivamente el primero, el iniciador de las investigaciones arqueológicas entre nosotros, el fundador de una escuela; y el Estudio Histórico sobre los Cañaris, la primera obra de historia ecuatoriana; pero a más de esto, juzgado desde el punto de vista científico, el libro tiene un valor propio; para apreciarlo, es preciso conocer el estado en que se hallaban los estudios arqueológicos en América, al tiempo de su publicación.

Incipientes, por todos conceptos, eran dichos estudios a mediados del siglo pasado y muy poco habían avanzado, hasta 1878: Squier y Davis, con sus trabajos sobre los antiguos monumentos del Valle

del Mississippi (1848); Schoolcraft, con su *Historia de las tribus indígenas* (1856) y Bancroft, con su clásica obra *"The Native Races of the Pacific States of North America"* (1874-1876) son, con Daniel Wilson, Foster, D. G. Brinton, que ya había publicado sus *"Notes on Floridian Peninsula"*, y Bradford, los más altos exponentes de la Arqueología Norteamericana en aquella época. Añadamos los estudios sobre las tribus de California de Powers (1877), la *"Ancient America"* de Baldwin (1872), y casi no quedan sino artículos de revistas y cortas memorias acerca de la Arqueología de los Estados Unidos.

Por más que los grandiosos monumentos de Méjico y Centro América habían llamado grandemente la atención de los sabios, en particular sobre el país Maya, y que ricas colecciones de códices y documentos, como la de Boturini, habían hasta cierto punto facilitado las investigaciones; a pesar de que las antigüedades de aquellos países habían sido ilustradas en las valiosas obras de Dupaix, Catherwood, Charnay, Waldeck y la monumental de Lord Kingsborough, los estudios verdaderamente científicos hallábanse atrasados; extensos y eruditos trabajos como la *"Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale"* del célebre Abate Brasseur de Bourbourg, buscaban en fantásticas teorías el origen de los americanos, establecían aparentes relaciones de cultura entre pueblos remotos del Oriente y los de América o sostenían que el Nuevo Mundo era un resto de la Atlántida sumergida; mientras apenas se daba importancia a la distinción entre las diversas formas de civilización que se habían sucedido en un mismo territorio, ni trataba de buscarse primeramente la extensión de las áreas culturales en los pueblos vecinos.

Naturalmente, de estos defectos de las obras arqueológicas de aquella época, se resiente también la de González Suárez; pero lejos nuestro historiador de remontarse a buscar en los lejanos pueblos del Asia el origen de los Cañaris, trató sólo de probar su parentesco con pueblos de la América Central y con las civilizaciones de México, bajo la influencia indudable de las teorías de Brasseur de Bourbourg, a quien cita con frecuencia. Mas véase cual era su elevado criterio respecto del problema que éste y muchos otros autores se esforzaban, prematuramente, por resolver: "Ciertas palabras fenicias; algunas prácticas religiosas semejantes a las de los hebreos y cartagine-

ses; varias leyes y costumbres análogas a las de otros pueblos asiáticos parecieron fundamentos seguros para señalar el origen de los americanos en los famosos viajes de los navegantes de Tiro, en las dilatadas expediciones de los marinos de Cartago, y en las grandes inmigraciones de los pueblos de las llanuras del Tíbet y del Mogol. La ciencia, entre tanto, ha guardado silencio, dejando a la erudición sistemática fabricar conjeturas ingeniosas, pero destituidas de fundamento sólido; mientras que los filósofos incrédulos del siglo pasado, desoyendo el testimonio de la historia y la voz de la tradición, resolvieron magistralmente la dificultad, decidiendo desde lo alto de su superficialidad científica, que las razas americanas eran tan nativas del suelo americano, como las lianas que entrelazan unos con otros los árboles en las selvas del Nuevo Continente".

Vengamos ya a examinar el estado en que se hallaba la Arqueología de los pueblos sudamericanos, por el año en que González Suárez publicó su *Estudio Histórico sobre los Cañaris*.

Aún ahora la literatura arqueológica sobre Venezuela y Colombia es bastante pobre, si se la compara, sobre todo, con la de otros países. Antes de 1878, si no son las preciosas noticias tan ingenuamente consignadas por los cronistas españoles, —pero que no puede aceptar la ciencia sin sujetarlas a severo examen crítico,— no se hallan más que datos aislados, cortas descripciones de monumentos antiguos y de objetos arqueológicos, en los relatos de exploradores y viajeros. Al asombroso espíritu de observación de que estaba dotado Humboldt, debemos multitud de datos relativos a ciencias apenas nacientes: y en sus obras, —inmortal monumento de su genio— se hallan también curiosas anotaciones arqueológicas. En algunas otras obras generales, se trata de paso de la Prehistoria colombiana; y el "Ensayo sobre la antigua Cundinamarca", publicado por Ternaux-Compans, en París el año de 1842, podemos considerar la primera obra especial sobre la materia. Viene luego el "Compendio de la Historia de Colombia del Coronel Joaquín Acosta, (Bogotá, 1848) que contiene útiles noticias; la "Memoria sobre las antigüedades neogranadinas de Uricoechea, (Berlín, 1854) y el importante trabajo de W. Bollaert "Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, etc". (N. Y. 1858). Fuera de estas obras casi no quedan sino artículos de revistas y periódicos, por lo general de escaso valor científico.

Más pobre aún era la literatura arqueológica de otros países sudamericanos. En algunos se habían hecho publicaciones, más o menos importantes, sobre la antigüedad del hombre y acerca de los problemas antropológicos relacionados con los restos humanos de la Pampa Argentina y los fósiles Lagoa-Santa en el Brasil (1); pero de la hoy rica literatura arqueológica y etnográfica de aquellos países, de la multitud de trabajos sobre la cultura Calchaquí y sobre los indígenas de la Patagonia, puede decirse que no existía nada; sólo a partir de 1880 comienza el florecimiento de estos estudios en el Sur del Continente. Hasta esa época la literatura etnográfica y arqueológica se reduce a las noticias breves y muchas veces erróneas, de los viajeros y navegantes al rededor del Mundo, de algunos exploradores de la Tierra de Fuego y a las anotaciones de los Misioneros, no siempre lo bastante preparados para una labor científica. De gran mérito y utilidad son, sin embargo, las "Cartas edificantes y curiosas escritas desde las Misiones extranjeras" y otras recopilaciones por el estilo; más únicamente como materiales para estudio y base para nuevas investigaciones sobre todo etnográficas y antropológicas.

Respecto de Chile se puede decir que no tenía una literatura arqueológica propia, hasta 1882 en que apareció la obra de Dn. José Toribio Medina, "Los aborígenes de Chile"; anteriormente, se hallan referencias en los libros de Arqueología peruana y en alguno que otro sobre la región andina Diaguita-Calchaquí.

No hay duda que México en la América del Norte y el Perú en la del Sur han sido los países privilegiados para que los arqueólogos les prestaran su atención preferente. Las civilizaciones desarrolladas en el antiguo Anahuac, en Yucatán y en Guatemala, así como las que florecieron en el altiplano de Bolivia, en el Perú y el Ecuador han sido objeto de estudios muy importantes: ya desde mediados del siglo pasado, la más rica y abundante literatura, de la referente a la Arqueología americana, correspondía a estos países. Con todo, si hacemos el recuento de las obras arqueológicas que sobre el Perú existían en 1878, veremos que dichos estudios estaban todavía poco desarrollados.

(1) Acerca de la Etnografía del Brasil había publicado, en 1867, Carl Friedrich Phil. von MARTIUS, una importantísima obra que se titula "Beiträge zur Ethnographie und Sprachenkunde Amerika's, zumal Brasiliens" (Leipzig, 2 vol., 1867).

Después de Humboldt —“el padre de la Arqueología americana”— cuyas obras dadas a luz a principios del siglo, constituyen un monumento científico grandioso, ningún trabajo importante hay hasta que se publicaron los resultados de la expedición de Alcides d'Orbigny, verificada de 1823 a 1826, y que aportó nuevos datos etnográficos sobre la América Meridional; mas estas expediciones tenían como fin primordial diversos ramos de las ciencias naturales y daban, por lo general, mayor importancia a la Antropología física, ciencia que, por lo que respecta a nuestro Continente, recibió gran impulso con la publicación de la “Crania Americana” de Morton (1839).

De Castelnau, en su “Expédition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud” (1850-61), consagró un volumen a las antigüedades de los Incas y de otros pueblos antiguos. Este es, sin duda, el mejor Atlas de antigüedades peru-bolivianas, después del gran Atlas de Tschudi y Rivero, que se publicó un año antes, en 1851. Pero si el Atlas de Castelnau presenta una colección bastante rica de retratos, monumentos antiguos y objetos arqueológicos, el texto explicativo de las sesenta láminas apenas alcanza a siete páginas y en toda la obra no llegan a veinte las consagradas a la Arqueología del Perú. La obra de Rivero y Tschudi, cuyo magnífico Atlas se publicó en Viena, es, verdaderamente, la obra clásica de peruanología en aquella época; y ésta con las de Squier, (1) Bollaert (2) y Markham, las más importantes publicaciones sobre el Perú antiguo, que precedieron a la obra de González Suárez.

A Markham, “el más eminente de los americanistas ingleses”, como lo califica Vignaud, se debe la difusión de muchas fuentes documentales para la Prehistoria peruana; y Ternaux-Compans contribuyó en gran manera al conocimiento de algunas Crónicas muy raras, abriendo así el camino a los estudios sólidamente fundados; sin embargo, hasta la publicación de la conocida obra del Marqués de Nadaillac, “L'Amérique Préhistorique”, (1883), falta sistematización y crítica en todos los trabajos arqueológicos.

---

(1) Ephraim George Squier, publicó una serie de estudios sobre el Perú antiguo entre 1853 y 1883.— Es muy conocido el libro “Incidents of Travel and Exploration in the Land of Incas”, New York, 1877, 89.

(2) William Bollaert es el autor de varios artículos apreciables, publicados así mismo, en su mayor parte, en revistas científicas de 1831 a 1874.

A más de los dichos, muy pocos trabajos merecen citarse, y son, en su mayor parte breves artículos de revistas, como el de Falbe, "Vases antiques du Pérou", que llena siete páginas de las Memorias de la Sociedad Real de Anticuarios del Norte (1840); o los trabajos de Baldwin, Evans, Denis, y algunos otros, demasiado generales o de poco valor científico.

La primera reunión del Congreso de Americanistas se verificó en Nancy el año de 1875 y en dicho Congreso se presentaron algunas memorias sobre Arqueología peruana: Campbell es el autor de un estudio bastante extenso sobre las tradiciones de las antiguas razas del Perú y de Méjico y su identidad con las de los pueblos históricos del Viejo Mundo. Otros varios trabajos existen anteriores a 1878, en los cuales se da capital importancia a pretendidas reminiscencias bíblicas en las tradiciones antiguas de los indios; a la concordancia de nombres de las divinidades egipcias o caldeas con las americanas y semejanza entre sus ritos y ceremonias. El origen, finalmente, de su civilización, era el tema favorito de artículos y disertaciones; y en este punto, cuando no se lanzaban, como hemos dicho, fantásticas teorías y se trataba de explicar las civilizaciones del Nuevo Mundo por la inmigración de fenicios o judíos, buscábase por lo menos un solo centro de cultura desde el cual se pretendía que derivaban todas las diversas formas desarrolladas en lejanos puntos del Continente. Así Angrand sostenía que la civilización de Tiahuanaco había sido llevada a las orillas del Titicaca desde las altiplanices del Anahuac; y en las grandiosas ruinas bolivianas creía ver los signos de la religión Tolteca. (1)

Esta tendencia general de los arqueólogos americanistas de entonces, tuvo su influjo en las ideas de González Suárez; pero a diferencia de la mayor parte de los autores que trataron sobre el Perú antiguo, nuestro gran historiador se esfuerza por distinguir las diversas culturas que florecieron en el territorio de la antigua nación Cañari e insiste en la necesidad de examinar cuidadosamente las manifestaciones de éstas, a fin de no confundirlas con los productos de la cultura incásica, bajo cuya denominación encerraban comúnmente los viajeros y exploradores, todas las antigüedades de los

(1) Lettre sur les antiquités de Tiahuanaco et l'origine presumable de la plus naciennne civilization du Haut Pérou.— Paris, 1866.

territorios a que se extendió en otros tiempos, el dominio de los Incas.

Hemos visto, rápidamente, el estado en que se hallaban los estudios arqueológicos sobre América, antes de 1878; y hemos pasado revista a todas las principales obras acerca de la Arqueología peruana, anotando cuáles eran las tendencias generales, los puntos de vista dominantes y los mayores defectos de aquella literatura científica. Recorramos ahora las páginas del **Estudio Histórico sobre los Cañaris**, veamos brevemente el plan y el desarrollo del primer libro de Arqueología ecuatoriana, y podremos apreciar en su justo valor esta obra del sabio polígrafo, que sin predecesores en nuestra patria, sin maestros a quienes consultar, sin nadie con quien tratar y discutir los arduos problemas de la Prehistoria, escribió este libro, fruto de largas y pacientes investigaciones.

### III

Comienza González Suárez por hacer notar que si bien los antiguos cronistas castellanos, bajo la impresión que les causara la civilización incásica, tratan largamente en sus crónicas, de los Incas, de su gobierno, de sus instituciones, usos y costumbres, no existe una historia completa de su Imperio, puesto que, de muchas de aquellas naciones o pueblos que formaron el vasto Tahuantinsuyo, apenas se ha conservado, en las crónicas, el nombre; sin que sepamos otra cosa de su historia que el haber sido sujetos, por la fuerza o por alianzas, a los soberanos del Cuzco. La nación Cañari es una de aquellas sobre las que hay muy pocas indicaciones en los cronistas: nuestro historiador enumera los que se han ocupado de ese importante pueblo y recuerda las demás fuentes para rastrear su oscuro pasado: la Arqueología, la Filología y el estudio de los restos de los antiguos Cañaris.

Apoyándose siempre en la autoridad de los cronistas más fidedignos, señala los límites probables del territorio que ocupaba la nación Cañari: la extensión asignada corresponde, poco más o menos, a la de las provincias de Cañar, del Azuay y del Oro. (1) Lue-

(1) Parece probado que las comarcas del Cantón Alausi en la actual provincia del Chimborazo hasta Tiquisambe se comprendían también en el grupo del antiguo Cañar.

go enumera las veinte y tantas tribus de que, según Velasco, se componía aquella nación, y ya desde entonces nótase que vacila su fe en el antiguo historiador, cuya lectura nos cuenta que cuando niño le deleitaba. "Yo creía —dice— todo cuanto en el Padre Velasco leía; no dudaba de nada. Confieso que ésta mi confianza en la autoridad del Padre Velasco me atormentó después de mis primeros estudios arqueológicos, encontrando contradicción entre las narraciones históricas del Padre y la realidad de las cosas". En el *Estudio Histórico sobre los Cañaris*, al tratar de la enumeración hecha por Velasco, se pronuncia en estos términos: "Una crítica ilustrada no puede dar pleno asentimiento a la narración del historiador de Quito. En efecto, fácil es notar que algunos de los nombres de las tribus indígenas son castellanos, y designan lugares o fundaciones españolas; por tanto, o las tribus indígenas, que moraban en aquellos puntos, tuvieron nombres diversos de los que les da el P. Velasco; o es necesario suprimir algunas tribus en la enumeración de las que componían el reino de los Cañaris".

Esta es la primera ocasión en que se manifiesta la duda sobre el valor documental de la obra de Velasco. Nuevas observaciones, investigaciones prolijas hicieron que creciera la desconfianza y que, paulatinamente, nuestro gran historiador fuera emancipándose de la autoridad del célebre Jesuita, cuya *Historia* tanta confusión ha causado en los estudios sobre los tiempos precolombinos en nuestra patria. Las observaciones arqueológicas y el análisis crítico de la *Historia del Reino de Quito*, le condujeron a proclamar, como lo hizo, la necesidad de prescindir en absoluto de aquella crónica, si se quería hacer alguna luz en el laberinto de la Prehistoria ecuatoriana. Ya en la *Historia General* rechazó esta clasificación de las tribus Cañaris, pues el fundamento en que se apoya Velasco no tiene nada de científico (1). En "Los Aborígenes de Imbabura y el Carchi", cuya segunda edición se hizo en Quito, en 1908, rectifica todo el relato contenido en el tomo primero de su gran obra y hecho según la narración de Velasco; sostiene que debe tenerse como fabulosa toda la historia de los Schyris y opina que debe eliminarse totalmente de nuestra historia la famosa dinastía de los soberanos de Quito. En las "Notas Arqueológicas", al estudiar de nuevo esta misma cues-

(1) "Historia General del Ecuador".— Tomo I, Lib. I. pág. 40.

ción de las tribus Cañaris, es aún más explícito y terminante: "¿Cuál es el fundamento o el hecho, —dice— que le servía de base al Padre Velasco para distinguir una tribu de otra? ¿En qué se apoya su clasificación? —Ese hecho fundamental, esa base de clasificación, no es la lengua, no es la raza, no es la cultura social: ¿cuál es?— La clasificación nos parece arbitraria, y fundada únicamente en la topografía, en la localidad en que vivía cada población indígena: la base parece haber sido tomada de las parroquias o poblaciones. La clasificación carece, por lo mismo, de fundamento científico; y podemos calificarla de arbitraria: en la Prehistoria ecuatoriana no debe tenerse en cuenta" (1).

Véase, pues, cómo sus ideas acerca del testimonio del P. Juan de Velasco habían ido evolucionando, merced al estudio y observación de los hechos. En este su primer libro de historia patria, González Suárez da el primer paso en la crítica de la obra tenida hasta entonces como documento irrecusable; en sus últimos escritos arqueológicos llegó a probar de modo terminante, el ningún valor del testimonio de Velasco en la fabulosa historia de los Schyris y su perniciosa influencia en los estudios que han querido hacerse, siguiendo la narración del Jesuita riobambeño, sobre los pueblos indígenas ecuatorianos. No poca gloria corresponde al ltmo. Señor González Suárez, por este paso de positivo valor para la ciencia; por más que modernos y muy ilustrados autores no se atrevan a prescindir de la autoridad tradicional del célebre cronista quiteño, y mal que les pese a los que, confundiendo lastimosamente la leyenda con la historia, quisieran dar a aquella el valor científico de ésta.

Si el estado de la Arqueología americana cuando fué escrito el *Estudio Histórico sobre los Cañaris*; si las dificultades que halló su autor para verificar extensas investigaciones científicas, le hacen incurrir en no pocos errores véase cómo su clara inteligencia le lleva a buscar la verdad en el estudio comparativo de los cronistas; y en la observación de los objetos extraídos de las tumbas aborígenes, los materiales para la formación de la Prehistoria ecuatoriana. Y véase cómo, desde el primer capítulo, plantea y se hace cargo de los múltiples problemas respecto del origen, del idioma y de la cultura de las diversas tribus que formaron la nación Cañari. Con

(1) "Notas Arqueológicas": Quito, 1915.— VIII. Págs. 83 - 84.

juicio admirable señala el rumbo que debe seguirse en las investigaciones, para llegar a resolver esos problemas; indica los escollos que debe evitar el historiador, a fin de que, con cautela, con maduro discernimiento, admita como ciertos, solamente los testimonios depurados en el crisol de una crítica severa.

El capítulo segundo, que trata de la conquista y dominación de los Incas en el país cañari, revela profundo conocimiento de los cronistas castellanos; entretejiendo de varios autores, —como dice el mismo Sr. González Suárez—, forma el relato de los principales acontecimientos que podemos llamar históricos, concernientes a la conquista de los Cañaris por Túpac-Yupanqui, al gobierno de Huayna-Cápac, a la guerra entre los hijos de este soberano, Huáscar y Atahualpa, al triunfo de este último y la cruel matanza de que fueron víctimas los Cañaris.

Los principales autores en que apoya su relato son Oviedo y Cabello Balboa, que sólo conoció por la traducción de Ternaux-Compans, quien había llevado a Francia el manuscrito de Balboa, que se conservaba en la Biblioteca Nacional de Quito, para incluirlo en su colección de libros y documentos referentes a la historia de América. Resume también, aparte, el relato de Montesinos, que difiere en muchos puntos de lo narrado por los demás cronistas, y observa juiciosamente, con cuánta discreción debe aprovechar el historiador de los datos que suministran las "Memorias sobre el Perú antiguo". También la obra del Licenciado Montesinos conoció solamente en la defectuosa versión de Ternaux-Compans, ya que el original castellano fué publicado por Dn. Marcos Jiménez de la Espada sólo en 1882 (1).

En su narración, admite González Suárez que cuando llegaron las tropas del Inca a los confines de la actual provincia de Loja, hallábanse los Cañaris en guerra con los Schyris de Quito. Ya hemos

---

(1) El título exacto de esta obra es "Memorias antiguas historiales y políticas del Perú".—La otra obra del Licenciado Fernando de Montesinos, "Anales del Perú", se publicó en 1906.—De la primera, sacó el Ilmo. Sr. González Suárez, una copia manuscrita, del original que se guarda en la Bibl. de la Real Academia de la Historia, cuando fué a estudiar los archivos españoles; dicha copia se halla ahora en el rico archivo del Sr. Jijón y Casmallo.

dicho que poco a poco fué desechando la legendaria historia de Velasco.

Señalaremos, ahora, cuál fué, a nuestro parecer, la génesis de las ideas del ilustre historiador respecto al origen de los Cañaris:

La antigua tradición de un diluvio, que se halla en las cosmogonías y en el folklore de muchos pueblos, se encuentra también entre los Cañaris, según refieren Molina, Sarmiento de Gamboa y Cobo. González Suárez relata en el capítulo tercero del **Estudio Histórico** esta célebre tradición del diluvio y la leyenda de las guacamayas, como la tradición conservada por los Cañaris acerca de su origen. Con este carácter repite en la **Historia General** (T. I, Cap. III) la leyenda de la montaña "Huacay-ñan" que fué elevándose a medida que crecían las aguas de aquella terrible inundación en que habían perecido todos los hombres, salvo los dos hermanos Cañaris que subieron a su cima; allí, el menor se desposó con la misteriosa guacamaya, que secretamente les preparaba la comida. Ya en esta obra afirma nuestro Autor, que otras parcialidades creían que sus progenitores habían salido de la laguna de Sigsig. En **Los Aborígenes de Imbabura y del Carchí**, creyó necesario rectificar lo aseverado respecto de la tradición de las guacamayas misteriosas, con rostros de mujer: "Apoyados —dice— en la autoridad de Molina, referimos la fábula o leyenda que los Cañaris contaban acerca del origen de ellos; pero, después, estudios más detenidos, investigaciones más prolijas y nuevos documentos nos han facilitado los medios de esclarecer completamente ese punto. Molina confundió la leyenda relativa al origen de los Jíbaros, con la leyenda que acerca de su origen tenían los Cañaris, y creyendo, acaso, que los Jíbaros y los Cañaris no formaban más que una sola tribu, refirió como si fuese leyenda relativa al origen de los Cañaris, la que se refería al origen de los Jíbaros. En efecto, éstos eran los que se tenían por descendientes de aquellas guacamayas o mujeres mitológicas, con quienes el progenitor suyo se desposó, para repoblar la tierra después de la gran inundación o diluvio, que acabó con todos los vivientes".

"Los Cañaris se creían descendientes de una culebra, grande y misteriosa, la cual finó sumergiéndose ella misma voluntariamente en una laguna solitaria de agua helada, que se halla sobre el actual pueblo del Sigsig, en la cordillera oriental de los Andes. Esta laguna

era para los Cañaris del Azuay un lugar sagrado, y un santuario, y, en ofrenda a la culebra que les había dado el ser, acostumbraban arrojar al agua figuritas pequeñas o idolitos de oro" (1).

Mas en las **Notas Arqueológicas** afirma, con razón, que ambas tradiciones pertenecían a los Cañaris: la una se refería a su origen primero; la otra, al diluvio en que perecieron todos, salvándose únicamente dos hermanos, en la cumbre de la montaña que iba irguiéndose conforme subían las aguas; y en donde, habiendo capturado a las guacamayas misteriosas y unido con ellas, comenzaron a repoblar toda la tierra (2).

No deja de llamar la atención la analogía de esta leyenda, en muchos puntos, con el mito del pangi o gran serpiente que causó el diluvio, según los Jibaros (3). Y es notable el hecho de que, en muchas tradiciones del diluvio, figuren una gran serpiente y una montaña que se eleva a medida que suben las aguas, o que flota sobre ellas. Andrée y Winternitz, en sus monografías acerca de la tradición del diluvio (4), han reunido ochenta y tres textos diferentes de la leyenda en que figura la montaña que crece o que flota sobre las aguas. Esta gran difusión de ciertos mitos y leyendas entre pueblos muy diversos, que sólo los modernos estudios de mitología comparada y de folklore han venido a demostrar, no se conocía hace algunos años; pero ya, en la época en que fué escrito el **Estudio Histórico sobre los Cañaris**, el argumento de la coincidencia en las ideas cosmogónicas y mitológicas, era muy poderoso en la discusión del origen de las culturas. En el estado actual de la ciencia, no sólo

---

(1) "Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi": Cap. II, Págs. 34-35.—En la "Prehistoria Ecuatoriana", Quito, 1904, Cap. I, Pág. 16, había hecho ya esta rectificación.—Lo que le indujo a creer que la leyenda de las guacamayas era propia de los Jibaros y que Molina había sufrido equivocación al atribuirle a los Cañaris, fué, sin duda, el relato del P. Carlos Brentano que halló entre los "Mainas" una tradición casi idéntica.—La obra del P. Brentano se conserva manuscrita en la Real Academia de la Historia; la parte relativa a la leyenda de los Mainas la publicó Jiménez de la Espada, en las "Relaciones Geográficas de Indias": T. IV, último apéndice, Págs. LXXII.—Madrid, 1897.

(2) "Notas Arqueológicas".—Quito, 1915. XII, Págs. 133 y siguientes.

(3) RAFAEL KARSTEN: "Mitos de los Indios Jibaros (Shuará)" en Bol. de la Sociedad Ecuatoriana de Ests. Hísts. Tomo II, Págs. 328-30.

(4) Citados por R. LEHMANN-NITSHE: "El Diluvio según los Araucanos de la Pampa".—Buenos Aires, 1918.

tienen importancia estas leyendas y tradiciones, como elementos para estudiar el alma de los hombres primitivos, sus ideas según el grado de cultura alcanzado, sino que, mediante ellas, se ha podido rastrear las relaciones entre pueblos que tienen análogas mitologías; pero siempre buscando dichas relaciones en los países inmediatos y avanzando progresivamente en busca del camino que debieron seguir esas ideas, en su difusión paulatina.

Ahora bien, en la literatura americanista, tanto las guacamayas como las serpientes figuran en la cosmogonía o mitología de pueblos centroamericanos. Los Nahuas eran llamados, en los textos indígenas, **los hombres de la raza de la serpiente**; uno de los imperios del país Maya era conocido con el nombre de **imperio de las serpientes**; y consta que la serpiente era el **totem** de varios pueblos que la consideraban su progenitor, y como a tal le rendían culto y le ofrecían sacrificios. En Chiapas, en Yucatán, en Méjico, se han hallado esculturas gigantescas de ofidios y es bien sabido el rango que en la mitología Nahua tiene Quetzalcoatl, la serpiente de plumas, la encarnación de Tonatiuh, la serpiente-sol. Por otra parte, las guacamayas eran objeto de culto en Yucatán y figuran también en mitos y leyendas de Centro América.

La primera noticia de la leyenda cañari de las guacamayas la adquirió González Suárez en la obra de Brasseur de Bourbourg, quien sostenía la gran extensión de los Mayas hacia el Mediodía del Continente americano. En posesión de éste que creyó hilo conductor para resolver el complejo y oscuro problema del origen de los Cañaris, dióse a estudiar los autores que tratan de Méjico y de la América Central, y adquirió vastos conocimientos en aquella literatura histórica, la más rica de entonces, como hemos dicho. No hay duda que entre aquellas obras, ejerció mucha influencia la del célebre Abate Brasseur de Bourbourg, la **Historia de las Naciones civilizadas de México y de la América Central** que con justicia califica nuestro autor de "verdaderamente notable por la erudición". Recuérdese que Angrand, bajo la influencia de este libro, creía ver en las construcciones de Tiahuanaco y en otras ruinas del Perú antiguo, el mismo estilo de los Teocallis mejicanos y que no es el único escritor que al tratar del Perú buscara los orígenes de sus antiguas civilizaciones en el Anahuac o en el país de los Mayas.

A nuestro modo de ver, en la leyenda de las guacamayas generadoras de los Cañaris, que Brasseur de Bourbourg publicó tomándola de los manuscritos de Avila y de Molina está el principio de la teoría de González Suárez respecto al origen maya de los Cañaris. La riqueza de datos, el acopio de interesantes documentos que contiene la obra de Brasseur, encubren la falta de crítica que, con frecuencia, hace que la fantasía del autor dé a los hechos interpretaciones aventuradas, que el estado de la ciencia en aquella época, hacia pasar como verosímiles y aún probables. De este modo, fué conducido nuestro historiador a encontrar muchos puntos aparentes de semejanza entre los antiguos habitantes del Azuay y los Mayas, y esta preocupación llevóle a buscar interpretaciones para la toponimia del país en la lengua Quiché; interpretaciones que la ciencia no puede aceptar.

En cuanto a la influencia de las culturas Centro-americanas en el país Cañari, asunto que nuestro autor vuelve a tratar en el capítulo cuarto del *Estudio Histórico*, sólo pudo haberse ejercido por intermedio de las naciones de origen Chibcha existentes entre los dos países.

La mayor parte de los arqueólogos americanistas admite ahora, que puede asignarse un origen Chibcha a los pueblos del territorio ecuatoriano. Es muy posible, como dice el profesor Uhle, que antropológicamente los Cañaris hayan sido compuestos de Chibchas y de tribus de otro origen. Los vestigios de la cultura de Tiahuanaco prueban una antigüedad, como nación, mayor que la supuesta por González Suárez, y que antes de aquel período existía ya una población mucho más antigua, aunque de escasa cultura, y de la cual apenas han quedado rastros.

La ciencia va poco a poco esclareciendo el origen y el carácter de las primeras culturas desarrolladas en América y explica el fin de ciertos pueblos, como los constructores de las hoy imponentes ruinas de Yucatán, de Palenque, de Tiahuanaco, nó por la desaparición de "aquella raza activa y poderosa, sin que sepamos cómo ni cuándo, de las comarcas donde dejara huellas tan sorprendentes de su grandeza", sino por la evolución de las culturas, debido al influjo de múltiples causas, tanto físicas como históricas.

Pero si la hipótesis del origen maya-quiché de los Cañaris, sostuvo nuestro gran historiador aún en sus obras posteriores, no dejó de vislumbrar otros orígenes para los antiguos habitantes de aquella región. "Estudiadas las cosas de los antiguos Cañaris, —dice— investigando sus usos, sus costumbres, sus creencias y prácticas religiosas, se nos ha ocurrido la sospecha de que esa raza tenía su cierto parentesco etnográfico con los Chibchas de la planicie de Cundinamarca, en la República de Colombia. El culto sagrado a las lagunas y algunas otras relaciones de semejanza entre los Chibchas y los Cañaris, ¿serían tan sólo casuales? ¿No serían talvez resultado de la identidad de origen?—Y en otro lugar pregúntase de nuevo: ¿Tendrían talvez, relaciones etnográficas, relaciones de origen o de raza con los Chibchas?... "Si la nación de los Cañaris nos fuera mejor conocida, acaso encontraríamos algunos otros rasgos más de semejanza entre los Chibchas y los Cañaris" (1).

Al tratar González Suárez de los sepulcros de los aborígenes del Azuay observa las diferentes clases de enterramientos y describe muy bien los pozos con bóvedas laterales, de Chordeleg, y los sepulcros de forma circular, poco profundos, con paredes formadas de piedras toscas, que se encuentran en el Valle; pero estas diferencias que da a entender provienen del lugar de la provincia en que se hallan los sepulcros, corresponde, en realidad, como observa muy bien el Dr. Uhle, a una diferencia cronológica: "la forma observada en Chordeleg, pozos profundos con bolsones al lado, era la de las sepulturas del periodo de Tiahuanaco (entre 600 y 1000 de nuestra era), forma que se halla también en otros lugares, inclusive en el Valle". Los que González Suárez describe como enterramientos propios del Valle de Yunguilla, son los característicos del periodo incásico, y por consiguiente, mucho más modernos que los anteriores.

Hay una importante observación hecha acerca del sepulcro de Huapán y de la gran cantidad de hachas que en él se hallaron: esta anotación se relaciona con las ideas totémicas de los Cañaris y es más clara en la *Historia General*, donde vuelve a tratar de este sepulcro y de las hachas que tenían grabadas figuras de diversos ani-

---

(1) "Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi": Apéndice, pág. 105. "Prehistoria": Cap. I, Pág. 15.

males, principalmente de guacamayos: "Según la antigua costumbre de los indios, no sólo del Perú sino de casi todos los puntos de América, cada tribu llevaba en sus armas la imagen de la divinidad tutelar de ella; y esas divinidades gentílicas eran aquellos animales de que cada tribu fingía que habían tenido origen sus antepasados". (1)

Diremos pocas palabras acerca de los bastones labrados que se encontraron en Chordeleg y a los cuales se atribuye en el *Estudio Histórico* un objeto semejante al de los quipus, basándose en lo que Cabello Balboa cuenta del testamento de Huayna-Cápac. Afirma el Sr. González Suárez su hipótesis de que las estólicas halladas en Chordeleg pudieron ser objetos destinados a guardar la memoria de hazañas o hechos de armas, mediante ciertos signos grabados en los bastones, en el hecho de que éstos se han hallado en sepulcros como los de Chordeleg, donde nunca se encontraron quipus. Pero esto, como anota el Profesor Uhle, se debe a que los sepulcros de Chordeleg son del período de Tiahuanaco, anteriores con mucho al de los Incas, en que aparecen los quipus, como un medio mnemotécnico para conservar cuentas o tradiciones.

Carece, pues, de fundamento la aseveración de que los Cañaris "conocieron la escritura o el uso de los jeroglíficos"; porque los famosos bastones no eran sino estólicas o propulsores, armas para arrojar flechas o dardos, que también se encuentran en el Perú y en otros lugares de América (2). Las piezas de oro que adornaban las estólicas, por otra parte, contenían dibujos puramente ornamentales.

Ciertos rasgos o signos que se encontraron en las paredes de uno de los sepulcros de Chordeleg, no justifican tampoco la afirmación relativa a la escritura; y la vaguedad con que algunos cronistas hablan del uso de pinturas en el Perú, como acostumbraban los indios de Méjico, no ha encontrado confirmación alguna en la Arqueología. La noticia de Montesinos de que en el Perú se conocía la verdadera escritura con caracteres o letras, que se perdió a consecuencia de guerras y de inmigraciones de tribus bárbaras, es de

(1) "Hist. General" T. I, Cap. III, Págs. 130-31.

(2) Véase a este respecto los estudios del Dr. Uhle sobre la estólita en el Perú (1907) y lo dicho por nosotros en el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos, T. I. Pág. 85, Quito, 1918.

todo punto inadmisibles; pues no hay vestigio alguno de tal hecho; y no puede creerse en un retroceso tan absoluto que no dejara rastro siquiera de un estado de cultura semejante. Esta suposición va contra todas las leyes históricas.

Posteriormente, el Sr. González Suárez modificó su opinión respecto de los bastones de Chordeleg; pero también cayó en error al describir en la *Prehistoria Ecuatoriana*, (1) uno de aquellos objetos encontrado en un sepulcro de Sigsig, y afirmar que eran cetros para las danzas y festejos de los aborígenes. Reconoció esta equivocación años más tarde, y he aquí lo que escribió en sus *Notas Arqueológicas*: "Estudiado, pues, este asunto, no podemos menos de confesar, que nuestra primera descripción de estos objetos es defectuosa: o nosotros mismos no entendimos bien la descripción que se nos hizo de los bastones, o los que nos dieron noticias acerca de ellos no acertaron a describirlos con la debida exactitud".

"¿Qué eran estos bastones? ¿Se podrá sostener, con algún fundamento, la conjetura de que talvez serian algo asi como libros, o un arbitrio para auxiliar a la memoria de sus recuerdos? —Nosotros decimos francamente que nó"— Y luego acepta la opinión de que eran armas, propulsores o estólicas: (2) Así, leal y noblemente, no vacilaba nuestro sabio arqueólogo en rectificar un error, cuando más prolijos estudios o autorizadas opiniones le convencian de que habia estado equivocado.

Debemos hacer algunas breves observaciones acerca de las artes de los Cañaris, asunto de que trata el párrafo V del capítulo tercero.

Es indudable que antes de la conquista incásica las artes metalúrgica y cerámica habian alcanzado cierto grado de perfección y que son muy notables algunas piezas de oro que corresponden al periodo de la cultura Tihuanacuense en el Azuay. Respecto de la cerámica, véase lo que nos escribe el Profesor Uhle: "...entre 600 y 1000 de nuestra era, su alfarería seguia los modelos propios de la civilización de Tiahuanaco, importada en aquellos tiempos, del Sur.

(1) "Prehistoria Ecuatoriana": Explicación de la Lámina IV, Pág. 82.

(2) "Notas Arqueológicas": XIII, Pág. 181.

Emancipándose de estos modelos, siguió de nuevo los que le ofrecían las civilizaciones indígenas ecuatorianas y siguiéndolas, evolucionó después, de diferentes maneras, hasta el tiempo de los Incas. Otros periodos pueden distinguirse en la alfarería cañar, aún anteriores al de Tiahuanaco".

Efectivamente, en el Azuay se encuentran también los estilos correspondientes a los periodos que el distinguido arqueólogo Jijón y Caamaño ha podido establecer, por sus metódicas excavaciones practicadas en Guano, como anteriores al periodo tiahuanacota en el Ecuador. En cuanto a los vasos zoomorfos contruidos de manera que al llenarlos y escaparse el aire "remedaba con el sonido la voz o chillido del animal figurado en el vaso"; eran de origen incásico; habían sido importados por los Incas. En el Perú aparecen en la época de los primeros Chimús y en el Azuay nos ha manifestado el Dr. Uhle, no se encuentran sino en los cementerios o ruinas del periodo incaico. Los Incas parece que fueron también los constructores de los canales de irrigación que señala el Sr. González Suárez, y que son notables en el valle de Yunguilla. No terminaremos las anotaciones sobre las artes e industrias cañaris sin hacer una rectificación. En América, en los tiempos prehispánicos, no se conocía el acero; el hierro era conocido como mineral, pero los aborígenes no lo fundían; por lo demás, es muy cierto que sabían dar al bronce diversos temple y que en las aleaciones del oro y del cobre con otros metales, eran muy diestros; así como también eran hábiles lapidarios, sin que usaran instrumentos metálicos para estos trabajos, que verificaban generalmente, por medio de otras piedras.

Fundado siempre en la autoridad de los antiguos cronistas, traza el ilustre historiador, con mano maestra, al final de este capítulo, un cuadro del carácter moral de los Cañaris, de sus usos y costumbres y de la forma de gobierno, especie de confederación de diversos caciques independientes, que se unían sólo para la defensa común o para otros fines de interés general. En el capítulo que sigue, comprueba lo anteriormente dicho respecto de las artes y la cultura de los Cañaris y refuta a Garcilasso que los pinta como bárbaros; para el estudio de la cultura, analiza los descubrimientos realizados en Chordeleg y en Patecte y transcribe en parte las descripciones que, bajo el título de **El tesoro de Cuenca** publicó Huezey

en la Gaceta de Bellas Artes de Paris. Después, varios de esos objetos fueron descritos, más exactamente, por Rivet y Verneau, en la magnífica obra *Ethnographie Ancienne de l'Equateur*. (1) De lamentar es que el Ilmo. Sr. González Suárez no haya podido hacer su primera visita a Chordeleg sino veinte años después del famoso descubrimiento de las huacas o sepulturas, en las que tan ricos e interesantes objetos se encontraron. Con diligencia extraordinaria buscó cuantos datos pudieran darle luz acerca de los sepulcros renombrados, inquirió la forma y disposición de los objetos, investigó el paradero de algunos de ellos, que por la riqueza del material o lo extraño de la forma, se habían conservado y tomó dibujos de las piezas, levantó planos de los monumentos y ruinas, todo con infatigable constancia y con prolijidad asombrosa.

Entre los preciosos objetos hallados en Patecte figura el célebre plano de Chordeleg, así calificado por el sabio historiador, que creyó ver confirmados, con aquella pieza tan rara, los textos de Garcilasso y de Castellanos acerca del arte que tenían los indígenas del Perú para pintar y modelar planos de ciudades y aun de provincias enteras. Téngase en cuenta que cuando se escribió el *Estudio Histórico sobre los Cañaris*, no existía en la literatura americanista ninguna representación de esos objetos a los que se ha dado el nombre de *contadores*. El gran etnólogo y arqueólogo Bastian, que tuvo en sus manos el contador de Chordeleg e hizo sacar un facsímil para el Museo de Berlín, juzgó también que este objeto era el plano en relieve de una antigua ciudad incásica. Sólo dos años después de publicado el *Estudio Histórico*, vió la luz el libro *Pérou et Bolivie*, de Wiener, quien había encontrado objetos casi idénticos en Huanodoval, Cabana y Urcón y les atribuyó un fin aritmético. He aquí cómo describe su uso el viajero francés: "Ces compteurs étaient disposés en plusieurs étages; dans l' étage inférieur on remarque des champs de différentes grandeurs. La comptabilité s'y faisait avec des fèves ou avec des cailloux de toutes couleurs. Le caillou marquant une unité dans le plus petit champ doublait de valeur dans un champ plus grand, triplait dans le champ central, sextuplait dans le premier étage et avait douze fois sa valeur sur la plate-forme supérieure. La couleur des fèves ou des graines indiquait ou la

(1) "Mission du Service Géographique de l'Armée pour la mesure d'un Arc de Méridien Equatorial en Amérique du Sud",—Tome 6, Paris. 1912.

tribu ou la nature du produit, et l' on voit que la comptabilité ou, si l' on veut, la statistique ne changeait guère de principe, malgré les différences apparentes des appareils employés". (1) Refiérese en esta última parte a los quipus, con los cuales compara este sistema. Wiener fué el primero que sepamos haya publicado una ilustración de los **contadores**, y ésta no difiere sino en los detalles del **contador de Chordeleg**. A más del facsímil hecho por Bastian para el Museo etnográfico de Berlín, el P. Rencoret hizo trabajar otro que fué llevado al Museo de Santiago de Chile; el primero de los facsímiles ha sido reproducido en las ilustraciones de varias obras de Etnografía y de Arqueología, entre otras, en las muy conocidas de Ratzel y de Cronau. (2) El Dr. Rivet en la citada obra *Ethnographie Ancienne de l' Equateur* (págs. 244-250), estudia detenidamente el contador de Chordeleg y refuta la opinión de González Suárez y de Bastian; pero dicho sea de paso, no encontramos en su refutación, la burla a que alude nuestro historiador en las *Notas Arqueológicas*. La descripción que dá el Ilmo. Sr. González Suárez, del **contador de Chordeleg**, es muy clara y exacta pero indudablemente, en la interpretación estuvo errado; y si este error se justifica en absoluto en el *Estudio Histórico sobre los Cañaris*, (por las razones que hemos expuesto), no así en otras de sus obras, publicadas con posterioridad a la de Wiener y al hallazgo de piezas idénticas en el Perú. Sin embargo, en el *Atlas Arqueológico* se expresa de este modo: "Nosotros no sostenemos con terquedad nuestra conjetura, y sólo queremos exponer las razones en que la apoyamos y los motivos que nos la han sugerido".—Para terminar este punto, reproduciremos los párrafos de una comunicación que el sabio Profesor Uhle nos ha dirigido, y que se refieren al objeto de que tratamos. Dice así el Dr. Uhle:

"Se conocen varios objetos parecidos del Perú, generalmente de piedra. Dos de éstos, cuyas fotografías conservo, se hallan en el Museo de Lima; dos más, fueron encontrados en Huaraz en los últimos años y probablemente exportados a Europa. El tamaño es siempre igual, la labor de la superficie superior es en parte idéntica,

(1) Ch. WIENER—"Pérou et Bolivie".—Paris 1880.—Pág. 777.

(2) FEDERICO RATZEL: "Las Razas Humanas". Traducción española.—Barcelona, 1889, T. II, Pág. 415.

R. CRONAU: América.—Barcelona 1892.—T. II Pág. 310.

en parte varía solamente en el arreglo general de los pozos, pero conservada siempre su disposición simétrica. Ya esta repetición de objetos idénticos siempre, o por lo general, parecidos, y hallados en otras partes, excluye, para el primero, la idea de que éste fuera un plano de Chordeleg. Además se han encontrado en la provincia del Azuay, varios objetos de piedra en forma tabular, con diferentes grabados en forma de ajedrez, que el Sr. Arriaga, su descubridor, considera como contadores. Habiéndose encontrado con algunos de ellos piedras como dados, se puede considerar ahora como seguro, que se han usado para el juego. La misma explicación es la propia también para los objetos anteriores".

"El Sr. Nordenskiöld ha dado a estos objetos la misma explicación en sus publicaciones. Otro tratado sobre la misma clase de piedras se encuentra en las Actas de uno de los primeros Congresos de Americanistas, de Nancy o de Luxemburgo".

"Además se puede considerar como seguro el uso del objeto de chonta, como ceremonial en ocasiones solemnes".

"Las cabezas humanas figuradas en los lados, representan las víctimas de sacrificios. Cada una de ellas parece corresponder a uno de los pozos. Su cabello adornado es parecido al de las cabezas humanas del vaso ritual para sacrificios, proveniente de Tiahuanaco, que Posnansky ha reproducido, en varias ocasiones, en colores. Al uso ceremonial del objeto corresponde su forro anterior de plata".

"En cuanto a la edad del objeto, su procedencia del período de Tiahuanaco es segura, por la forma de los ornamentos que separan las cabezas humanas una de otra, y que son característicos para aquel tiempo. La época de la chonta echa, al mismo tiempo, una luz significativa sobre la edad de todo el cementerio en el cual fué encontrada".

Anotemos, de paso, que el objeto hallado en Chordeleg no es de chonta, sino de madera de nogal, según lo rectificó el mismo Sr. González Suárez en el Atlas Arqueológico de la Historia General.

Las opiniones de Nordenskiöld y de Uhle sobre el uso de estos objetos, viene a confirmar la nuestra; que desde antes habíamos hallado grandes analogías entre los contadores y varios objetos desti-

nados para juegos, en algunas tribus de indios de los Estados Unidos de Norte América. Que hayan sido al mismo tiempo, objetos rituales, nos parece muy probable; y tratándose del hallado en Chordeleg, lo creemos seguro; porque la riqueza del objeto, su cuidadoso trabajo, su especial ornamentación, lo están manifestando. No hay que olvidar que muchos juegos, en los pueblos primitivos y en las civilizaciones antiguas, tienen un carácter ceremonial y religioso, y que se hallan íntimamente unidos con ritos, sacrificios, adivinaciones y augurios.

Una prueba más, e incontestable, de que los sepulcros de Chordeleg eran de la época en que la cultura tiahuanacuense invadió las provincias meridionales del Ecuador, la encontramos en la gran placa de oro con figuras simbólicas, reproducida en la lámina primera de la edición original. Mas es preciso tener en cuenta que dicha lámina, como la mayor parte de las que ilustran aquella edición del *Estudio Histórico*, no dan idea exacta de los objetos.

Desde hace muchos años, el digno discípulo de González Suárez, Jijón y Caamaño, y también nosotros, veíamos en aquella placa de oro una figura muy análoga a las de los adoradores o personajes que acompañan a la divinidad central, representada en la gran puerta monolítica de Tiahuanaco, que generalmente se conoce con el nombre de "Puerta del Sol". El estilo de muchos otros objetos hallados en Chordeleg, es así mismo tiahuanacota y no dejan lugar a duda sobre la época a que pertenecen aquellas sepulturas. (1) No hay, pues, razón para distinguir entre los objetos extraídos de esas huacas, los pertenecientes a la cultura de los Incas y los propios de la civilización Cañari, como lo hace el Ilmo. Sr. González Suárez.

Con una hermosísima descripción de las costumbres de los Jibaros, termina este capítulo. Cuenta el ilustre historiador, con estilo sobrio y elegante, la manera que tienen de labrar sus campos, las costumbres domésticas, entre las que llama la atención el uso conocido por los etnógrafos con el nombre de la *couvade*; describe los

---

(1) JIJÓN y CAAMAÑO, en su preciosa obra "Contribución al conocimiento de los Aborígenes de la provincia de Imbabura" (Madrid 1914— Págs. 333-334) da una lista de los objetos de estilo tiahuanacota hallados en Patecte.

casamientos, fiestas y danzas de los Jibaros, trata de sus ideas religiosas y supersticiones; de su carácter moral y de su aspecto físico; de su indumentaria y de sus armas, todo ello con admirable sencillez y claridad. Se pregunta luego. ¿De dónde procede esta raza? ¿Con cuál de las razas conocidas tiene semejanza? Y establece un paralelo entre las costumbres, los caracteres físicos, las ideas y los objetos de uso personal de los Jibaros, y los que, según los exploradores y viajeros, son propios de los Caribes.

Ya hemos visto cuán atrasados estaban los estudios etnográficos americanos, en la época en que González Suárez escribió el **Estudio Histórico sobre los Cañaris**. Alcides D'Orbigny afirmaba que los Guaranis de la América del Sur son los mismos Caribes de la Tierra-Firme y de las Antillas; y generalmente, con el nombre de Caribes se designaban todos los pueblos de la inmensa hoya amazónica. No es, pues, de extrañar que nuestro Autor no distinga los diversos pueblos habitantes del Oriente y Noreste de la América Meridional, que modernos estudios lingüísticos, antropológicos y etnográficos, han demostrado ser diferentes; ni debemos condenar que presente, como mera presunción, el origen Caribe de los Jibaros; cuando aún ahora es muy problemática la procedencia de los pueblos orientales. (1) Una erudición nada común revela, cuando estudia y procura rastrear el origen de Jibaros y Cañaris; y aunque hoy no puedan aceptarse sus conjeturas, pues la ciencia ha avanzado destruyendo hipótesis antiguas para formular otras nuevas, iluminando puntos oscuros y cubriendo de sombras y dificultades problemas que parecían ya resueltos; son dignas de admiración sus disquisiciones, y la clara inteligencia y el vasto saber de nuestro gran historiólogo resplandecen de modo eminente.

No nos detendremos a analizar el problema del sitio y ruinas del Tomebamba, de que trata el capítulo quinto del **Estudio Histórico sobre los Cañaris**.

---

(1) La lengua Jibara se considera, hasta ahora, como independiente; aunque Beuchat y Rivet han encontrado numerosas semejanzas lexicográficas entre ésta y las lenguas Arawakas.— Véase el muy erudito estudio de Jijón y Caamaño: "Contribución al Conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador..." (Ed. especial de Bol. de la S. E. de E. H. A. Vol. II, N. 6., Quito, 1919, págs. 41-53) en donde se hace un prolijo estudio de la lengua Jibara y se indican abundantes fuentes de noticias etnográficas sobre los Jibaros.

Nuestro distinguido colega, el erudito autor de "Cuenca de Tomebamba" (1), Sr. Dr. Dn. Julio Matovelle, fué el primero que sostuvo que la antigua ciudad de Tomebamba se encontraba a orillas del Jubones. Esta fué también la opinión del Ilmo. Sr. González Suárez y de los Srs. Bamps y Wolf. Ya el Dr. Dn. Luis Cordero rebatió, con sólidas razones, tal parecer; pero después de publicada la gran obra de los Srs. Verneau y Rivet, (2) en la que se estudia esta cuestión extensamente, el asunto parece que no admite réplica. Luego, las importantes investigaciones de los Srs. Vega Toral, Cordero Palacios y Arriaga (3) y, sobre todo, las excavaciones practicadas y los descubrimientos hechos por el Dr. Max. Uhle, han probado, sin que pueda ya haber la menor duda, que la ubicación de la antigua Tomebamba, fué la misma de la actual ciudad de Cuenca.

Bamps y Wolf, indudablemente, fueron del parecer contrario, apoyándose en la autoridad de González Suárez; y que este Autor sostuviera aquella tesis, llama verdaderamente la atención, cuando él mismo presenta varios testimonios y prueba de que en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Cuenca, construyeron los Incas suntuosos edificios; y transcribe textos de Cieza de León, de Cabello Balboa y de Velasco que bien claramente indican que la hermosa Capital azuaya fué fundada más o menos en el mismo sitio en que se levantaba la "Ciudad de los palacios", como Bamps la denomina.

¿Fué, acaso, cierta confusión en algunos pasajes de la Historia del Reino de Quito, o la ambigüedad del nombre Tomebamba con que algunos cronistas designan la ciudad y la provincia de los Cañaris, lo que indujo a creer y sostener, como lo hizo González Suárez, que la antigua Tomebamba estuvo en el valle de Yunguilla? Creemos, más bien, que la equivocada interpretación de los cronistas

- 
- (1) Publicaciones del "Centro de Estudios Históricas y Geográficas del Azuay". —Cuenca, 1921.— Entre las varias publicaciones históricas del erudito escritor Sr. Matovelle, merece mencionarse de modo particular ésta, por la abundante documentación en que está fundada. En las muchas y muy interesantes notas de este libro, hace el Autor frecuentes referencias al "Estudio Histórico sobre los Cañaris", el que justamente califica de "sabia monografía", "que en ella se ha acopiado cuanto de más notable se ha escrito acerca de los Cañaris".
- (2) "Ethnographie Ancienne de l'Equateur: Págs. 99-106.
- (3) TOMAS VEGA TORAL: "La Tomebamba de los Incas".—Cuenca, 1921. 21 Págs.  
8º JESUS ARRIAGA: "¿En dónde fué Tomebamba?" citado por Vega Toral.

Castellanos se debió a que nuestro historiador buscó en ellos las noticias acerca de la antigua ciudad, después de haber visto las ruinas, que por más de dos leguas de extensión, se encuentran a orillas del Jubones. Las ruinas de Sulupali, las de las Playas altas del Jubones y de Uchucay, los restos de un puente sobre el río Jubones y las grandes hileras de piedras que se encuentran en la llanura de Sumagpampa, diéronle idea de que una ciudad extensa e importante se había levantado allí en otros tiempos. Mas las ringleras de piedras brutas que han sido consideradas como cimientos de antiguas casas de los indios, son en realidad, trabajos hechos con fines agrícolas, pequeños muros de contención para nivelar y disponer los terrenos en diferentes planos. Esta misma disposición se halla en muchos puntos de la República: ya son unas como terrazas, más o menos estrechas, ya planos inclinados que se escalonan y que en su parte inferior, de trecho en trecho, cuando nó en extensiones continuas, terminan por pequeños muros de cuarenta o cincuenta centímetros de altura, hechos con piedras toscas simplemente superpuestas, o por cortes en la cangahua, según los terrenos. Estos trabajos a veces son modernos, a veces muy antiguos.

El Profesor Uhle, que ha explorado recientemente el valle de Yunguilla, afirma que se encuentran extensos arreglos de chacras en la forma dicha, que efectivamente cubren considerable extensión de la planicie de Sumagpampa en la orilla izquierda del río Jubones, y que son trabajos antiguos; pero las ruinas de edificios en aquella región, son insignificantes; y se reducen a restos de una casa para la guardia de un puente que existió sobre el Jubones y el edificio de Sulupali, de origen incaico; y, muy aisladas unas de otras, las ruinas de cinco o seis casas, en general de pequeñas dimensiones y de estilo así mismo incásico (1). Las extensas ringleras que, como hemos dicho, tenían un fin agrícola, fueron consideradas como restos muy destruidos de grandes edificios, que por su capacidad no podían ser sino templos, cuarteles o monasterios, e inspiraron la idea de que allí estuvo situada la capital de los Cañaris.

(1) No todas las construcciones incásicas tenían las piedras labradas en el estilo de los paralelogramos convexos; pues hay también otras, principalmente en la época de los últimos Incas, en que los muros están hechos con piedras casi rústicas, unidas con barro.—Véase a este respecto: J. JIJON y CAAMAÑO y C. M. LARREA: "Cin Cementerio Incásico en Quito" y "Notas acerca de los Incas en el Ecuador".—Quito, 1918 Págs. 56-57.

En el capítulo sexto describe González Suárez las ruinas que se encuentran en el Azuay de monumentos y construcciones incásicos; y transcribe las descripciones que de los mismos han hecho los cronistas y exploradores como Ulloa, La Condamine, Humboldt, Caldas etc. Observaremos que varios autores, y entre ellos nuestro sabio historiador, han creído que las descripciones de Cieza de León, de los magníficos aposentos de Tomebamba, se referían al Inga-pirca de Cañar, acaso por ser las ruinas mejor conservadas hasta hace poco tiempo, en aquella región; pero, en realidad, Cieza habla de los palacios de la capital incásica, es decir de la Tomebamba que ocupó el lugar de la actual ciudad de Cuenca. Esa atribución infundada ha contribuido para que reine mayor confusión respecto del emplazamiento de la antigua ciudad.

Respecto del Inga-chungana de Cañar, el Autor del **Estudio Histórico** resumió sus opiniones en las **Notas Arqueológicas** (XII, págs. 163-65); insiste en que dicha reliquia es de un verdadero **Inti-Huatana**, semejante a otros del Perú y cita en este libro la memoria que, sobre los inti-huatanas, presentó el Dr. Uhle en el Congreso de Americanistas de Viena (1908). En el **Estudio Histórico**, se limita a transcribir la descripción de Humboldt. Según el Dr. Uhle, el Inga-chungana era lugar destinado para la adoración de las momias.

Otras varias anotaciones podríamos hacer al **Estudio Histórico sobre los Cañaris**; pero, como antes hemos dicho, no ha sido nuestro propósito analizar prolijamente cada uno de los hechos, hipótesis o teorías que este libro contiene; sólo hemos querido señalar algunos puntos principales; indicar acerca de otros, cómo evolucionaron los conceptos del Autor, conforme avanzaban los estudios arqueológicos; llamar la atención sobre sus luminosas ideas y las páginas más bellas de este hermoso trabajo, que por el orden con que está concebido y desarrollado su plan; por la corrección y elegante sencillez del estilo; por la claridad y exactitud en la narración histórica, supera a muchas otras de las obras del mismo fecundo Autor, compuestas acaso con más ricos materiales y cuando las ciencias auxiliares de la Historia habían ya dado algunos pasos en nuestra patria. Hemos rectificado algunos errores, debidos, en su mayor parte, a lo incipientes que se encontraban entonces los conocimientos en esas mismas ciencias.

No se le ocultaban al mismo Sr. González Suárez las deficiencias que podían notarse en sus investigaciones arqueológicas; antes bien, su modestia empujaba a sus propios ojos la inmensa labor realizada. He aquí como se expresa en el Prólogo de la Historia General: "Si de todas las partes o secciones de nuestro libro estamos poco satisfechos, de la parte relativa a las antiguas razas indígenas estamos descontentos, y la publicamos con positiva desconfianza. La Arqueología está todavía intacta e inexplorada en el Ecuador, y aunque nosotros seamos los iniciadores de estos estudios entre nosotros, no por eso tenemos la jactancia de suponer que nuestras antiguas razas indígenas están ya bien conocidas y estudiadas. ¿Qué estudios de Antropología ecuatoriana se han practicado entre nosotros? ¿Qué investigaciones ha llevado a cabo la craneología? ¿Dónde los análisis lingüísticos?" Y en otra parte: "Buscamos la verdad: para dar con ella es necesario abrir penosamente el camino, y eso es lo único que nosotros hemos pretendido hacer con nuestros libros: abrir el camino para llegar a la verdad, y nada más" (1).

Abrió el camino! Y cuán luminosa via la que dejó trazada!

Los hombres de ciencia de Europa y de América han reconocido el valor de sus trabajos y por eso se apresuraban a colmarle de elogios y a tributarle honores que él nunca ambicionó y de los que jamás hizo alarde.

El Estudio Histórico sobre los Cañaris fué traducido al francés por el distinguido americanista M. Anatole Bamps, si bien la traducción no llegó a publicarse, pues cuando estaba listo el manuscrito para la imprenta, murió el Sr. Bamps; pero la memoria que publicó sobre Tomebamba en 1887, no es sino un extracto de la obra de González Suárez (2).

Hemos visto en qué estado se hallaban los estudios arqueoló-

(1) His. General: T. I., Pág. XIV.—Los Aborígenes de Imbabura: Intr., Pág. XI.

(2) El manuscrito de Bamps, traducción del Estudio Histórico sobre los Cañaris, se vendió poco después de la muerte del notable americanista belga. Lo adquirió el librero M. Chadenat, quien anunció esta obra en su boletín trimestral N° 28, correspondiente a Enero y Febrero de 1902, bajo el número 29284.—En 1912 lo adquirió para su rica biblioteca americanista, el Sr. Dr. Jacinto Jijón y Caamaño.—La memoria sobre Tomebamba se publicó en la Revista "Muséon" de Lovaina.

gicos a tiempo de publicarse la primera obra de arqueología en el Ecuador; hemos visto la falta absoluta de medios para la investigación científica en que se halló el ilustre arqueólogo al iniciar sus trabajos y cuán poco propicio era el ambiente en nuestra patria, para aquellas labores. Hemos recorrido luego las páginas de ese libro que marca en nuestra literatura científica una nueva orientación, que abre a los espíritus ansiosos de saber, un amplio horizonte y que es el comienzo de una era de florecimiento de los estudios históricos y arqueológicos en la República. Cuánto le debe la cultura ecuatoriana, cuánto ha contribuido por sí solo al enriquecimiento de nuestra literatura, el bien inmenso que hizo a su adorada patria cada día se conocerá mejor; y ésta sabrá devolverle la gloria que recibió del preclaro talento y las grandes virtudes de ese egregio varón, su hijo más ilustre, inmortalizando su memoria en el bronce y el mármol.

Porque el literato brillantísimo, el insigne crítico, el polemista invencible, el orador de elocuencia arrebatadora, el profundo sabio y el más grande de nuestros historiadores, fué, ante todo, el apóstol de la Verdad y el patriota esclarecido que consagró al servicio de Dios y de la Patria, todas las horas de su vida.

Que este ligero estudio que hemos hecho del primer libro de Arqueología ecuatoriana, de la primera obra de historia patria, debida a la aurea pluma del ltmo. Señor Don FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, sea un estímulo para que personas más capaces y autorizadas que nosotros, emprendan la proficua labor de analizar el monumento científico y literario que nos legó el gran Maestro. Nosotros hemos querido sólo rendir un homenaje a su memoria, que guardamos con ferviente amor y respeto.

Quito, Agosto de 1921.

CARLOS M. LARREA,  
de la Academia Nacional de Historia.



## AL LECTOR

El Estudio histórico sobre los Cañaris, que sale a luz en este pequeño volúmen, hacia parte de un trabajo más extenso sobre las antiguas naciones indígenas, que poblaban el territorio de nuestra República antes de la venida de los Españoles. Por desgracia, circunstancias desfavorables nos han puesto en el caso de no poder dar cima a nuestro trabajo; mas, a fin de estimular por nuestra parte la afición a los estudios históricos, tan olvidados entre nosotros, resolvimos publicar aquella parte, que se hallaba ya terminada.

Siete años de permanencia en la Provincia del Azuay, frecuentes viajes, emprendidos para visitar y reconocer por nosotros mismos todos los lugares más notables de ella, y un estudio tan prolijo como nos ha sido posible hacer de gran número de obras relativas a la Historia de América, tales son las prendas de acierto que puede presentar nuestro escrito: ingenio escaso, falta de medios para adelantar en esta clase de estudios, carencia de muchas obras publicadas por americanistas distinguidos, que no nos ha sido posible haber a las manos, y la natural disposición de la humana inteligencia a ser engañada son, sin duda, causas suficientes para que nuestro escrito salga incompleto y defectuoso. Por esto nos hallamos dispuestos a recibir dócilmente cuantas indicaciones tengan a bien hacernos los sabios, pues en todo no deseamos otra cosa que el acierto. No sostenemos ningún sistema preconcebido; así es que nos hemos limitado a hacer simples conjeturas sobre puntos que no están todavía perfectamente estudiados, y acerca de los cuales una crítica ilustrada permite opinar de diversas maneras.

Quito, Agosto 28 de 1878.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ



# ESTUDIO HISTORICO SOBRE LOS CAÑARIS

ANTIGUOS HABITANTES DE LA PROVINCIA DEL AZUAY,  
EN LA  
REPUBLICA DEL ECUADOR

The seal of the Universidad Central del Ecuador is a circular emblem. It features a central shield with a sun, a book, and a quill. Above the shield is a banner with the motto 'PROGRESSUS SAPIENTIAE'. The shield is flanked by two figures. The entire seal is surrounded by the text 'UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR' in a circular border.

CAPITULO PRIMERO  
LA NACION DE LOS CAÑARIS

Fuentes históricas.—Demarcación geográfica.—Tribus de los Cañaris

I

Muy bien podemos decir que, hasta ahora, no se ha escrito una historia completa y exacta del vasto imperio de los Incas, conocido universalmente con el nombre general del Perú. Los antiguos cronistas castellanos hablan solamente de los Incas, últimos soberanos del Perú, y muy poco, y como por incidencia, nos cuentan acerca de esa muchedumbre de naciones diversas, que, en los dos siglos que precedieron a la conquista, llegaron a formar parte del imperio peruano bajo el cetro de los hijos del Sol. De esta manera la historia y civilización de los Incas son bastante conocidas; al paso que ignoramos casi completamente los usos, creencias y costumbres de las demás naciones, porque los historiadores se han contentado con referir solamente los nombres de ellas. Una de esas naciones, cuyo

nombre apenas indican los cronistas castellanos, es la de los Cañaris, antiguos pobladores de la provincia del Azuay en nuestra República.

Garcilasso da algunas pequeñas indicaciones acerca del culto y de la forma de gobierno de los Cañaris; Montesinos cuenta algo de la historia de ellos, cuando refiere las conquistas que llevaron a cabo los Incas en la parte septentrional del continente sud-americano; Cavello Balboa añade un dato más a esa narración; Velasco enumera las tribus que componían el reino de los Cañaris; Cieza de León nos describe los suntuosos edificios de Tomebamba y Oviedo refiere la manera como vino a destruirse la nación, poco tiempo antes de la conquista de los Españoles. He ahí los principales, si no los únicos datos que acerca de los Cañaris nos presentan los antiguos historiadores castellanos. Datos de otra naturaleza para la historia de la misma nación ofrece al investigador diligente la Arqueología, que, por los restos de las obras del arte, perdonados por el tiempo, rastrea el origen y el estado de cultura y civilización de naciones que han perecido y estaban ya olvidadas completamente. La Filología nos proporciona también alguna luz para formar conjeturas fundadas acerca de la relación de origen que existe entre pueblos diversos: como el químico, descomponiendo las sustancias, llega a encontrar los elementos simples que las forman; así el filólogo toma una voz y la analiza, persiguiendo la raíz o el origen de ella al través de las variadas modificaciones que ha recibido del tiempo, del método de vida, y de la índole moral de los pueblos o tribus que se sirvieron de ella para expresar su pensamiento: así se va a encontrar, talvez, el origen del alemán en el sánscrito, lengua sagrada de las antiquísimas naciones de la India Oriental. La Craneología, con el estudio comparativo de los cráneos humanos, puede llegar a descubrir las diversas razas que han poblado un continente.

Entre las varias provincias que componen nuestra República, ninguna posee tantos y tan notables monumentos pertenecientes a las antiguas tribus indígenas, como la del Azuay. El famoso palacio, denominado *Inga-pirca*; los fragmentos de la *Vía real* de las cordilleras; y los restos de los *Tambos* o alojamientos atestiguan la grandeza y poderío de los Incas: los vasos, los adornos y otros objetos de oro y de plata, trabajados con exquisito primor y cubiertos algunos de jeroglíficos curiosos, revelan que, en tiempos remotos, existieron en aquella provincia pueblos, de los cuales casi ningún recuerdo

ha conservado la historia. ¡Cosa verdaderamente extraña! Que el sepulcro, donde una vez caído el hombre se abisman con él todos sus recuerdos, haya venido a ser el único depositario de los anales de pueblos que perecieron para siempre! Ahora conviene que nos apresuremos a disputar a la codicia, violadora de las tumbas, algunos objetos, más preciosos por su importancia histórica, que por las ricas materias de que están fabricados; aunque es necesario indicar también que, lo que hasta ahora se ha salvado es como nada en comparación de lo que se ha perdido.

## II

La provincia del Azuay ocupa una gran extensión de tierra en la parte meridional de la República y se halla limitada al Norte por la provincia del Chimborazo; al Sur, por la de Loja; al Occidente, por la de Guayaquil y al Oriente se extienden los inmensos territorios de Gualaquiza, habitados por tribus salvajes, y por esa parte nuestra República es conterránea con la del Perú. En lo antiguo habitaban esa provincia diversas tribus o parcialidades de la belicosa nación de los Cañaris, que, a mediados del siglo XV de nuestra era, fueron conquistados por Tupac-Yupanqui, XI Inca del Perú.

Parece que, sin grave error, pudiéramos determinar los límites que tenía la nación al tiempo de la conquista de los Incas, señalando al Norte el nudo del Azuay, que la separaba de los Cacicazgos Adel ausi y Tiquizambi; al Mediodía se encontraban las tribus de los Paltas; al Oriente la cordillera de los Andes dividía a los Cañaris de los indios salvajes conocidos hasta ahora con el nombre general de Jibaros; por el Occidente no se le puede señalar términos fijos, pues, parece que el territorio de los Cañaris por aquella parte se extendía hasta las costas del Pacífico, pobladas entonces por los Huan-cavilcas. (1)

## III

Ahora es de todo punto imposible averiguar cuándo vinieron los primeros pobladores, qué lengua hablaron y cuál haya sido su his-

(1) Cieza de León. Crónica del Perú (capítulos 44 y 56.)—Alcedo. Diccionario geográfico de América.

toría. Los Cañaris principian a figurar en la historia al tiempo de la conquista de los Incas, y desde que aparecen por primera vez ya se presentan como nación formada y aguerrida. El P. Velasco, laborioso investigador de las tradiciones antiguas, nos ha dado la enumeración de las tribus indígenas que componían la antigua nación cañar. "El reino de Cañar, dice, era grande e igual al de Quito, con veinte y cinco tribus las mas de ellas muy numerosas, que son Ayan-cayes, Azogues, Bambas, Burgayes, Cañaribambas, Chuquipatas, Cinubos, Cumbes, Guapanes, Girones, Gualaseos, Hatun Cañares, Manganes, Molleturos, Pacchas, Pautes, Plateros, Racares, Sayausies, Siccis, Tadayes, Tomebambas y Yunguillas". (1) Tal es la enumeración hecha por el P. Velasco; mas una crítica ilustrada no puede dar pleno asentimiento a la narración del historiador de Quito. En efecto, fácil es notar que algunos de los nombres de las tribus indígenas son castellanos, y designan lugares o fundaciones españolas; por tanto, o las tribus indígenas, que moraban en aquellos puntos, tuvieron nombres diversos de los que les dá el P. Velasco; o es necesario suprimir algunas tribus en la enumeración de las que componían el reino de los Cañaris.

Todas esas tribus, ¿eran de un mismo origen? ¿Perteneían a razas diferentes, o, por el contrario, eran todas de una misma raza, y hablaban el mismo idioma? Cuáles eran su religión, usos, leyes y costumbres?—En el estado actual de las investigaciones históricas es imposible dar respuesta satisfactoria a estas preguntas, y, acaso, no será posible dárla en ningún tiempo. Esas que el P. Velasco cuenta como tribus diferentes, ¿lo eran en verdad? Por qué distingue el historiador a los yunguillas de los tomebambas? Estudiada concienzuda y detenidamente la historia antigua de América, no podemos menos de convenir en que es necesario borrar algunas páginas de ella, y rehacer otras por completo. Para expresarnos con mayor verdad y exactitud, diremos que no se ha escrito hasta ahora, ni es posible que se escriba todavía la historia de las antiguas tribus indígenas del Ecuador. Esa historia solo puede ser algún día el fruto sazonado de penosas investigaciones arqueológicas y de estudios profundos. El conocimiento del idioma, para rastrear por ahí el origen de las naciones y el grado de cultura y adelantamiento de ellas; la

---

(1) Velasco. Historia del Reino de Quito. (Historia antigua. Libro 1º.)

comparación de sus tradiciones religiosas con las creencias y tradiciones de otros pueblos, en fin, el examen atento de las razas, de sus usos y costumbres, acaso podrán dar más tarde fundamento sólido para conjeturas razonables acerca de la historia antigua de las naciones americanas. El amor de la novedad ha sido parte para que algunos escritores admitan y tengan como ciertos, sin maduro discernimiento, hechos y tradiciones de todo punto inverosímiles; de esa manera estudios, que, bien dirigidos, habrían contribuido a derramar abundante luz sobre la historia, han servido para hacerla más embrollada y tenebrosa.

Nosotros creemos que no nos apartamos de la verdad asegurando que, en los tiempos que siguieron inmediatamente a la conquista, la provincia del Azuay estaba dividida en dos secciones. La una comprendía la parte septentrional de la provincia, y allí se fundó el asiento de Cañar, que fué la primera población española que hubo en la tierra de los Cañaris: la otra comprendía el extremo meridional de la provincia, llamada, por lo regular, provincia de Tomebamba, y en ella fué después fundada la ciudad de Cuenca. Así es que los antiguos escritores castellanos, cuando hablan de Tomebamba, unas veces se refieren a la ciudad de este nombre, y otras a la provincia; y conviene no confundir jamás lo que nos dicen de la ciudad con lo que nos dicen relativo a la provincia. Parece que ésta comprendía lo que hay entre Déleg, por una parte, y el Jubones, por otra, hasta el punto donde se reúne este último río con el de Minas.

Según Alcedo, aún el mismo río Matadero, que baña la ciudad de Cuenca, por la parte del Sur, se llamaba antiguamente Tomebamba. (1) Gomara dice, hablando de Tomebamba, provincia rica de minas y al Quito vecina; y en otro lugar dice también Tomebamba, pueblo grande, rico y hermoso, que junto a tres caudales ríos estaba, con lo cual distingue muy bien la provincia de la ciudad. (2) Y Oviedo se expresa así: Tomepumba, ques una provincia a la entrada de Quito, donde estaba una hermosa cibdad, ribera de tres ríos. (3)

---

(1) Alcedo. Diccionario geográfico de América. (V. Cuenca).

(2) Historia de las Indias. (Cap. 39. En la colección de Barcia.)

(3) Historia general y natural de Indias. (Libro 46. Cap. XVII.)

## CAPITULO SEGUNDO

### DOMINACION DE LOS INCAS

#### I

Conquista de los Cañaris por los Incas.—Guerra entre Huascar y Ata-Huallpa.—Exterminio de la nación.—Montesinos y sus relaciones históricas acerca de los Cañaris.

La historia de los Cañaris está íntimamente ligada con la historia de los Incas. Tupac-Yupanqui, XI Inca del Perú, redujo a su obediencia la nación de los Cañaris: permanecieron éstos sujetos a Huayna-Câpac durante toda la vida de este Inca; y Ata-Huallpa asoló la provincia y exterminó casi por completo la nación, poco tiempo antes de la llegada de Pizarro al Perú.

Constantes los Incas en el propósito de ensanchar los límites de su imperio, iban transmitiendo a sus hijos con la corona la afición por las conquistas y el anhelo de llevar adelante la obra de reducir a una sola nación esa muchedumbre de tribus diversas, que poblaban el vasto territorio dividido ahora entre las repúblicas de Bolivia, el Perú, el Ecuador y parte de Chile.

A mediados del siglo XV de nuestra era, el Inca Tupac-Yupanqui llegó a los confines de la provincia de Loja, habitada entonces por las tribus de los Zarzas y de los Paltas, las cuales, sin oponer resistencia alguna a las armas del conquistador peruano, se sometieron de buen grado a su obediencia. Los Cañaris se hallaban en guerra, ya hacía algún tiempo, con los Shyrls de Quito y, siguiendo el ejemplo de las tribus comarcanas, se dieron de paz a los Incas. Ayudado por sus nuevos súbditos, los Cañaris, Tupac-Yupanqui triunfó sobre Hualcopo, último soberano de Quito, y sometió a su imperio el pequeño reino de Alausi, el Cacicazgo de Tiquizambi y una gran parte de la provincia del Chimborazo, habitada en aquella época remota por la belicosa nación de los Puruhâes.

La conquista del reino de Quito se llevó a cabo por Huayna-Câpac, el más famoso de los Incas, hijo y sucesor de Tupac-Yupanqui.

Con la conquista del reino de Quito se dilataron hasta el río Mayo los límites del vasto imperio del Perú. Huayna-Cápac, al morir, dejó dividido su imperio entre sus dos hijos, Huáscar y Ata-Huallpa: a Huáscar le señaló el imperio del Perú, tal como lo habían poseído sus abuelos; y a Ata-Huallpa, el reino de Quito.

## II

La provincia de Tomebamba, en el territorio de los Cañaris, fué, según varios autores, el motivo de la guerra civil que estalló entre los dos reales hermanos poco tiempo después de la muerte de su padre. He aquí como nos refiere Cavello-Balboa el motivo y la historia de esas guerras civiles (1).

Mientras Ata-Huallpa se encontraba en Tomebamba ocupado en hacer construir edificios magníficos, Urco-Colla, curaca de los Cañaris, envidioso de la fortuna de Ata-Huallpa, mandó en secreto un emisario al Cuzco con el objeto de indisponer al Inca Huáscar contra su hermano. Sabedor Ata-Huallpa del enojo de su hermano, despachó a la corte, con ricos presentes para Huáscar, a Quillaco, hijo de un Inca noble, antiguo favorito de Huayna-Cápac. Quillaco fué recibido muy descomedidamente por Huáscar, quien hizo dar muerte, en presencia del embajador, a cuatro de sus compañeros. Ata-Huallpa recibió en Tomebamba al mensajero y, disimulando su enojo por el desaire recibido, partió para Quito, resuelto a conservar con las armas la herencia de sus padres. Entre tanto, Huáscar por su parte se preparaba también a la guerra, y, como primera medida, confió el mando de su ejército a un general muy valiente, llamado Atoc, el cual vino hasta Tomebamba, para establecer allí el cuartel general de todas sus tropas. Ata-Huallpa, sin pérdida de tiempo, levantó también un numeroso ejército y marchó a contener los avances del general peruano. Avistáronse los dos ejércitos en las llanuras de Mocha y, después de un reñido combate, fueron puestos en fuga los quiteños: apenas supo la derrota de los suyos, organizó Ata-Huallpa un nuevo ejército y acudió él mismo en persona a auxiliar a sus tropas; dióles alcance entre Mulihló y Llactacunga, trabóse allí un segundo

(1) Historia del Perú. (capítulos 16, 17 y 18). Traducción francesa en la colección de Ternaux-Compans.

combate más sangriento que el primero; Atoc, Urcu-Colla y otros Caciques cayeron prisioneros y fueron llevados a Quito, donde Ata-Hualpa los condenó a muerte.

Tan luego como llegó a Cuzco la noticia de la derrota de su ejército, Huáscar mandó a su hermano Huanca-Auqui a la cabeza de una nueva expedición contra Ata-Hualpa. Huanca se fortificó en Tomebamba y esperó allí la acometida del ejército quiteño, el cual no tardó en llegar: los peruanos defendían el puente por el cual comunicaba la ciudad con la otra parte del valle; varias veces intentaron los quiteños desalojarlos de allí, pero siempre con mal éxito, por que fueron rechazados, retirándose entonces a las alturas de Molleturo, donde fueron acometidos al día siguiente por los peruanos: mas la fortuna fué aquel día adversa a estos y, viéndose derrotados por los quiteños, se refugiaron nuevamente en la ciudad.

Parece que los quiteños habían venido entonces al lugar donde después fué fundada la ciudad de Cuenca, y que los peruanos avanzaban desde Tomebamba, deseosos de vengarse de la derrota pasada; mas no podemos conocer ahora en que punto volvieron a combatir; sólo sabemos que, derrotados por segunda vez, los peruanos huyeron con dirección a Tomebamba, y que los quiteños fueron persiguiéndolos hasta Puma-pungo, que en la fuga muchos perecieron ahogados en el río; y finalmente que Huanca se retiró a Cusi-Bamba, lugar que, según Balboa, estaba a treinta leguas de distancia de Tomebamba. (1)

Uno de los puntos más difíciles de la historia antigua de América es la determinación exacta de los lugares en que se verificaron muchos de los más notables acontecimientos, pues la Geografía de los cronistas castellanos es muy defectuosa, a lo cual se añade el modo arbitrario con que escriben los nombres americanos de los sitios y lugares; tan arbitrario, que muchas veces es casi imposible adivinar donde habrán estado los puntos en que los historiadores dicen que tuvieron lugar ciertos acontecimientos. He aquí lo que nos ha sucedido al querer señalar con precisión el punto donde combatieron los dos ejércitos antes de la rendición de Tomebamba.

(1) Cusi-Bamba, según lo indica el P. Salinas en su *Crónica de los Franciscanos en el Perú*, es el valle de Loja; lo cual está de acuerdo con lo que dice Balboa.

### III

Vamos ahora a formar, entretejiendo de varios autores, la historia de los últimos acontecimientos que tuvieron lugar en la provincia antes de la llegada de los españoles. Una vez triunfante el Inca Ata-Huallpa, aplicó todo el rigor de las leyes peruanas a los infelices Cañaris y los condenó al exterminio, como a traidores, pues las leyes peruanas imponían la pena de muerte a los que hiciesen armas contra el soberano. "Los Cañaris, enemigos de Ata-Huallpa, gente valerosa, ducha y muy política, de buen talle y proporción, tenían cuidado, porque sabían que era vengativo y cruel; y temiendo de algún gran castigo, y, por lo menos de ser hechos yanaconas y adjudicados por perpetuos esclavos de la corona, acordaron de enviarle muchos niños y mozos con ramos en las manos, que humildemente le pidiesen perdón; pero usando de crueldad nunca oída, mandó matar millares y millares de hombres, niños y mancebos, y mandó sacar los corazones, sembrarlos en las chacaras o heredades, por orden, diciendo que quería saber, qué fruto daban corazones fingidos y traidores; y hoy día se ven tantos huesos y calaveras que ponen horror; y la representación en la imaginación de tanta impiedad causa tristeza con la vista de aquella hosamenta de hombres, que aún se está entera, por ser la tierra arenisca y seca y correr vientos fríos y secos, que la conservan sin putrefacción; y a las vírgenes del templo también mandó matar; y puso guarniciones; y en Tomebamba tomó la borla y se llamó Inca de todo imperio". Así Herrera. (1)

En la relación que el mismo Ata-Huallpa hizo a Pizarro en Cajamarca sobre el motivo de la guerra, que traía contra su hermano Huáscar, se expresó de esta manera: "Sali de Quito, mi tierra, con toda la mas gente de guerra que pude, y vine a Tomebamba, donde tuve con mi hermano gran batalla, y le maté mil hombres y lo hice volver huyendo con la gente que le quedó. Y aquel pueblo de Tomebamba, que es una buena ciudad de mi hermano, se me puso en defensa, y la asolé y quemé y maté toda la gente, y todos los pueblos de aquella comarca quise asolar y destruir, y, porque quise seguir a mi hermano, lo dejé por entonces de hacer... Y ahora tenía pensado, si no acaeciera mi prisión, de me ir a descansar a mi tierra y de camino acabar de asolar todos los pueblos de aquella co-

(1) Herrera. Historia de las Indias Occidentales, (Década Vª Libro 3º Cap. XVII).

marca de Tomebamba que se me puso en defensa, y pensaba poblarla de nuevo de mi gente, y, para poblar el pueblo principal de Tomebamba, que asolé, me envían mis capitanes de la gente del Cuzco, que han sujetado, cuatro mil hombres casados". (1)

De tal manera arrasó Ata-Huallpa la provincia de Tomebamba, dice Cavello Balboa, que allí donde antes había pueblos florecientes ahora solo hay campos abandonados que blanquean con los huesos de los muertos (2).

#### IV

Todos los historiadores antiguos están acordes en atribuir al Inca TupacYupanqui la conquista de los Cañaris; mas uno solo, a saber, el licenciado Montesinos, aunque la atribuye al mismo Inca, se aparta de todos los demás en cuanto al tiempo, pues, designa al conquistador de los Cañaris con el sobre nombre de Huiracocha y dice que no fué padre, sino abuelo de Huayna-Capac. Las relaciones de Montesinos, según nuestro juicio, carecen de verdad histórica y solo merecen crédito en lo que refiere acerca de los tiempos inmediatos a la conquista, y, aun en eso, la discreción del lector debe separar lo cierto de lo que sólo es verosímil. Hecha esta advertencia, que creemos necesaria, pondremos aquí la narración que de lo ocurrido con los Cañaris nos ha dado Montesinos en sus Memorias sobre el Perú antiguo.

Después de referirnos la conquista de la tribu de los Paltas, que moraban en lo que ahora es territorio de Zaraguro, prosigue Montesinos:—Advirtieron al Inca sus espías que los Cañaris, habitantes del país, donde está ahora la ciudad de Cuenca, se preparaban para hacerle resistencia, al mando de cierto cacique llamado Dumma, el cual había pedido auxilio a los caciques de Macas, Quinoa y Puma-Llacta. Apresurose el Inca a marchar contra el cacique de los Cañaris antes que llegaran los aliados; mas, a pesar de lo rápido de su marcha, los enemigos habían ocupado ya los puestos más ventajosos y los defendieron con valor. El Inca fué rechazado y tuvo

(1) Oviedo.— (Historia general y natural de Indias.) Libro 46 Cap. 2º.

(2) Balboa.— (En el lugar antes citado).

que retroceder hasta Palta, perdiendo mucha gente y una parte de sus bagajes. Los Cañaris, picándole la retaguardia, le persiguieron hasta el punto donde está ahora la ciudad; y de allí enviaron mensajeros a los Paltas, para inducirles a que se aprovecharan de la ocasión para matar al Inca y vengar así la muerte de sus compatriotas. Embarazados los Paltas con semejante propuesta recurrieron a sus hechiceros, pidiéndoles que consultaran sus Huacas; el demonio les respondió que triunfaría el Inca, por lo cual los Paltas le dieron cuenta de la proposición de los Cañaris, y recibieron por ello muchos obsequios y grandes favores.

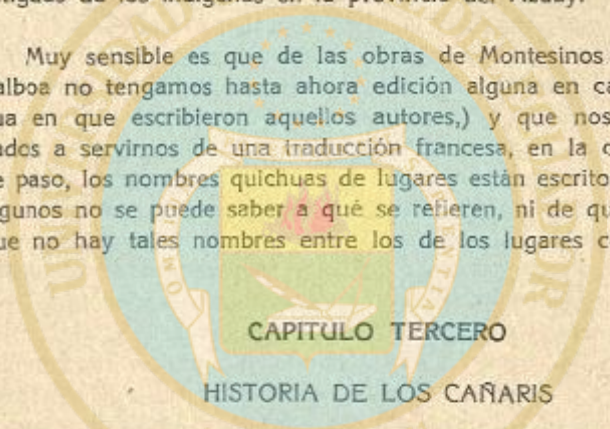
Sin embargo de esta prueba de fidelidad, el Inca mandó construir una fortaleza, para tenerlos seguros, y aguardó allí los refuerzos que hacia venir de Chile y de los Chirihuanas. Viendo los Cañaris que la obra avanzaba y que llegaban al Inca refuerzos de todas partes, se decidieron a mandarle mensajeros prometiendo sujetarse a su imperio, con tal que les perdonase la resistencia pasada. Vacilante estuvo por largo tiempo el Inca a causa de la conocida mala fe de los Cañaris; pero, al fin, se decidió a mandarles un gobernador, al cual ordenó que tratase bien a los caciques y les exigiese sus hijos en rehenes. El gobernador fué bien recibido y se celebraron fiestas en honra suya. Dumma y los otros jefes fueron a rendir homenaje al Inca, reconociéndole por hijo del Sol y jurándole fidelidad y, para mayor garantía, Dumma dejó en poder del Inca un hijo y una hija, y otros jefes dejaron también sus hijos. Tan luego como Dumma estuvo de vuelta en su provincia, hizo edificar un hermoso palacio para alojamiento del Inca, y muchas casas a lo largo del río para hospedar en ellas la tropa. Todas estas obras se llevaron a cabo con tanta prontitud, que estaban ya terminadas cuando el Inca llegó a la provincia, en la cual permaneció todo un año. Los Cañaris le obsequiaron celebrando fiestas para honrarle; y tanta gente se le reunió allí que, viéndose a la cabeza de un ejército innumerable, resolvió marchar sobre Quito, para lo cual mandó sus espías adelante. El Inca salió de la provincia con la misma pompa con que había entrado: los Cañaris le acompañaron, precediéndole con guirnaldas de flores y bailando delante de su litera.

Después de referir Montesinos la conquista de Quito y la de la Puná, dice que, cuando Tupac Yupanqui se preparaba a la conquista de los Chonos, pueblos que moraban en lo que es ahora provincia

de Manabí, supo que los Cañaris se habían insurreccionado y dado muerte al gobernador puesto por el Inca y a las tropas que habían dejado en aquella provincia. Vino, pues, contra ellos por el camino que hoy conduce de Guayaquil a Cuenca y, habiéndolos vencido en un combate sangriento, ejerció en ellos cruel venganza, mandando matar hasta a los viejos, y poblando la provincia de Mitimaes. (1)

La relación de Montesinos difiere mucho, como acabamos de ver, de la que hacen todos los demás historiadores: con todo, nos ha parecido necesario ponerla aquí, para completar el estudio que estamos haciendo de la historia de los Cañaris, porque, como lo haremos notar después, no deja de ofrecer alguna luz para el conocimiento de los lugares en que estuvieron las principales poblaciones antiguas de los indígenas en la provincia del Azuay.

Muy sensible es que de las obras de Montesinos y de Cabello-Balboa no tengamos hasta ahora edición alguna en castellano, (lengua en que escribieron aquellos autores,) y que nos veamos obligados a servirnos de una traducción francesa, en la cual, sea dicho de paso, los nombres quichuas de lugares están escritos tan mal, que algunos no se puede saber a qué se refieren, ni de qué hablan, porque no hay tales nombres entre los de los lugares conocidos.



### CAPITULO TERCERO

#### HISTORIA DE LOS CAÑARIS

Creencias religiosas.—Dioses principales.—Varias clases de sepulcros.—Lengua.—Conjetura acerca de su modo de escribir.—Sistema de gobierno.—Carácter moral.

## I

Vamos a presentar, reunidos en un solo cuadro, los rasgos diversos que de los Cañaris hemos encontrado en escritores tanto antiguos, como modernos, a fin de completar nuestra historia de una

(1) Montesinos.—Memorias sobre el Perú antiguo. (Cap. 23 y 26). En la colección de Ternaux-Compans.

nación que ha desaparecido enteramente del lugar donde existió hace cuatro siglos.

Lo primero que conviene saber tanto respecto de los hombres, como respecto de los pueblos, es la idea que tuvieron de Dios y de la vida futura, porque las creencias religiosas hacen la vida de nuestra vida: somos lo que creemos, y, para conocer a un hombre o a un pueblo, basta preguntar qué idea tiene de Dios.

Los Cañaris conservan una tradición antigua acerca de su origen, en la cual no deja de encontrarse un fondo de verdad y una como reminiscencia confusa y lejana de hechos bíblicos, mezclada con fábulas y supersticiones puramente locales. Decían, pues, que en época muy remota había estado poblada toda la provincia del Azuay; pero que todos los habitantes que entonces existían habían perecido en una inundación general que cubrió toda la tierra. En el origen de los tiempos, la raza humana se vió amenazada por una formidable inundación y sólo dos hermanos fueron los únicos que se salvaron en la cumbre de una montaña llamada Huacay-ñan o camino del llanto en la provincia de Cañaribamba: (1) las olas de aquel diluvio mugían en torno de los dos hermanos; más, a medida que se levantaban las aguas, la montaña se iba levantando también sobre ellas, sin que llegara a ser cubierta, por haber alcanzado a tener una altura considerable. Cuando con la disminución de las aguas hubo pasado ya el peligro, los dos hermanos se vieron solos en el mundo; pronto consumieron los pocos viveres que les habían sobrado y, para procurarse otros, los salieron a buscar en los valles vecinos; mas, cuál no sería su sorpresa al encontrar de vuelta a la cabaña, que habían edificado, listos y aparejados por manos desconocidas manjares que ellos no esperaban? Al cabo de algunos días, durante los cuales no había cesado de repetirse la misma escena, deseosos de descubrir aquel misterio se convinieron en que uno de los dos se quedaría oculto en la cabaña, puesto en acecho, para sorprender aquel enigma, mientras iría el otro, como de costumbre, a buscar alimento. Como lo habían acordado, así lo pusieron por obra; cuando hé aquí que el que estaba escondido vé entrar de repente en la

(1) La montaña Huacay-ñan de esta leyenda se halla en la cordillera oriental, y ahora toda aquella comarca es conocida con el nombre de Guaraynac, corrupción evidente de Huacay-ñan.

cabaña dos papagayos con caras de mujer, los cuales prepararon inmediatamente el maíz y las demás viandas que debían servir para la comida. Así que descubrieron al que estaba oculto, las dos aves alzaron el vuelo para huir; mas, no lo hicieron con tanta ligereza que no alcanzase a apoderarse de una de ellas, con la cual se desposó y de este matrimonio nacieron seis hijos, tres varones y tres mujeres. Estos a su vez se desposaron entre ellos y de sus familias tuvo origen la nación de los Cañaris que poblaron la provincia del Azuay y tuvieron siempre por los papagayos grande veneración. (1)

Se conoce, pues, que los Cañaris tenían tradiciones enteramente distintas de las que conservaban los Incas del Perú, y que pertenecían a una raza diversa y, talvez, más antigua que la quichua en el continente americano.

El culto y veneración tributado a los papagayos, de que nos habla la leyenda que acabamos de citar, ha recibido un testimonio que lo comprueba en los objetos extraídos de los sepulcros. En efecto, en Huapán, lugarcillo cercano al pueblo de Azogues, al N. E. de Cuenca, se descubrió un sepulcro famoso del cual se sacaron centenares de hachas de cobre con diversas figuras y grabados; y entre ellas muchas tenían la forma de loros o papagayos. Como es bien sabido, las tribus indias acostumbraban reunirse para la guerra, dividiéndose en cuerpos o batallones diversos, cada uno con la insignia, divisa o estandarte que representaba la imagen del objeto a quien atribuía el origen de la tribu. Costumbre análoga tenían también otras naciones del antiguo continente.

No deja de causarnos alguna sorpresa el encontrar entre los indios Cañaris el culto y la adoración del papagayo, adorado por los Mayas de Yucatán, en donde era tenida aquella ave como el símbolo del Sol, o de las fuerzas vivificadoras de la naturaleza. Los Mayas adoraban al Sol con el nombre de *Kinich-Kakmó*, que quiere decir Sol con rostro, cuyos rayos son de fuego, y creían que a la hora

(1) Brasseur de Bourbourg.—Des Sources de l'histoire primitive du Mexique etc. 5<sup>e</sup> VI. El célebre americanista francés ha sacado esta tradición de los Cañaris de la obra de Avila sobre los errores, falsos dioses, supersticiones... & de varias naciones del Perú, la cual se conserva todavía inédita en el archivo de la Biblioteca nacional de Madrid. No dudamos que, cuando salga a luz este manuscrito precioso, se aclararán muchos puntos que hoy están oscuros.

del mediodía bajaba a quemar los sacrificios que le ofrecían, como baja volando la guacamaya, con sus plumas pintadas de varios colores (1). "Tenían otro templo en otro cerro, que cae a la parte del Norte, (dice Cogolludo, hablando de los ídolos venerados en Yucatán), y a éste llamaban *Kinich-Kakmó*, por llamarse así un ídolo que en él adoraban, que significa Sol con rostro. Decían que sus rayos eran de fuego y bajaba a quemar el sacrificio a mediodía, como baja volando la guacamaya, (es esta una ave a modo de papagayo, mayor de cuerpo, y muy finos colores de plumas). A este ídolo recurrían en tiempo de mortandad, pestes, o enfermedades generales, así hombres como mujeres, y llevaban muchos presentes que ofrecían". (2) Las palabras del historiador de Yucatán no necesitan de ningún comentario, y todavía son más claras y terminantes las de otro antiguo cronista americano, el P. Lizana, quien, hablando de la adoración que los Mayas tributaban al Sol, se expresa así: "En cuanto a sus rayos, algunos poetas los llaman cabellos o plumas doradas, en lo cual parece que aluden a lo que estos naturales decían de los rayos del Sol, cuando adoraban las plumas de colores variados de la guacamaya, como también cuando hacen consumir por el fuego sus ofrendas; yo creo, pues, que de esa manera simbolizaban la quema de los bosques y el agotamiento del verdor de los campos ocasionados por el calor de los rayos del Sol" (3). ¿Los cañaris, antiguos pobladores de la provincia del Azuay, descendían, tal vez, del mismo origen de los Mayas, esos célebres moradores de Yucatán, venidos también ellos a la América de partes remotas?—La serie de nuestro estudio no dejará de presentarnos ocasión para robustecer esta conjetura.

El culto y la veneración de las guacamayas se encontró también entre los Muiscas de Cundinamarca, pues allí eran sacrificadas al Sol estas aves en vez de víctimas humanas, para lo cual primero se les enseñaba a hablar. "Sacrificábanlos, dice el P. Zamora, en lugar de hombres, y, para que suplieran por ellos, los enseñaban a ha-

(1) Landa.—Relación de las cosas de Yucatán. § XLII.

(2) Cogolludo.—Historia de Yucatán. Libro IV. Cap. VIII.

(3) Lizana.—Del principio y fundación de estos cuyos omules de este sitio y pueblo de Itzmal. (Las citas de Landa y Lizana se refieren a la publicación de Brasseur, titulada Colección de documentos en las lenguas indígenas, para servir al estudio de la historia y de la filología de la América antigua. Volumen tercero).

blar en su lengua, y cuando la hablaban muy bien, los juzgaban dignos del sacrificio". (1)

Los principales dioses adorados por los Cañaris eran la Luna y los árboles grandes. (2) El culto del Sol se introdujo, si hemos de creer a Garcilaso, con la conquista y el señorío de los Incas. "Antes de los Incas, dice Garcilaso, adoraban los Cañaris por principal dios a la Luna, y secundariamente a los árboles grandes y las piedras que se diferenciaban de las comunes, particularmente si eran jaspeadas. Con la doctrina de los Incas adoraban al Sol, al cual hicieron templo y Casa de escogidas y muchos palacios para los reyes". (3) En Tomebamba era adorado especialmente un oso. (4) El concilio Limense, cuando habla de la idolatría de los indios, advierte que en cada provincia había un ídolo o huaca común, y en cada pueblo, otro particular, a los cuales deben añadirse los conopas o dioses caseros y las pacarinas o sitios de donde creían que habían nacido sus progenitores (5).

En la manera de sepultarse parece que había alguna diferencia según lo manifiestan las excavaciones hechas en diversos puntos de la provincia. En Chordeleg cada sepulcro contenía gran número de cadáveres dispuestos de la manera siguiente. Cada sepulcro dividido en dos departamentos: el uno, que era, sin duda, el principal, consistía en un hoyo circular de bastantes metros de profundidad; el otro, era una bóveda hecha en el suelo a un lado del hoyo. En esta bóveda se colocaban todos los tesoros del difunto, y en medio de ellos su cadáver, unas veces tendido de espaldas, y otras sentado en

- (1) Zamora.—Historia de la Provincia de S. Antonio del Orden de Predicadores en Nueva Granada. (Libro 29 Cap. 16).
- (2) Garcilaso de la Vega.—Comentarios reales de los Incas. (Parte 1ª Libro 8º Cap. 5º)
- (3) Garcilaso. (En el lugar citado).
- (4) Calancha.—Crónica moralizada del Orden de S. Agustín en el Perú. Libro 29 Cap. XI).
- (5) Respecto de las creencias religiosas, además de los autores antiguos, entre los modernos puede consultarse a Desjardins.—*Le Pérou avant le conquete espagnole.*—Las tradiciones religiosas y cosmogónicas de las antiguas naciones americanas se hallan reunidas en un solo cuadro por Brasseur en la Introducción al Popol Vuh o libro sagrado y mitos de la antigüedad americana.

cucilllas; en el hoyo grande se enterraban los cadáveres de las mujeres y sirvientes del difunto, a las cuales una práctica común en muchas naciones de Asia y América, condenaba a muerte para que vayan a hacer compañía y servir en el otro mundo a sus esposos y señores. Estos cadáveres se encuentran colocados en diversos órdenes o categorías de arriba abajo, siempre en la dirección de los radios de un círculo, con la cabeza en la circunferencia y los pies al centro; cada uno lleva a la cabecera su tesoro propio, y los diversos círculos de muertos están separados entre sí por capas de piedra y barro.

En el valle de Yunguilla, punto donde estuvo la ciudad de Tomebamba, se han encontrado sepulcros enteramente distintos de los de Chordeleg. Los sepulcros de Yunguilla son aposentos o celdillas, de forma circular, cavadas en la tierra, con las paredes fabricadas de piedras toscas y un barro muy consistente que hace las veces de mezcla; la profundidad varía, en los más grandes no llega a cuatro metros, y la anchura es, por lo común, en todos de un metro y medio poco más o menos. Hay en aquel valle algunas llanuras cubiertas de esta clase de sepulcros. El cadáver se encuentra siempre en cucilllas, con la cabeza apoyada sobre las rodillas y las manos cruzadas sobre la nuca, y con los cantarillos y otros objetos de barro muy bien acomodados en derredor.

Cerca del pueblo de Azogues, en el sitio denominado Huapán, se descubrió un sepulcro, notable por sus inmensas proporciones; parecía que allí se hubiera sepultado todo un ejército: la forma era casi la misma que en los sepulcros de Chordeleg; los cadáveres estaban colocados también de la misma manera. Tan grande fué el número de cadáveres que se encontraron en ese sepulcro, y tan crecido el número de hachas de cobre, que pesadas dieron treinta quintales, con lo cual parece que se confirma la tradición de la mortandad que de los Cañaris vencidos hizo Ata-Huallpa, pues, aquel sepulcro no pudo menos de ser el de algún cacique enterrado con todos los que podían llevar armas en su tribu.

Algunas de esas hachas tenían figuras curiosas, grabadas con cierto arte no muy grosero: unas representaban caras humanas de formas grotescas; otras, aves, hojas, o animales, tal vez, la imagen del objeto de la veneración especial de cada guerrero. En nuestras lá-

minas presentamos algunas de esas hachas. De este sepulcro hablamos ya un poco antes. (1)

### III

Si los objetos sacados de los sepulcros manifiestan que la cultura de los Cañaris era distinta de la de los Incas, el examen de la lengua que debieron haber hablado, lo revela todavía de una manera más evidente. El sistema adoptado por los Incas, para conservar bajo su dependencia los pueblos conquistados y dar unidad moral al imperio compuesto de naciones tan diversas, era en muchos puntos semejante al que siguieron los antiguos Romanos para gobernar el mundo entonces conocido. Uno de los mejores medios practicados, tanto por los Romanos como por los Incas, era la uniformidad en idioma; a todo pueblo conquistado le obligaban a aprender la lengua quichua que era la lengua de los Incas; así la lengua de los señores del Cuzco era, al tiempo de la conquista del Perú por los Españoles, hablada en una gran parte del continente sud-americano, desde las orillas del remoto Maui al Mediodía hasta los valles que riega el Mayo al Septentrión. El pueblo conquistador había impuesto al conquistado donde quiera con sus leyes, su religión y su lengua.

Los Cañaris debieron, pues, haber aprendido a hablar la lengua quichua; mas, como sucede siempre, la lengua del pueblo conquistador se enriqueció con muchas voces tomadas de la lengua del pueblo vencido, y así los nombres de ciertos objetos materiales como de los ríos, de los montes, ... & debieron conservarse sin mudanza alguna en el mismo idioma de los Cañaris. Hé aquí por qué ciertos nombres propios de montes y de ríos, por ejemplo, no tienen significado alguno en la lengua quichua; pertenecen sin duda, a otros idiomas ya extinguidos y en ellos debieron haber tenido significación propia.

Con la destrucción del imperio de los Incas se fueron arruinando poco a poco todas sus instituciones, y volviendo los pueblos conquis-

(1) En cuanto a la manera de sepultarse ha habido tanta variedad, que cada nación ha tenido la suya propia: acerca de este punto nos referimos a la preciosa obra de Tschudi sobre las Antigüedades peruanas. (Cap. 89) Lorente.— Historia antigua del Perú (Libro 4º Cap. 5º).

tados a sus antiguas costumbres: la lengua quichua cayó en desuso; en algunas provincias fué casi olvidada enteramente, y de esa manera, a fines del siglo XVI, cuando apenas se había terminado la conquista, se hablaban en el Perú muchos dialectos diversos de la lengua quichua, y varios idiomas distintos. Garcilaso lo dice terminantemente por estas palabras: "De donde ha nacido, que muchas provincias, que cuando los primeros españoles entraron en Cajamarca sabían esta lengua común como los demás indios, ahora la tienen olvidada del todo, porque acabándose el mando y el imperio de los Incas, no hubo quien se acordase de cosa tan acomodada y necesaria para la predicación del Santo Evangelio... Por lo cual todo el término de la ciudad de Trujillo y otras muchas provincias de la jurisdicción de Quito ignora del todo la lengua general que hablaban." (1)

Por lo que respecta a los Cañaris tenemos un documento que prueba evidentemente que, olvidada la lengua del Inca, volvieron a hablar su antiguo idioma nativo en los primeros tiempos que siguieron a la conquista. En el año de 1593, es decir, sesenta años después de conquistado Quito por Benalcázar, celebró en esta ciudad su primer sínodo diocesano el Obispo D. Fray Luis López de Solís, y en el capítulo tercero de los estatutos que se hicieron entonces para el gobierno de la Diócesis, se mandó escribir catecismos de doctrina cristiana en la lengua de los Cañaris, porque no entendían la lengua del Inca; el encargado de escribir ese catecismo fué el presbítero Gabriel de Mineya (2).

(1) Garcilaso.—Comentarios reales... (Libro 7º Cap. 39).

(2) El decreto del Sínodo dice así: "Capítulo tercero. Que se hagan catecismos de las lenguas maternas donde no se habla la del Inca.

Por la experiencia nos consta que en este nuestro obispado hay diversidad de lenguas que no tienen ni hablan la del Cuzco y la Aymara, y que para que no carezcan de la doctrina cristiana es necesario hacer traducir el catecismo y confesionario en las propias lenguas, por tanto, conformándonos con lo dispuesto en el Concilio Provincial último, habiéndonos informado de los mejores lenguas que podrían hacer eso, nos ha parecido cometer ese trabajo y cuidado a Alonso Núñez de S. Pedro y a Alonso Ruiz para la lengua de los llanos y atallana, —y Gabriel de Minaya, presbítero, para la lengua Cañar y puruhay— y a Fr. Francisco Jerez y a Fray Alonso de Jerez de la Orden de la Merced para la lengua de los Pastos, y a Andrés Moreno de Zúñiga y Diego Bermúdez presbíteros, la lengua quillosinga; a los que encargamos lo hagan con todo cuidado y brevedad, pues de ello será Nuestro Señor servido y de nuestra parte se lo gratificaremos y hechos los tales catecismos los traigan o envíen ante Nos para que vistos y aprobados puedan usar de ellos".

Este sínodo se conserva manuscrito en el archivo de la Curia eclesiástica de Quito.

Qué lengua haya sido esa es imposible descubrirlo ahora; sólo consta que era distinta de la lengua Quichua y de la Aymará: nuevo dato que confirma nuestra opinión de que los Cañaris tenían un origen muy diverso del de los Incas.

El P. Hervás cuenta en los gobiernos de Atacames, Guayaquil, Cuenca, Macas, Jaen y Quijos, pertenecientes a la antigua audiencia de Quito, ciento diez y siete naciones diversas, todas las cuales tenían antiguamente su idioma propio. Según el mismo autor, en la provincia del Azuay se hablaban los siguientes idiomas diversos, el de los Cañaris, el de los Cañaribambas, el de los Cajas, el de los Chanchanes, el de los Cinubos, el de los Plateros y el de los Jibaros (1).

#### IV

En los sepulcros de Chordeleg se encontraron ciertos palos labrados, cubiertos de jeroglíficos curiosos, tenían la forma de bastones y estaban vestidos todos ellos de una tela delgada de plata, en la cual se veían reproducidas en relieve todas las figuras grabadas en la chonta, madera de que eran todos los bastones. No se encontraron en todos los sepulcros, sino solamente en algunos de ellos, en los que había mayores riquezas; la disposición con que estaban colocados estos bastones en los sepulcros es también muy digna de notarse, porque no se hallaban dispersos, ni colocados al caso, sino con cierto arte y método secreto, distribuidos en grupos o hacesillos, y cada grupo ligado por una cinta de oro; y un grupo separado de otro. Como no se han encontrado hasta ahora, en ningún sepulcro de los descubiertos en la provincia del Azuay, quipos, que era la escritura de los Incas, ni las piedrecillas de diversos colores, que era la manera de escribir de los Shyris de Quito, creemos, que talvez, aquellos bastones serian los libros usados por los Cañaris para conservar la memoria de sus hazañas o de sus hechos de armas y otras tradiciones estimadas entre ellos. Nos ha dado fundamento para hacer esta conjetura el hecho siguiente, referido por Cavello Balboa. "Cuando Huayna-Capac se sintió próximo a la muerte,

(1) Hervás, Catálogo de lenguas. (Lenguas americanas. Tratado 1º Cap. V.) Para comprender bien lo que dice este autor acerca de la provincia del Azuay, o gobierno de Cuenca, conviene hacer notar que llama Cañar todo lo que pertenece al Cantón del mismo nombre, y Cañaribamba, los términos occidentales de la provincia desde el Nudo del Portete hasta más allá del valle de Yunguilla.

dice este escritor, hizo su testamento, según costumbre. Se escogió un bastón largo, o especie de cayado, en el cual se trazaron rayas de diversos colores, por cuyo medio debía tenerse conocimiento de su última voluntad, y, hecho esto, se lo confió a la custodia de un quipo-camayoc" (1).

Por desgracia esos bastones estaban cubiertos de plata y, después de desollarlos, fueron arrojados al fuego, sin que se haya conservado uno solo.

¿Por qué Huayna-Câpac no escribió, dirémoslo así, su testamento en quipos o cordeles, sino en un bastón por medio de signos? Huayna-Capac, según Herrera y Cavello Balboa, nació en Tomebamba, mientras la permanencia de la familia real en aquella provincia, conservó después para con ella todo el amor debido a la tierra natal y la hermoseó con magníficos monumentos; parece, pues, muy verosímil que haya conocido las artes de los Cañaris.

No es posible dudar que éstos conocieron la escritura o el uso de los geroglíficos, pues, además de algunos objetos que se encuentran con figuras y caracteres simbólicos, uno de los sepulcros descubiertos en Chordeleg tenía en las paredes rasgos y signos, que manifestaban que allí había no un mero capricho, sino una verdadera expresión del pensamiento. Hasta la forma de ese sepulcro, tenía mucho de particular, pues, era una grande bóveda o salón cavado en la peña; al frente de la entrada estaba, en una como silla sin espaldar, sentado el esqueleto de un indio, coronado con una diadema de oro el desnudo cráneo, y las paredes, de ambos lados del cadáver, con signos y figuras.

En todas las excavaciones se ha buscado el oro y, eso, para fundirlo, y se ha despreciado como cosa ruin todo lo demás.

No fueron solamente los Aztecas de Méjico, los que usaron de pinturas simbólicas en vez de escritura; también los indios del Perú usaban de pinturas, aunque éstas, como dice Garcia, eran más groseras y toscas que las que usaban los indios de Nueva España. (2)

(1) Cavello-Balboa.—Historia del Perú. (Cap. XIV).

(2) Garcia.—Origen de los Indios. (Libro 2º Cap. 1º § 2º).

Y Acosta dice claramente, hablando de los indios del Perú, que "suplían la falta de letras, parte con pinturas como los de Méjico, aunque las del Perú eran muy groseras y toscas, parte, lo más, con quipos". (1)

Si hemos de creer a Montesinos, en el Perú, se conocía la verdadera escritura con caracteres o letras; pero se perdió a consecuencia de guerras y de inmigraciones de tribus bárbaras. (2) Quién sabe cuántos y cuán preciosos objetos, dignos de ser conservados con religioso esmero, habrían sido destruidos por la famélica ignorancia, violadora de las tumbas!! El oro es lo único que se ha buscado y, para buscarlo, ahora, como en los días de la conquista, nada se ha respetado: la mano del hombre, más inexorable que la del tiempo, ha destruido lo que los siglos habían perdonado.

## V

En cuanto a las artes los Cañaris habían llegado a trabajar con admirable perfección el oro y la plata. Las obras de oro causan admiración por lo delicado de la ejecución; plumas hermosísimas, que en oro remedan lo suave y fino de las plumas de las aves; tejidos primorosos de hilo de oro, recamados de pequeñas laminillas brillantes a manera de lentejuelas; cascabeles, idolillos, y otros objetos encontrados en los sepulcros de Cojitambo y de Chordeleg manifiestan cuán bien conocían los Cañaris el arte de trabajar los metales. No son menos primorosos los objetos de Cerámica y de Alfarería.

Entre la muchedumbre de objetos de oro sacados de las huacas merece especial mención un pájaro, casi un cuarto de metro de altura, parado sobre una plancha redonda, con las alas desplegadas y el pico inclinado en actitud de comer granitos menudos de oro, cosa verdaderamente preciosa.

Había también en barro y en oro vasos trabajados con mucho primor. Los vasos estaban divididos en dos cuerpos, que comunica-

(1) Acosta.—Historia natural y moral de los Indias. (Libro 6º Cap. 8º).

(2) Montesinos.—Memorias sobre el Perú antiguo. (Cap. 49).

ban entre sí: en uno de esos cuerpos había una figurita que representaba, por lo regular, una ave o un animal; puesta el agua en el vaso, al escaparse el aire, remedaba con el sonido la voz o chillido del animal figurado en el vaso. Con vasos semejantes se distraía el desgraciado Inca Ata-Huallpa cuando estuvo preso en Cajamarca (1).

Otros representaban racimos de frutas, pescados... & El estilo, diremoslo así, manifestaba las dos clases de civilizaciones de la nación de los Cañaris: la civilización primitiva y la civilización recibida de los Incas. Visto un vaso es muy fácil discernir a cual de las dos perteneció. Los vasos de los Incas se distinguen por la delicadeza del trabajo y la sencillez de los adornos: los vasos de los Cañaris son toscos, por lo regular pintados de rojo y de blanco y sin artificio en su construcción. "Ese carácter de extremada complicación en los detalles, dice Castelnau, forma el rasgo principal que sirve para distinguir los monumentos aymará de los Incas. En el Cuzco vi muchos vasos provenientes del primero de estos pueblos y todos ellos estaban siempre cubiertos de adornos semejantes: los monumentos incásicos, al contrario, son siempre muy sencillos; asombran por su masa; pero casi nunca están adornados de esculturas". (2).

El dibujo en los diversos grabados que hemos visto es muy grosero e imperfecto; no hay proporciones, ni mucho menos belleza en los objetos, los cuales parecen, a primera vista, toscos ensayos de un principiante.

No dudamos que también mantenían comercio con los pueblos de la costa, por esa muchedumbre y abundancia de conchas marinas, que se han encontrado en casi todos los sepulcros.

También en aquellos tiempos la agricultura estaba, sin duda, muy adelantada, porque se ven señales de haber sido cultivados terrenos que ahora son estériles por falta de riego; terrenos a los cuales hacían fecundos los Cañaris, llevando el agua desde puntos muy lejanos por medio de acequias trabajadas con mucha solidez. Hasta ahora se conservan restos de algunas de ellas en el valle de

(1) Velasco.—Historia de Quito. (Historia Natural. Libro 49)

(2) Castelnau.—Expedition dans les parties centrales de l'Amérique du Sud (Chap. XXXVIII).

Yunguilla y en Nulti, cerca de Paccha. En este último lugar todavía los habitantes de la comarca se proveen de agua, que sigue corriendo por una canal subterránea, obra de los antiguos indios.

Una de las cosas más sorprendentes para los europeos, cuando el descubrimiento de América, fué la perfección a que habían llegado los peruanos y mejicanos en el arte de fundir metales. Aunque conocían el acero no hicieron uso de él para fabricar sus instrumentos, pues, poseían el secreto de dar al cobre, ligado con estaño, un temple tan fuerte que les servía para trabajar las más duras piedras y aun, lo que es más notable, para taladrar las esmeraldas: secreto que pereció con ellos.

Hasta ahora no se ha llegado a descubrir instrumento alguno de acero; y, no obstante, las obras trabajadas por los Incas y los Aztecas, causan admiración, pues, no podemos menos de maravillarnos, considerando que trabajaron obras tan primorosas con instrumentos tan poco a propósito para llevarlas a cabo. Hachas de cobre, tales fueron sus mejores instrumentos.

Sus obras de oro y de plata eran tan admirables que sorprendieron a los plateros de España, Francia e Italia: a tal punto de perfección habían llegado en este arte que fundían en una misma pieza el oro y la plata, combinándolos de tal manera que parecía que buscaban adrede las dificultades, para vencerlas. "Para fundir una pieza y acella de vaciado hacen ventaja a los plateros de España, porque funden un pájaro que se le anda la lengua y la cabeza y las alas, y vacian un mono, u otro monstruo que se le anda la cabeza, lengua, pies y manos, y en las manos pónenle unos trebejuelos que parece que bailan con ellos, y lo que más es que sacan una pieza la mitad de oro y la mitad de plata, y vacian un pece con toda sus escamas, la una de oro y la otra de plata". (1) Así nos describe las obras de los mejicanos uno de los primeros misioneros que vinieron a Nueva España. En cuanto a las obras de los peruanos, nos han dado razón de ellas Garcilazo, Gomara, Jerez, Zárate y otros antiguos cronistas castellanos que tuvieron ocasión de verlas y admirarlas.

(1) Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías de los indios de la Nueva España. (Cap. XIII). En la colección de documentos inéditos para la historia de España. Tomo 53.—A. Hops.—The Spanish conquest in América... & (Book XVI. Cap. III).

Todavía en el siglo XVIII, La Condamine encontró en el Inga-  
pirca de Cañar unas caras de animales con argollas movibles, sus-  
pendidas del hocico, todo de piedra trabajada de una sola pieza. (1)

Y no eran solamente los aztecas y los peruanos las únicas na-  
ciones hábiles en el arte de fundir los metales, pues lo poseyeron  
también los Muyscas de Cundinamarca y los Toltecas, de quienes  
parece que lo aprendieron los mejicanos. Que lo supiesen los Ca-  
ñaris es indudable como lo han manifestado los muchísimos objetos  
encontrados en los sepulcros de la provincia del Azuay: no se puede  
decir que lo aprendieron de los Incas, porque la dominación de éstos  
solo fué cuando más de sesenta años desde Tupac-Yupanqui hasta  
Ata-Huallpa, y es imposible que en tan corto tiempo se haya po-  
dido trabajar tanta muchedumbre de objetos como se han encontra-  
do en las huacas. En efecto, el laboreo de las minas y la recolec-  
ción de oro en los lavaderos del río de Sigsig no pudieron llevarse  
a cabo sino en un largo espacio de tiempo y con el trabajo asiduo  
de mucho número de trabajadores. Las huellas que presenta el la-  
boreo de las minas están manifestando que allí pusieron su mano  
muchas generaciones. Tampoco fué invención de los Incas el arte  
de fundir los metales; ellos mismos lo aprendieron de otra raza más  
antigua, como lo da a entender la leyenda relativa al origen de los  
hijos del Sol, en la cual Manco-Capac aparece armado ya de una  
barra de oro. Quizá más tarde el estudio comparativo de las anti-  
guas naciones americanas probará que en tiempos muy remotos una  
sola raza pobló el continente americano, desde el golfo de California  
y la península de Yucatán al Norte, hasta las islas de los Aymarás  
en la laguna de Titicaca al Mediodía. (2)

- 
- (1) Memorias de la Academia Real de Berlín. La citan Prescott, (en la Historia de la  
Conquista del Perú. Libro 1º Cap. 5º) y Humboldt en las Vues des cordillères... &  
(2) Brasseur. Historia de las naciones civilizadas de Méjico y Centro América. (Tomo  
3º Libro 12º Cap. 6º) ensayo sobre las fuentes de la historia primitiva de Méji-  
co... & § XVI. Caril, Certas americanas, (Carta 21) La Condamine confiesa que  
no acierta a explicar cómo hayan podido los peruanos redondear y pulir las esme-  
reladas y atravesarlas con dos agujeros cónicos diametralmente opuestos sobre un  
eje común. De esta clase de piedras preciosas, así taladradas, se nos ha informado  
que se halló una que otra en Cojitambo. Véase la obra de Drouin de Bercy ti-  
tulada L' Europe et l' Amérique comparées, escrita para refutar las erróneas ase-  
veraciones de Paw sobre la América y los americanos.  
Vistoso debió ser el aspecto de los régulos o grandes de la nación coronada la  
cabeza con sus grandes llantos de oro, a la espalda el manto de algodón recamado  
de oro; sobre el pecho planchas redondas también de oro, suspendida de la frente

Los cronistas castellanos y los antiguos historiadores están conformes en pintarnos a los Cañaris con unos mismos rasgos morales. Eran valientes, esforzados, belicosos, aguerridos; pero inconstantes y traicioneros. Fueron la causa de la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa y estaban tan prontos a hacer traición que sirvieron a los Incas para la conquista de los Puruhâes, y a Benalcázar para la de Quito. Cieza de León nos los describe de esta manera: "Los Cañaris son de buen cuerpo y de buenos rostros. Traen los cabellos muy largos, y con ellos dada una vuelta la cabeza, de tal manera que con ella y con una corona que se ponen redonda de palo, tan delgado como aro de cedazo, se ve claramente ser Cañaris, porque para ser conocidos traen esa señal. Sus mujeres por el consiguiente se precian de traer los cabellos largos y dar otra vuelta con ellos en la cabeza, de tal manera, que son conocidas como sus maridos. Andan vestidos de ropa de lana y de algodón, y en los pies traen ojotas que son, como tengo ya otra vez dicho, a manera de albarcas. Las mujeres son algunas hermosas... y para mucho trabajo, porque ellas son las que caban las tierras y siembran los campos y cojen las cementseras, y muchos de sus maridos están en sus casas tejiendo e hilando y aderezando sus armas y ropa, y curando sus rostros y haciendo otros oficios afeminados". (1)

Garcilaso hace de ellos esta pintura: "La gran provincia llamada Cañari, cabeza de otras muchas, poblada de mucha gente, crecida, belicosa y valiente. Criaban por divisa los cabellos largos, recogíanlos todos en lo alto de la corona, donde los revolvían y los dejaban hechos un nudo. En la cabeza traían por tocado los más notables y curiosos un aro de cedazo de tres dedos de alto. Por medio del aro echaban unas trenzas de diversas colores; los plebeyos y más aún los no curiosos y flojos hacían en lugar del aro de cedazo, otro semejante de una calabaza; y por esto a toda la nación cañari lla-

---

una media luna del mismo metal, adornados brazos y piernas con brazaletes bruñidos, en las orejas pendientes de oro y a la mano un bastón largo con el disco de oro, cuajado como la corona de laminillas brillantes que, al andar, hacían constante ruido, el Cañari se presentaría, sin duda, magnífico, cuando, mientras danzaba en las grandes fiestas nacionales, los rayos del Sol cayendo sobre los adornos de oro, hacían resaltar toda su belleza y esplendor.

(1) Cieza de León.—Crónica del Perú. (Cap. 44).

man los demás indios para afrenta Mati-Uma, que quiere decir cabeza de calabaza". (1)

La desgraciada raza de los Cañaris ha perdido ya en casi toda la provincia del Azuay los caracteres con que era conocida: en el distrito de Cañar conservan todavía los indios algunas de sus antiguas costumbres; aun traen los cabellos largos y crecidos y reputan como afrenta el cortárselos; todavía llevan su calzado de ozhotas, y se ciñen la cabeza con el mismo cabello o con un hilo. En Yunguilla ha desaparecido completamente la raza india, y en los demás puntos de la provincia ha ido adoptando en su vestido y manera de vivir los usos y costumbres de los blancos.

En cuanto a su manera de gobierno parece que tenía una especie de federación entre los diversos cacicazgos independientes en que estaba dividida la nación. Así lo da a entender Garcilaso cuando dice: "Hecha la conquista de los Cañaris, tuvo el gran Tupac-Inca Yupanqui bien en el que entender y ordenar y dar asiento a las muchas y diversas naciones que se contienen debajo del apellido cañari. (2) Y antes había dicho, hablando de la misma nación, que "Había muchos señores de vasallos, algunos de ellos aliados entre sí. Estos eran los más pequeños, que se unían para defenderse de los mayores que como más poderosos querían tiranizar y sujetar a los más flacos". (1)

Tenían la poligamia y en el heredar el señorío observaban la costumbre de que el hijo varón de la mujer principal sucedía al padre en el mando. Cieza de León dice: "Los señores se casan con las mujeres que quieren y más les agrada; y aunque éstas sean muchas y diversas naciones que se contienen debajo del apellido en el cual, después que han comido y bebido a su voluntad, hacen ciertas cosas a su uso. El hijo de la mujer principal hereda el señorío, aunque el señor tenga otros muchos habidos en las demás mujeres". (2)

(1) Garcilaso.—Comentarios reales... (Libro 7º Cap. 4º).

(2) Garcilaso.—id.—Alcedo. Diccionario Geográfico de América. (V Cañaris.)—Herrera. Historia de las Indias Occidentales. (Década V Libro 5º Cap. 19).

(1) Garcilaso.—Comentarios reales de los Incas. (Libro 7º Cap. 5º).

(2) Cieza de León.—Crónica del Perú. (Cap. 44).

## CAPITULO CUARTO

### INVESTIGACIONES HISTORICAS

Chordeleg.—Descripción de varios objetos encontrados en las huacas.—El plano de Chordeleg.—Conjetura acerca del origen de los Cañaris.—Raza de los Jíbaros.

#### I

No tuvo razón Garcilaso cuando pintó como bárbaros a los Cañaris antes de la dominación de los Incas. "Andaban los Cañaris, antes de los Incas, mal vestidos o casi desnudos; ellos y sus mujeres, aunque todos procuraban traer cubiertas siquiera las vergüenzas". (1) Así se expresa el autor de los Comentarios reales; pero su autoridad no es muy fundada en lo relativo a las cosas de esta parte del imperio de los Incas, pues, aunque es exacto, minucioso y prolijo en lo perteneciente a los usos y costumbres de los señores del Cuzco; respecto de las otras naciones y tribus que componían el vasto imperio del Perú carece de conocimientos exactos y sus noticias, por lo mismo, no son fidedignas. Los objetos que la casualidad sacó a luz, cuando se descubrieron los sepulcros de Chordeleg, manifiestan cuán falso es lo que de los Cañaris refiere el historiador de los Incas.

En el más famoso de aquellos sepulcros descubiertos en Patate, lugar que se halla al Este de Chordeleg y a muy poca distancia del punto donde está ahora el pueblo, se encontraron algunos objetos preciosísimos por su importancia arqueológica. No dudamos que en manos del anticuario esos objetos vendrán a ser el hilo de oro que guíe sus pasos al través del oscuro laberinto de las naciones ecuatorianas, hasta encontrar solución al difícil problema relativo al origen de ellas.

Cavábase una huaca en busca de tesoros y, una vez descubierta, se encontró en ella un sepulcro, dentro del cual no había más que un solo cadáver, tendido de espaldas en el suelo: en la cabeza tenía una tiara o turbante de oro, a su lado un jarro grande, una hacha y

(1) Garcilaso. (En el lugar antes citado).

un cuadro, todo de oro. Hallóse también junto al cadáver un objeto de madera de chonta, cubierto de una tela delgada de plata, y adornado con varias labores de relieve esculpidas en la madera y en la plata. ¿Quién era aquel cuyo sepulcro acababa de descubrirse? Era un régulo principal? Era, talvez, un sacerdote? La mente se agita formando diversas conjeturas; empero una sola cosa puede asegurarse con certidumbre, a saber, que aquel sepulcro debió ser de persona notable y de un grande de la nación.

Varios de los objetos encontrados en ese sepulcro fueron mandados a Paris, en donde los examinó Mr. Huezey, quien ha publicado después la descripción de ellos.

He aquí como describe el jarro o vaso de oro. "La una es un cono truncado de 32 centímetros de altura, la base tiene por adorno una faja sobresaliente, todo fundido de un modo tosco". Mr. Huezey duda si será esta pieza un vaso o una tiara y, con razón, porque carecia casi completamente de datos para juzgar con exactitud. (1)

De la tiara hace el mismo escritor la descripción siguiente: "La otra compensa lo grosero del trabajo con lo complicado de la forma y los adornos simbólicos que hacen de esta pieza la más curiosa y a la vez la más extraña de las que componen el tesoro venido de Cuenca.

"Es una especie de casco de oro estrecho y achatado. El precio y brillo del metal sólo sirve para hacer resaltar más lo extravagante de la forma, que es de todo en todo digna de la ostentación nativa de un jefe de salvajes. El cabezal hemisférico adornado de una como visera cuadrangular, o mas bien de un tapanuca y con dos agujeritos para introducir por ahí cordones, tiene encima un cono bueco de 20 centímetros de altura, que da al conjunto el aspecto de un sombrero de mago. En una edición de las *Antigüedades peruanas* de Rivero, publicada en Lima hay una figura de barro cocido que tiene una cofia semejante: esta pieza sin la visera sería como el tocado de los Reyes de Siam. La impresión que causa el verla es tanto más singular cuanto que, la casualidad parece haber reunido en ella elementos diversos tomados de muchos tocados modernos: el lápiz de un Gavarni no los habrían combinado de una ma-

(1) Huezey. Le trésor de Cuenca. (En la Gazeta de Bellas Artes. Paris).

nera tan extraña. Parece a la vez casquillo de jockey, képi y gorro de saltimbanqui. Sin embargo, por más civilizados que seamos no tenemos derecho para burlarnos de ese sentimiento instintivo que en todo tiempo y en todo país ha estimulado a los hombres a agrandar su talla natural por medio de tocados altos, a fin de inspirar así mayor respeto a sus semejantes; mas no podemos dejar de reirnos pensando que los peruanos asociaban a un objeto tan extravagante ideas de dignidad, de poder y, talvez, de religión, si se juzga por los símbolos que le rodean.

"El principal signo de la decoración, repetido simétricamente sobre los cuatro costados del casco, es un disco saliente, sobre el cual se ven trazados en relieve los lineamentos de una cara humana. En los intervalos, cuatro adornos muy confusos, pero tomados ciertamente del reino vegetal, alternan con las máscaras humanas. El estudiante que se entretuviera trazando en las márgenes de su cuaderno de escritura dos ojos, una nariz y una boca, encajándolo todo en un círculo tan regular como pudiera hacerlo, no sacaría un dibujo más original que la imagen laboriosamente grabada sobre el espesor del metal por el artifice peruano. Sin embargo, la repetición de unos mismos signos característicos manifiesta que no una fantasía pueril, sino el propósito de reproducir un tipo consagrado era quien guiaba la mano inhábil del artista. Se echará de ver como una singularidad esa línea doble que remeda las arrugas sobre las cejas, y esa serie de puntitos que señala el lugar de los bigotes. Esa especie de penacho que corona la frente podrá ser un simple adorno; empero, por grande que sea mi reserva en punto a símbolos, no se puede explicar esa boca con caninos agudos y desmesuradamente largos, sino por la intención de hacer más espantosa la figura humana, dándole las terribles quijadas de los animales carnívoros. Este es un rasgo tanto más digno de ser observado, cuanto que se encuentra en un gran número de figuras trabajadas en América y principalmente en ciertas placas circulares de que hablaré inmediatamente.

"Por lo demás entre los símbolos más populares de nuestro antiguo mundo, se puede señalar una concepción muy semejante, sin que por eso los más decididos partidarios de la comunicación entre los dos continentes puedan imaginar ninguna transmisión posible. La faz de la Gorgona en las obras griegas de estilo primitivo nos presenta una cara de un aspecto casi idéntico y armada de las mismas

defensas amenazantes. Los sabios han reconocido de común acuerdo en el gorgoneum un espantajo criado por la fantasía de los artistas y nada más; era aquello la faz de la Luna con esa vaga forma de una fisonomía fea que nuestra imaginación cree descubrir en las manchas del disco lunar: al Sol acostumbramos darle una figura parecida. No creo, pues, aventurar demasiado atribuyendo también un carácter sideral a las máscaras circulares del casco encontrado en Chordeleg, reconociendo en él sea la Luna adorada por los Cañaris, o el Sol que adoraban los Incas". (1) Véase la figura 1ª en la lámina 2ª.

La descripción que precede ha sido hecha por un escritor distinguido, el cual como por desgracia careció de los documentos necesarios y acaso también de la conveniente instrucción en las cosas de América, no pudo indicar el uso a que esa tiara estaba destinada. Según nuestro juicio, aquella tiara estaba hecha para que sirviera a algún sacerdote de ídolos en las fiestas solemnes de la nación: entonces se adornaban con los mejores vestidos que sólo para ese objeto tenían aparejados. He aquí como nos describe el modo de vestirse los indios para las fiestas de sus huacas o ídolos un escritor muy autorizado, el P. Arriaga en su libro sobre la Extirpación de la idolatría en el Perú. "En estos actos se ponen los mejores vestidos de cumbi que tienen, y en las cabezas unos como medias lunas de plata que llaman Chacra-inca, y otras que se llaman Huama y unas patenas redondas que llaman Tincurpa, y camisetas con chaperías de plata y unas huaracas con botones de plata y plumas de diversos colores de Guacamayas, y unos alzacuellos de plumas, que llaman Huacras, y en otras partes Tamta, y todos estos ornamentos los guardan para este efecto". (2)

Aunque el P. Arriaga no hace mención especial de tocados semejantes a la tiara encontrada en Chordeleg, con todo podemos asegurar que aquella fué adorno religioso empleado en las fiestas de sus ídolos, porque tanto en el mismo sepulcro, como en otros de Chordeleg, se encontraron todos esos adornos de que, según el P. Arriaga, se servían los indios para sus fiestas religiosas.

(1) Huezey.—en el lugar citado.

(2) Arriaga.—Extirpación de la Idolatría del Perú. (Cap. 59) —No parece fuera de propósito hacer notar aquí que todas las palabras quichuas citadas por el P. Arriaga están muy mal escritas, el verdadero modo de escribirlas y su significación pueden verse en Tschudi: (Die Kechua—Sprache. Vol 39).

## II

Pudiéramos conjeturar lo que sería Chordeleg en tiempo de los Cañaris, por los objetos que se han encontrado allí en los sepulcros. Parece, pues, que fué un lugar sagrado y, talvez, el principal adoratorio de la nación, donde se hallaban las sepulturas de sus Reyes, o sacerdotes. Muchos sepulcros fueron descubiertos ahí y en todos ellos se encontraron objetos destinados al culto, según las costumbres y prácticas generalmente observadas en los indios del Perú. ¿Era Chordeleg una ciudad?—Era un lugar sagrado?—Era un adoratorio?—Nosotros nos inclinamos a creer que fué esto último, por las cosas encontradas en los sepulcros; así es que pudiéramos decir que fué un adoratorio, y el lugar donde se sepultaban los principales o los sacerdotes de la nación.

Allí se encontraron llautos o coronas de diversas clases; una de ellas muy patricular, pues, tenía la forma de un sombrerillo de oro con dos plumas también de oro delicadamente trabajadas; puesta la corona en la cabeza, las dos plumas debían caer sobre las espaldas a la manera de las infulas de la mitra de nuestros Obispos; láminas o planchas de oro redondas con dos agujeritos para sujetarlas sobre el pecho; medias lunas, collares, brazaletes y grandes prendedores de oro con cascabeles o sonajas, camisetitas con chapitas de oro, en fin todos aquellos adornos que, según el P. Arriaga, acostumbraban tener aparejados los indios para engalanarse con ellos como con vestiduras sagradas, en las fiestas que hacían a sus ídolos.

Entre los varios objetos, que una feliz casualidad sacó a luz, fueron encontrados también en Chordeleg, los instrumentos con que los sacerdotes solían convocar al pueblo para sus fiestas religiosas. Los huaqueros cuando encontraban las cornetas o bocinas que los sacerdotes tocaban en las fiestas de sus dioses, no sabían darse cuenta del objeto que pudieran haber tenido unas como flautas de órgano hechas de una tela delgada de oro o de plata. Precisamente era aquello las bocinas sagradas que entre los indios hacían las veces de nuestras campanas, para congregar al pueblo en sus fiestas religiosas. El P. Arriaga lo dice expresamente: "Ni tampoco se reparaba en que tuviesen varios instrumentos, con que se convocaban para las fiestas de sus huacas, o las festejaban, como son muchas trompetas de cobre, o de plata muy antiguas, y de diferente figura y forma

que las nuestras, caracoles grandes, que también tocan, que llaman **antari** y **pututu**, y otros **pincullu**, o flauta de hueso y de cañas. Tienen, demás de lo dicho, para estas fiestas de sus huacas, muchas cabezas y cuernos de tarugas, y ciervos, y mates y vasos hechos en la misma mata cuando nacen entre los mismos cuernos y otras muchas aquillas y vasos para beber de plata, madera y barro de diversas figuras". (1) Este pasaje parece escrito después de la excavación de una huaca en Chordeleg... ¡Quién lo creyera!...

En los sepulcros y huacas no sólo de Chordeleg sino de muchos otros puntos del Azuay, se han encontrado las conchas o caracoles grandes, (que hasta ahora usan los indios a manera de bocinas y que las llaman **Quipa**), los cuernos de venado en gran cantidad y muchedumbre de vasos de oro, de plata, de barro, de todos tamaños y figuras. Los sepulcros de Chordeleg se distinguen de los demás por la abundancia de objetos que contenían y por la riqueza de los materiales de que habían sido fabricados, pues la mayor parte eran de oro o de plata.

Muy oportuno creemos citar aquí una observación presentada con mucha elocuencia por Lorente acerca de los sepulcros de las antiguas razas indígenas del Perú. "Algo rasiaron los peruanos, dice, acerca de la vida futura; y se cree que admitían un lugar alto **Hanac-Pacha** para el descanso de los buenos, y un lugar inferior **Hucu-Pacha** para el tormento de los malos. Lo cierto es que concebían la existencia de ultratumba como igual a la actual; y por eso solían enterrarse con sus mujeres, vestidos, viveres, instrumentos de trabajo y más o menos riquezas. Más cuidado tuvieron de los sepulcros que de la mansión de los vivos; de suerte que la historia de su civilización está mejor consignada en las huacas que en las tradiciones; su muerte ha sido más elocuente que su vida; y la ciencia puede sacar mucha luz de entre las sombras de sus tumbas" (2).

No sólo se han encontrado los objetos enumerados antes, sino otros muchos, entre los cuales merecen llamar la atención las planchas circulares de oro y de plata que solían llevar pendientes sobre el pecho: tienen éstas grabados encima a manera de relieve ciertos

(1) Arriaga.—Extirpación... & (Cap. 5).

(2) Lorente.—Historia antigua del Perú. (Libro 2º Cap. 3º).

signos, talvez, religiosos tomados del reino animal. Describiremos una de ellas. En el centro hay un círculo pequeño, formado de puntos sobresalientes; parten de la circunferencia del mismo círculo cuatro líneas también de puntos, que dividen la superficie de la plancha en cuatro espacios semejantes, ocupado cada uno de ellos por la figura de un animal cuadrúpedo de raza felina, trazado groseramente. Las orejas paradas, la boca abierta, en la cual aparecen unos colmillos disformes, y las patas encogidas dan a la figura grotesca del animal el aspecto del tigre o jaguar cuando se pone en acecho para brincar sobre su presa. Con rayas y puntos se han figurado las manchas de la piel. Véase la figura 1<sup>a</sup> en la lámina 3<sup>a</sup>.

Según hicimos notar antes, los Cañaris adoraban un oso; pero, el P. Calancha, que es quien nos ha referido esta particularidad, no estuvo bien informado y confundió el jaguar, o mejor dicho el leopardo, animal muy común hasta ahora en las montañas del Azuay, con el oso, del cual existe una especie poco abundante y menos temible, que el leopardo.

El hacha de oro, encontrada en el mismo sepulcro que la tiara, de que ya hicimos mención, se distinguía de otras piezas de la misma especie, según dice Mr. Huezey, por procedimientos de fabricación más adelantados y por una forma complicada que hacía de esta pieza una de las más raras. Tenía en primer lugar como nuestras hachas modernas un cabo cilíndrico en el cual penetraba el mango: este cabo estaba armado de cinco puntas, que por su figura recuerdan ciertos cascos o morriones en forma de estrella que se han encontrado en los sepulcros del Perú. El extremo de la hacha tenía dos aletas dentadas, en las cuales se hallaban grabados ciertos signos que parecen letras o caracteres. El todo del objeto no dejaba de tener semejanza con el cetro del Inca, según lo describe Garcilazo (1).

### III

El más notable entre los objetos descubiertos en aquel sepulcro fué uno de madera de chonta, forrado con una tela delgada de

(1) Garcilazo.—Comentarios reales. (Libro 6. Cap. XXXVII).

plata. El que encontró esa famosa huaca de Palecte desolló la lámina de plata y, por fortuna guardó la madera; caso raro porque sólo conservaban y, eso para fundirlo, lo que era de oro o de plata, que lo demás se botaba con desprecio como cosa inútil. Cuando lo vimos, al punto comprendimos que era un plano, como los que solían trabajar los indios del Perú en tiempos de los Incas.

Procuraremos describir, tan minuciosamente como nos sea posible, este objeto, a fin de darlo a conocer, porque, según creemos, es el único resto que nos ha quedado de un arte o industria que pereció con el pueblo que la practicaba. Es, pues, un cuadrado grueso de madera de chonta: en los dos extremos de la diagonal tiene dos torrecitas correspondientes, formadas en la misma madera, cada una de dos pequeños cuadrados uno mayor y otro menor, superpuestos uno encima de otro: cada uno lleva un borde labrado con dos líneas gruesas, tiradas paralelamente a la dirección de los lados: en el plano, trabajados así mismo de relieve, hay, dispuestos simétricamente, unos cajoncillos a modo de un tablero de esos que sirven para jugar ajedrez, poco más o menos. Hay por todo diez y seis de estas celdillas: catorce son perfectamente cuadradas e iguales entre sí: dos son largas y el medio del plano está como vacío o desocupado. En las caras de las dos torrecitas se ven figurados en la misma madera dos lagartos que están en actitud de toparse hocico con hocico, el uno del un lado y el otro del otro: de estas figuras hay cuatro, dos en cada torrecita: al lado de los lagartos se hallan dos signos de significación enigmática. Los bordes o lados de la pieza tienen también labores, que representan cuadros pequeños formados por adornos que separan unas cabezas coronadas con cierto tocado original y vueltas todas ellas en la misma dirección. Debajo tiene labores de rosas o flores, colocadas con disposición y gracia en medio de cuadrados formados de líneas. Tal es este objeto, descrito según su forma material; veamos ahora lo que podía haber significado. Nosotros creemos que fué un plano, el plano de Chordeleg.

Chordeleg está en el valle de Gualaceo al Oriente de Cuenca. El río de Gualaceo, que atraviesa todo el valle, se forma de las vertientes de la cordillera oriental; sus aguas cristalinas se deslizan suavemente por un lecho de arena. Las orillas siempre verdes sombreadas por sauces frondosos, el caudal de las aguas del río que se arras-

tran en silencio, fecundizando las playas, cubiertas de caña de azúcar; las colinas y pendientes que forman verdaderos bosques de árboles frutales, todo contribuye a hacer de aquel valle uno de los más pintorescos de la hermosa provincia del Azuay. Chordeleg es ahora una parroquia; hasta hace pocos años era un sitio, casi despoblado: se halla en una de aquellas mesetas que, con frecuencia se encuentran en el declive de la cordillera de los Andes, formadas por ese hacinamiento irregular y grandioso de colinas sobre colinas, de cumbres sobre cumbres, que, principiando en las playas de los ríos, viene a terminar en las nieves perpetuas.

Las dos torrecillas, puestas a los extremos de la diagonal del plano son dos colinas de poca elevación que quedan una en frente de otra; su posición es poco más o menos de Norte a Sur; la que está al Norte se llama Llaver; la que está al Sur, Zhaurinzhy: la del Norte conserva todavía restos de su forma antigua, pues, no hay duda que fué tallada en forma de pirámide y que tuvo dos departamentos, dirémoslo así, uno inferior y otro superior, como se ve en el plano; estos departamentos trabajados en la misma peña, tenían las paredes enlosadas con piedras y barro. Las piedras eran toscas, pizarras sin labrar, pero colocadas con mucho arte; para subir de un departamento a otro había en la mitad un terraplén en forma de plano inclinado; de todo esto apenas quedan ahora algunos vestigios, pues, conforme va aumentando la población, la necesidad de cultivar la tierra ha llevado el arado por todas esas partes y las ha destruido: la colina del Sur ya no tiene huella alguna de su antigua forma.

Descifrada la significación de las dos torrecillas por la comparación del terreno con el plano, todavía nos quedaba un descubrimiento más importante que hacer. Aquellos lagartos o cocodrilos grabados en las paredes de entre ambas torrecillas, ¿eran simples adornos caprichosos o, por el contrario, tenían alguna significación? Representaban algo que existiera en el terreno? En una palabra, ¿eran geroglíficos?... Nosotros creíamos que lo fuesen, y para averiguarlo, trasladándonos a Chordeleg, comparamos las condiciones de aquel lugar con las señales del plano y no pudimos menos de concluir que los lagartos eran símbolos, que figuraban ríos, y la posición que tiene en el plano, la dirección que tomaba la corriente de éstos al bañar las raíces de la colina sobre que estaba Chordeleg.

Según la posición de los lagartos, Chordeleg debía estar rodeado de agua por todos cuatro lados; y así está, en efecto. Hay dos ríos, el uno caudaloso, es el de Gualaceo, que en aquel punto se llama río de Santa-Bárbara; el otro es un río pequeño que tiene el nombre de Pungu-huayco. El primero, con las vueltas y sinuosidades de su corriente, forma un verdadero ángulo a las faldas del cerrito de Zhaurinzhy, y luego sigue con una dirección casi recta hasta el punto donde se junta con el Pungu-huaycu, el cual, bajando por tras del cerrito de Llaver, viene a encontrarse con el de Santa-Bárbara al pie de la colina; así que el plano de Chordeleg queda rodeado de agua casi por todos cuatro lados. Esto era, sin duda, lo que quisieron significar los Cañaris cuando pusieron los dos lagartos como topándose hocico con hocico.

Los cuadrados que tiene el plano eran a lo que parece otros tantos sepulcros, pues, examinando el plano y el terreno, coinciden los cuadrados del primero con los puntos donde se han hallado las huacas o sepulcros en el segundo; y aquella parte vacía, en medio, corresponde precisamente a lo que ahora es plaza del pueblo, punto donde, por más excavaciones que se han hecho, no se ha encontrado nada.

Las caras, si bien se observa, se notará que están colocadas de tal manera que a cada cuadrado corresponde una cara, por donde parece que pudiéramos, no sin fundamento, hacer la siguiente conjetura, a saber, que Chordeleg fué un lugar sagrado para los Cañaris y que allí estaban las tumbas de los régulos o sacerdotes de la nación al rededor de los teocalis o adoratorios de sus principales divinidades.

Decimos teocalis porque la traza y forma que tenían en lo antiguo las dos colinas de Llaver y Zhaurinzhy eran muy semejantes a los templos de los Toltecas en Méjico.

Muy conocidos son, por fortuna, los monumentos de los Toltecas y los han descrito muchos viajeros e historiadores ilustres. Consultemos uno de ellos. He aquí como describe Moke los monumentos religiosos o templos de los Toltecas.

"Sus monumentos religiosos se reconocen por su estructura piramidal, que ha sido causa de que los comparen con los que se

encuentran en Egipto. Mas esa semejanza, aunque sorprendente, se explica con mucha facilidad, cuando se considera que los antiguos pueblos del Asia septentrional y de la América del Norte han dejado en la superficie de las llanuras un gran número de colinas artificiales (**túmulus**) que les servían unas de sepulcros y otras de lugares de sacrificios. Los anticuarios de los Estados Unidos han descubierto algunas que todavía conservan altares de piedra o de barro cocido. Los Toltecas no hicieron, pues, otra cosa que conformarse con la práctica casi universal de las naciones de esas comarcas, cuando levantaron allí, para practicar su culto, montecillos artificiales que les servían de templos y que se llamaban **teocali** o casa de los dioses. Su forma primitiva fué la de grandes terrados, orientados con regularidad, y dispuestos de tal manera que los lados tenían apenas la inclinación necesaria para que pudieran sostenerse. Poco a poco fueron haciéndose piramidales a consecuencia de la estrechura progresiva de la base, a medida que la construcción de estos monumentos cesó de ser el esfuerzo grosero de una muchedumbre ignorante, para convertirse en una obra de arte". (1)

La fortaleza de Xochicalco, que se atribuye también a los Toltecas, era una montaña entera, tallada de modo que cinco terraplenes, que la rodeaban, la dividían en otros tantos departamentos. (2)

La nación tolteca pereció después de haber dominado por largo tiempo en Méjico y en la América-Central: mas, cuando multiplicados desastres la obligaron a abandonar el continente septentrional, se dispersó con dirección a las regiones del Mediodía. En efecto, huellas de la existencia de los Toltecas se han encontrado a este lado del Istmo de Panamá y creemos muy probable que llegaron también a establecerse en varios otros puntos de la América meridional. Esta conjetura, que nosotros habíamos llegado a formar, mediante los estudios que habíamos hecho sobre las antiguas naciones indígenas, que componían el imperio del Perú, se ha robustecido más y más

(1) Moke.—Histoire des peuples américains. (Chap. VII). Puede consultarse también a Clavijero. Historia antigua de la conquista de Méjico, (Libro 1º Cap. 3º) Humboldt. Vues des cordillères... &—Torquemada. Monarquía Indiana. Libro 8º).

(2) Brasseur.—Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique—Centrale. (Tempe premier. Toms héroiques—Empire des Tolteques) El autor ha recogido en esta obra, verdaderamente notable por la erudición, todas las tradiciones y documentos relativos a la nación de los Toltecas.

con los documentos, que americanistas distinguidos han dado a luz; así es que nuestra opinión hoy día descansa en muy respetables autoridades. Mr. L. Angrand, encontró en las provincias de Huamanga y de Abancay, al Norte del Cuzco, habitadas antiguamente por los Huilcas, muchos monumentos de forma piramidal con varios terrados superpuestos, construidos con más o menos diligencia: una de las facies del edificio está ocupada por una escalera que conduce hasta la cumbre. El número de los terrados es tres o cinco y la altura total varía de cinco a treinta metros. Estos edificios están aislados y no hay más que uno solo en cada localidad; pero todos ellos se hallan siempre rodeados de otras construcciones, que servían de habitaciones, y algunas de ellas son muy extensas. "Yo he visto, dice el Abate Brasseur, los dibujos de muchos de estos edificios piramidales y son verdaderos teocalis como los de Méjico y la América Central. Estos dibujos y las observaciones que preceden confirman todavía más lo que siempre había creído yo acerca de la propagación de la civilización y de la religión de los Toltecas en la América meridional, mucho más allá de las provincias cercanas al Istmo de Panamá, del cual las de Abancay y de Huamanga se hallan distantes más de cuatrocientas leguas al Sur. En apoyo de esta convicción, viene el hecho siguiente, a saber, que antes de la religión y dominación de los Incas, existía en el Perú, según los historiadores de aquella comarca, una religión más antigua que la de los Incas, la cual había sido anunciada por un personaje divino, Con o Contice (probablemente el Conmilt o Huey-Comilt de las tradiciones heroicas de Méjico), que había ido a predicar allá las doctrinas y el conocimiento de un Dios único, desde las altas montañas del septentrión. El tiempo, el nombre del predicador y las circunstancias de su predicación parecen que indican un discípulo de Quetzalcohuatl, salido de Cholullán, acaso en la misma época en que salieron los que el profeta envió a la Mixteca y a Mictlán". (1)

La existencia de monumentos semejantes está probada también en otros puntos del Perú como en Tiahuanaco, por ejemplo. Uno de los edificios de aquellas célebres ruinas según Desgardins, recuer-

---

(1) Brasseur de Bourbourg.—Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique—Centrale. (Tom. 3 e Liv. 12 e chap. 6 e En una nota de la página 655). Ya Humboldt había sospechado antes la existencia de la raza tolteca en la América meridional.

da los teocalis de Méjico y principalmente la famosa pirámide de Cholula, descrita por Humboldt: ese edificio tiene el nombre de fortaleza; pero fué evidentemente un templo en cuya cumbre se ofrecia sacrificios.

Las ruinas de Tiahuanaco son muy anteriores a los Incas. Por esto dice muy bien el autor antes citado: "Si queremos buscar semejanza entre los edificios de Tiahuanaco y los otros restos de las civilizaciones americanas, la encontraremos en Nicaragua y en Yucatán, comarcas habitadas por los Toltecas mucho tiempo antes de la llegada de las tribus de Aztlán al valle de Anahuac o Méjico". En esas mismas ruinas se descubren huellas del culto simbólico tributado a los papagayos, en los adornos misteriosos de los relieves grabados en los monolitos. (1) Parece, pues, que tenemos razón para repetir, aquí, respecto de los Cañaris, lo que de los Panos dice Humboldt: "Como la mayor parte de las tribus que han fijado su habitación en las márgenes de los grandes ríos de la América Meridional, los Panos no parecen muy antiguos en el lugar donde se encuentran actualmente: ¿serán, talvez, débiles restos de algún pueblo civilizado, que ha vuelto a caer en la barbarie? o descienden, talvez, de los Toltecas que introdujeron en Nueva-España el uso de las pinturas jeroglificas y a quienes, rechazados por otros pueblos, vemos desaparecer al fin en las orillas del lago de Nicaragua? He ahí cuestiones interesantísimas para la historia del hombre: cuestiones unidas con otras, cuya importancia no se habia conocido suficientemente hasta el día". (2)

Creemos que no hay peligro de error, asegurando que la provincia del Azuay fué poblada antiguamente por tribus diversas, que, pasando el tiempo, llegaron a formar una sola nación conocida en la historia con el apellido cañari. Algunos rasgos de semejanza con los usos y costumbres de los Toltecas dan fundamento para conjeturar que los Cañaris pertenecieron a esa raza célebre, que desapa-

(1) Desjardins. Le Pérou avant la conquête espagnole. (§ V N° 7) Bresseaur en el Comentario al Popol Vuk o libro sagrado.—También el moderno naturalista norteamericano Oscar Peschel se inclina a abrazar esta opinión, en su obra titulada *The races of man, and their geographical distribution*. Pocos pero interesantes rasgos acerca de las prácticas religiosas de los antiguos habitantes de Tihuanaco se encuentran en una obra muy poco conocida, la *Historia de Nuestra Señora de Copacabana* del P. Andrés de S. Nicolás, (Cap. 4º 5º y 6º).

(2) Humboldt. *Vues des cordillères*...

reció de Centro-América y de Méjico, según la cronología más probable, en el siglo XII, de nuestra era. (1)

El jeroglífico del cocodrilo se halla también representado en la fortaleza de Xochicalco; allí cabezas de cocodrilos que echan agua por la boca se ven junto a hombres sentados sobre las piernas cruzadas. (2) El jeroglífico del cocodrilo servía a los indios de Mechoacan para representar uno de los signos de su calendario, que era el cuarto de su semana de trece días. (3) Cuán comunes sean estos animales en ambas Américas nadie hay que lo ignore.

También se encontró en aquel mismo sepulcro de Patecte una plancha grande cuadrada de oro macizo, sobre la cual se hallaba grabada una figura extraña, compuesta de elementos de muy diverso género, entre los cuales se encuentra la serpiente, que tan gran papel desempeña en la cosmogonía americana. Algunos han creído que era la imagen de algún idolo; nosotros emitiremos después nuestra opinión acerca de este asunto.

De los objetos encontrados en las huacas de Chordeleg unos pertenecen pues, a la civilización, dirémoslo así, de los Incas; otros, a la de los Cañaris, cuyas obras son distintas de las de los peruanos, por donde debemos necesariamente convenir en que pertenecían a una raza diversa. Los Cañaris eran nación formada y aguerrida cuando los conquistaron los Incas.

Nuestra conjetura acerca de la importancia del plano de Chordeleg podrá parecer, talvez, infundada; sin embargo, consta que los peruanos acostumbraban fabricar planos muy curiosos no sólo de sus ciudades, sino hasta de provincias enteras. Hablando del estado

(1) Puede consultarse a Brasseur en la obra antes citada; a Clavijero en la *Historia antigua de Méjico*; a Prescott en la *Historia de la conquista de Méjico*, y a Moke, autores indicados en la nota 47.

(2) Humboldt. *Vues des cordilleres...* & *El uso de los Jeroglíficos*, considerado como escritura, ha dado lugar a la división de los signos en diversas clases, llamadas como es de todos muy sabido, escritura idiógráfica y fonética; imitativa y simbólica; jeroglífica y demótica. Según el célebre pasaje del P. Las Casas en su *Historia de las Indias*, los Mayas de Yucatán poseían el principio y la esencia del fonetismo. Van Drival. *Grammaire comparée des langues bibliques*. (Part. 1<sup>re</sup> Cahp 9<sup>o</sup>)

(3) Ritos... & de Mechoacan.

de la industria de los peruanos al tiempo de la conquista de los españoles, dice Lorente: "Supieron los peruanos transmitir los conocimientos topográficos con mapas de relieve, en los que una imitación fiel ponía de manifiesto las calles y plazas, los arroyos y edificios, los altos y bajos y cuantos detalles interesantes ofrecía la localidad". (1)

A la autoridad de Lorente añadiremos la de Garcilaso, el historiador de los Incas, quien dice que: "De geografía supieron bien, para pintar y hacer cada nación el modelo y dibujo de sus pueblos y provincias". El autor cuenta que vió el plano del Cuzco y su comarca y asegura que el mejor cosmógrafo del mundo no lo pudiera hacer mejor. Este plano estaba trabajado en barro. (2)

Castellanos refiere que cuando Benalcázar venía para la conquista de Quito, llegó en Tomebamba y que allí Chaparra, cacique de los Cañaris, le dió un plano de los lugares por donde había de pasar. Castellanos indica al parecer que el plano era en lienzo, como los que solían fabricar los Mejicanos; pero no hay prueba alguna de semejante industria entre los peruanos y debió ser un plano trabajado en relieve. (3) Por todos estos documentos consta que los indios solían trabajar planos y, por lo mismo, no dudamos que el objeto de madera encontrado en Chordeleg era el plano de aquel mismo lugar.

Largo e inútil sería mencionar uno por uno todos los objetos notables que se descubrieron en las tumbas de Chordeleg. Hemos hablado ya de muchos de ellos y en las láminas presentamos imágenes de los más notables: flautas o coronas de diversas clases; tupos o prendedores, vasos, conopas, &c., se encontraron en abundancia. Chordeleg, como ya lo indicamos antes, fué, sin duda ninguna, un lugar sagrado; el sepulcro común de los principales de la na-

(1) Lorente. Historia antigua del Perú. (Libro 4º Cap. 3º).

(2) Garcilaso. Comentarios reales. (Parte Iª Lib. 2º Cap. 26).

(3) Castellanos. Elegías de Varones ilustres de Indias. (Primera parte Elegía a la muerte de Benalcázar. Canto primero). Apuntes para la historia de Quito por Pablo Herrera. (Cap. IV) Nos aprovechamos de esta ocasión para tributar al Sr. Dr. Dn. Pablo Herrera los más sinceros agradecimientos por el anhelo con que se ha dignado favorecer nuestros estudios sobre la historia antigua del Ecuador, prestándonos para ello decidida cooperación e ilustrados consejos.

ción, en torno de un adoratorio famoso. Esta clase de cementerios comunes solían llamarse **Machay** en la lengua del Inca y eran lugares sagrados para los indios.



Mas, ¿a qué raza pertenecieron los Cañaris? cuánto tiempo duró su monarquía? de dónde traían su origen? Parece que habían transcurrido ya largos siglos en la provincia del Azuay, pues, habían localizado en ella las antiguas tradiciones relativas al origen de su raza. Por más esfuerzos que hemos hecho para conseguir cráneos y estudiarlos, con el fin de conocer a cual de las razas americanas ya clasificadas pertenecieron los Cañaris, no nos ha sido posible encontrarlos, el examen de uno o dos cráneos no basta para hacer deducciones fundadas. ¡Quizá más tarde habrá algún naturalista más afortunado que nosotros, para que pueda hacer con mejores condiciones el estudio que nosotros no hemos podido realizar!

El trabajo de A. D' Orbigny sobre la Etnografía americana, (1) aunque sea obra de un sabio, está muy lejos de ser completo: las razas indígenas del Ecuador son muy poco conocidas y con temor de equivocarnos apenas podemos indicar la filiación de ellas, sus caracteres distintivos y las relaciones de semejanza que tienen con las demás razas que poblaban este continente al tiempo de la conquista de los españoles. Una cosa podemos asegurar con certidum-

- 
- (1) Orbigny. *L'Homme américain de l'Amérique meridionale considéré sous ses rapports physiologiques et moraux.*—Morton no ha vacilado en escribir las siguientes notables palabras. The toltecán family.—in this group are embraced the civilized nations of Mexico, Peru and Bogota, extending from the Rio Gila in the thirty-third degree of north latitude, along the western margin of the continent to the frontier of Chili... In South America, on the contrary, this family chiefly occupied a narrow strip of land between the Andes and the Pacific Ocean and were limited on the south by the great desert of Atacama. (*Crania Americana. Introducción. Ensayo sobre las variedades de la especie humana. Num. 15*). Sin embargo, entre la multitud de cráneos examinados por Morton no hay uno sólo proveniente de las antiguas naciones que habitaban el Ecuador.—Parece que Bollaert ha estudiado las antiguas razas ecuatorianas; pero sentimos profundamente no haber podido estudiar las *Antiquarian researches* de este autor, y así por esto como por otras causas, no dudamos que nuestro escrito tiene que ser muy defectuoso. Sólo por citas conocemos las obras de Bollaert y de Bradfort.

bre y es que el territorio ecuatoriano, al tiempo de la conquista, estaba habitado por naciones diversas que hablaban idiomas distintos. En la costa había casi tantas lenguas, como pueblos: la provincia del Chimborazo estaba habitada por los Puruhaes, que tenían idioma propio; los Cañaris hablaban lengua distinta de la quichua o peruana; los Quitus tenían también idioma propio; y no dejaría de ser cosa muy notable para el estudio de las razas americanas si llegara a probarse lo que dice el P. Velasco que los Shyris hablaban la misma lengua que los Incas, acersión que creemos inexacta. (1)

En la América meridional se conserva el recuerdo de diversas inmigraciones anteriores a la época de la dominación de los Incas; una raza de hombres blancos y barbados, que levantó los antiquísimos monumentos de Tiahuanaco; la raza terrible de los gigantes que, viniendo del Océano, se detuvieron en Manta y en algunos otros puntos de la costa del Pacífico; la raza guerrera de los caribes, que desde las Antillas se derramaron al través del continente, dejando huellas de su existencia desde la cordillera oriental de los Andes hasta las márgenes del Orinoco; he ahí esas oleadas, dirémoslo así, de pobladores, que de tiempo en tiempo llegaban de puntos desconocidos al continente sud-americano. A qué raza pertenecían los Cañaris? Cómo vinieron a poblar la provincia del Azuay?...

En esa provincia ¿existían antes otras razas? qué razas eran aquellas? En los Jíbaros, que pueblan las selvas del Oriente, no dejamos de encontrar muchos rasgos de semejanza con los Caribes de las Antillas, y de las playas del Orinoco. Los Jíbaros de Guayaquiza pertenecen a una raza diversa de la de los Cañaris; hablan un idioma propio, en el cual abundan los sonidos guturales; se casan con muchas mujeres y tienen costumbres dignas de llamar la atención. La labranza y cultivo de los campos; las tareas y cuidados domésticos están a cargo de las mujeres; el varón hace sólo el desmonte para siembra y se ocupa en la caza, o en la guerra, o se

(1) Descripción de la gobernación de Guayaquil, de Puerto Viejo y de la Villa del Villar Don Pardo (Riobamba). En la colección de documentos inéditos del archivo de Indias. Tomo 99

entretiene en aderezar sus armas; y cuando ninguna de estas ocupaciones reclama su tiempo, se está dentro de casa tendido en su hamaca, departiendo con sus amigos y compañeros. Llegado el tiempo del alumbramiento, la india va al bosque, al punto donde el marido le tiene de antemano aparejada una especie de columpio formado de tres palos, dos clavados en tierras, y uno cruzado entre ellos a cierta altura, de tal manera que, la india, colgándose con las manos, queda parada en puntillas y en esa actitud da a luz a la criatura. Al instante se dirige al río, lava a su recién nacido, se asea también ella y vuelve a la cabaña, para ocuparse en las faenas domésticas; mientras tanto el varón se está en casa, acostado en cama, dando quejidos y haciendo demostraciones de grave enfermedad.

Los casamientos se celebran con grandes fiestas. Reunida la tribu, bailan todos los varones, cojidos de las manos formando círculo al rededor de un árbol adornado al efecto, según su modo: mientras van dando vueltas, a salto, en torno del árbol, cantan un cantar monótono y desgraciado con cierto estribillo, que repiten todos en coro.

No tienen templos ni lugares destinados para adorar allí a Dios, y parece que toda su religión consiste en la creencia supersticiosa en el Espíritu del mal, a quien llaman Iguanchi y cuyas dañadas obras les infunden temor. Creen en sueños y agüeros; después de tomar cierta bebida narcótica y excitante se retiran a lo más oculto de los bosques, donde tienen preparado un escondite, que llaman soñadero; allí permanecen mientras les dura el letargo y creen como cierto todo cuanto en aquel tiempo les sugiere al alterada fantasía.

Son fieros en la guerra, pero nunca acometen de frente al enemigo, sino a traición, procurando sorprenderle; al prisionero siempre le dan muerte y conservan su cabeza como trofeo de victoria. Maravilloso es el modo como disponen estas cabezas para conservarlas secas y duras; pues, por medio de cierto procedimiento secreto, después de extraer por el cuello todos los huesos de la cara y del cráneo, mediante la acción del fuego consiguen reducir tanto las dimensiones naturales, que apenas queda una quinta parte del primer tamaño, pero sin que por eso pierda sus propias facciones.

Estas cabezas, por un determinado período de años, son objeto de culto supersticioso: después las arrojan a la corriente de algún río.

Tienen grandes tambores de madera, que llaman **tunduli**, con los cuales se convocan para la guerra. Estos tambores son cilíndricos, hechos de gruesos troncos de árboles ahuecados; los cuelgan en alto, y golpeándolos en los puntos salientes de las labores, que tienen encima, dan un sonido ronco, pero fuerte y prolongado que se deja oír a largas distancias. Sus armas son la lanza de chonta, que manejan admirablemente; el escudo o la rodela, llamada **tindara**, el arco y las flechas enherboladas.

Un observador instruido, que visitó Gualaquiza hace poco, nos ha dado de los Jibaros la descripción siguiente: "El aspecto de todos estos bárbaros, semi-civilizados algunos, nada tiene de repulsivo. Su estatura es comunmente más que mediana; sus miembros perfectamente formados; su fisonomía agradable y muy animada. Están dotados de una perspicacia y desembarazo particulares. No se nota en ellos ese aire de taciturnidad, melancolía y encogimiento tan propio de nuestros indios.

"El vestuario de los Jibaros se compone, para los varones, de una sola prenda, que llaman **itipi**: es una tela que atada en las caderas cubre muy bien la parte baja del vientre y la alta de los muslos. El vestido de las mujeres es aún más honesto; pues les oculta enteramente el pecho y les cae hasta las pantorrillas. Aquellos se pintan el rostro, los brazos, el cuerpo y los muslos; formando labores caprichosas, de color rojo, con la pulpa de achote, y de color negro, con una preparación del fruto de un árbol llamado **sula** o **zua**. Tienen cuidado especial de mantener bien limpio y graciosamente recogido el cabello, y, a veces, completan elegantemente su tocado, con una especie de corona o gorra, que hacen de una piel fina y lanuda de rabo de mono.

"La casa en que habitan, llamada por ellos **jea**, es de forma elíptica más o menos prolongada. Las paredes son de caña o de **chonta** (madera procedente de varias especies de **Palma**.) La techumbre está sostenida por estas paredes, y por algunas columnas de palos delgados, rectos y fuertes, colocados a distancias simétricas, en la longitud del eje mayor de la elipse. La cubierta es de hojas secas de

una especie de *Pandanus* conocida con la denominación de **camba-alga**, hojas que colocan con mucho artificio y seguridad. El pavimento de la única pieza que estas habitaciones tienen es de tierra apelmazada, pero muy limpio y regularmente nivelado. A uno de los costados o extremos de la habitación están, arrimadas a la pared, las camas de los varones, formadas por pequeñas tarimas de caña picada, que constituyen un plano, algo inclinado hacia el interior de la pieza, y se levanta a poca altura del suelo. El cuerpo descansa en esta clase de tarimas, solamente hasta las caderas; pues las piernas quedan al aire, y los pies reposan sobre un palo, que llaman **patachi**, sostenido por dos horquillas, en una y otra extremidad. Debajo de este aparato y un poco hacia fuera, cuidan de conservar fuego, (que denominan **ji**.) durante la noche.

"Las camas de las mujeres, situadas a otro lado o extremo, son análogas a las de los varones; pero carecen del **patachi** y tienen dos paredecillas laterales de la misma caña, a modo de cortinas. Lo singular y notable es que cada mujer tiene sobre su lecho dos, tres, o más perros, atados, entre los cuales duerme". (1)

¿De dónde procede esta raza, tan distinta bajo todo respecto de la de los Cañaris? Con cuál de las razas conocidas tiene semejanza? Examinada la descripción, que viajeros e historiadores notables han hecho de los Caribes, no podemos menos de encontrar muchos puntos de semejanza entre ellos y los jibaros, que pueblan las selvas orientales de la Provincia del Azuay. Los Caribes, guerreros y orgullosos desprecian como los jibaros a los demás pueblos; no tienen un culto regular y social, sino que adora cada uno el objeto que más hiera su imaginación, y sólo hay una idea común en la cual pudiéramos decir que consiste toda su religión y es en el miedo al espíritu malo, a quien atribuyen todas las desgracias que les suceden. La mujer tiene la misma condición de esclava y está sujeta a los trabajos domésticos y a la labranza del campo: para el varón la guerra, la caza, la pesca. Aun en la idea que tienen del valor hay semejanza entre el Jibaro y el Caribe, pues ambos asocian siempre la traición al valor y desconocen la generosidad: san-

(1) Cordero. (El Sr. Dr. Dn. Luis). Una excursión a Gualaquiza en abril de 1875. Opúsculo publicado aquel mismo año en Cuenca.

guinarios y crueles, se vengan con alevosía y son incapaces de perdonar una injuria.

El Barón de Humboldt nos describe los Caribes de la manera siguiente: "En ninguna otra parte he visto una raza entera de hombres más altos ni de estatura más colosal... Como tienen el cuerpo pintado de onoto, sus grandes caras de color bronceado y pintorescamente trapeadas, a lo lejos parecen antiguas estatuas de bronce... Cuantos hombres hemos visto de esta misma raza, sea navegando en el Bajo-Orinoco, sea en las misiones del Piritú, se diferencian de los demás indios, no solamente por su alta estatura, sino también por la regularidad de sus facciones. Tienen la nariz menos ancha y menos aplastada, los pómulos menos salientes y la fisonomía menos feamente construida. Sus jos, que son más negros que los de las otras tribus de la Guayana, anuncian inteligencia y aun podría decirse la costumbre de la reflexión". (1)

Estos Caribes, según lo ha hecho notar el mismo Barón de Humboldt, poblaron una gran parte de la América meridional hacia el Oriente de la gran cordillera de los Andes. "Al Oeste, dice Humboldt, al otro lado de los Andes, nada parece ligar la historia de Méjico con la de Cundinamarca y del Perú; pero en las llanuras del Este una nación belicosa, largo tiempo dominante, ofrece en sus facciones y constitución física vestigios de un origen extranjero. Los Caribes conservan tradiciones que parecen indicar algunas comunicaciones antiguas entre las dos Américas. Fenómeno semejante merece atención particular, cualquiera que sea el grado de embrutecimiento y de barbarie, en que a fines del siglo XV, hayan encontrado los europeos a los pueblos montañeses del Nuevo Continente. Si es verdad que la mayor parte de los salvajes, como parece que lo prueban sus lenguas, mitos cosmogónicos y una inmensidad de otros indicios, no son más que razas degradadas, reliquias o restos escapados de un naufragio común, es sumamente importante examinar los caminos, por donde estos restos han sido transportados de uno a otro hemisferio". (2)

---

(1) Humboldt. Viaje a las regiones equinociales del Nuevo-Continente. (Libro 8º Cap. 25).

(2) Humboldt. En la obra citada.

No deja de ser curioso encontrar entre los Jibaros de Gualaquiza, casi con el mismo nombre que entre los primitivos moradores de la América central, el uso del tambor, llamado **tunduli** por los Jibaros, y **tunkul**, por los discípulos y adoradores de Votan; aquel famoso legislador, adorado como un dios en la península yucateca. "Votan, dice Brasseur, era conocido entre los Tzendales con el título de **Señor del tambor sagrado**, que probablemente traía su origen de una especie de tambor de madera, hueco, llamado **tunkul** en la lengua yucateca, **teponaztli** en el idioma mejicano. Este instrumento tenía una gran importancia en las ceremonias religiosas de las naciones, cuya historia estamos escribiendo". (1) Tun-kul, en lengua yucateca, quiere decir música sagrada.

Mas no por eso intentamos establecer ningún sistema, ni dar a las cosas mayor importancia de la que merecen: solamente hacemos notar analogías, que no deben pasar desapercibidas para quien estudia la historia de los pueblos americanos.

Los Jibaros han sido hasta ahora muy poco estudiados y se conoce solamente la pequeña tribu que habita en Gualaquiza, la cual, por sus relaciones con los blancos, ha venido a modificar notablemente sus caracteres primitivos. Quizá después, estudiada mejor esa raza, se podrá confirmar nuestra presunción o probar que hemos estado engañados.

En apoyo de nuestra presunción acerca de la raza a que pertenecen los Jibaros de Gualaquiza aduciremos la autoridad de un naturalista célebre, A. D. Orbigny, que ha estudiado prolijamente las razas indígenas de la América meridional. Este autor ha demostrado que los Guaranís de la América del Sur son los mismos Caribes de Tierra firme y de las Antillas, y manifiesta con observaciones profundas el camino seguido por las diversas inmigraciones de Guaranís desde las orillas del Plata hasta el Orinoco y desde las faldas de la cordillera oriental de los Andes hasta las Antillas. "Se ve pues, dice D'Orbigny, que la nación de que estamos tratando se extendió desde las riberas del Plata hasta las Antillas, es decir, desde

(3) Brasseur de Bourbourg, Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique-Centrale. (liv. premier. Chap. 3).

el grado 34° de latitud sur hasta e 23° grado de latitud norte, o en un espacio inmenso de 1.140 leguas marinas de norte a sur. Actualmente habita de este a oeste, desde las costas del Brasil hasta el pie de los Andes bolivianos, entre el 37° y el 65° grados de longitud occidental del meridiano de París o 560 leguas marinas". (1)

Poblaron, pues, en lo antiguo dos razas distintas la provincia del Azuay: la raza de los Cañaris y la raza de los Jibaros, entre las cuales creemos que hubo perpetua guerra, como lo dan a entender las fortificaciones que existen más allá del Sigsig en la cordillera oriental de los Andes: apenas se conservan algunos vestigios de esta clase de obras.

¿Cuál de estas razas dominó a la otra? Por dónde vino la raza de los Cañaris a poblar la provincia del Azuay? Nada podemos saber ahora; ni hay fundamento para conjetura alguna. Sin embargo, seguiremos indicando las relaciones de semejanza que hemos encontrado entre los Cañaris y algunas otras naciones del Nuevo Continente.

Solían los Cañaris buscar para sus pueblos los valles más abrigados y las orillas de los grandes ríos; así es que las señales de mayor población se encuentran en Yunguilla, Gualaceo y Paute, valles pintorescos de clima caliente y regados por ríos caudalosos; también se encontraron sepulcros o huacas ricas en Cojitambo sobre el valle de Chuquipata. Este método de vida, diremoslo así, nos hace pensar en la antigua nación de los Toltecas, los cuales escogían, para poblar, lugares de clima abrigado y las orillas de los ríos caudalosos.

Se ha creído generalmente que los peruanos y las demás naciones de la América meridional no usaban de ninguna clase de moneda para sus negocios y transacciones mercantiles: los mejicanos y los yucatecos tenían su moneda particular, que consistía en las almendras del cacao empleadas como dinero por los aztecas, y en ciertas conchitas de que hacían uso los Mayas de la península de

(1) Orbigny, L'Homme américain. (Troiisième race. Rameau unique.) Puede consultarse también a Charlevoix. Histoire de l' Isle espagnole, a Codazzi-Geografía de Venezuela, y a Malte-Brun-Geografía universal. Villavicencio en su Geografía del Ecuador describe también las costumbres de los Jibaros; pero, por desgracia, esta obra está llena de errores e inexactitudes y debe leerse con grande cautela.

Yucatán. El P. Cogolludo dice: "La moneda de que usaban era campanillas y cascabeles de cobre, que tenían el valor según la grandeza, y unas conchas coloradas, que se traían de fuera de esta tierra, de que hacían sartas a modo de rosarios. También servían de moneda los granos del cacao, y de estos usaban más en sus contrataciones, y de algunas piedras de valor y hachuelas de cobre traídas de Nueva-España, que trocaban por otras cosas, como en todas partes sucede". (1) Y el P. Landa habla también de las conchas coloradas que servían a los indios de Yucatán a la vez de moneda y de joyas, (2) En los sepulcros de Chordeleg se encontraron en gran abundancia esas conchas coloradas pequeñas y también las piedrecillas de diversos tamaños, figuras y colores. En uno de los sepulcros fueron hallados además cascabeles pequeños de oro, fabricados de una manera muy particular, pues parecían tamborcillos de oro de figura perfectamente cilíndrica. Ni será fuera de propósito hacer notar, por último, que el culto de Pachacamac fué muy antiguo entre las naciones de la costa del Pacífico, vecinas a la línea equinoccial: el templo de aquel dios estaba edificado en una eminencia artificial y junto a él se hallaba el lugar que servía de sepultura común a los régulos de la comarca, quienes acostumbraban sepultarse con todas sus riquezas. (3) Los Cañaris, ¿tenían, tal vez, los mismos usos y costumbres que los Mayas de Yucatán? De dónde provienen semejanzas tan notables? Podrán explicarse por una simple casualidad?... Dejaremos al tiempo y a la ciencia histórica la respuesta a estas cuestiones: por nuestra parte nos contentamos con haber recojido datos, que acaso habrían pasado olvidados por completo.

La dominación de los Toltecas en la América central y Méjico duró por más de cuatro siglos. Según el sentir de algunos historiadores, la época de la destrucción de la nación tolteca coincide con la presencia repentina de los Caribes en la América del Norte; así es que, si la venida de los Toltecas a la América del Sur se admite como cierta, la nación Cañari debió haber contado más de tres siglos de existencia cuando fué destruida por\*Ata-Huallpa. Los vestigios de poblaciones, que se encuentran principalmente cuánto más

(1) Cogolludo. *Historia de Yucatán*. (Libro 4º Cap. 3º)

(2) Landa.—*Relación de las cosas de Yucatán*. § XXIII.

(3) García. *Origen de los Indios*. (Lib. 5º Cap. VII).

nos aproximamos a la costa, son una prueba así del camino seguido por las inmigraciones, como también de lo muy poblada que estuvo la provincia en otros tiempos. En el camino que conduce del Jumbones a la costa de Machala y golfo de Jambelí se han encontrado señales de antiguas habitaciones de indígenas: también en el camino que va de Cuenca a Guayaquil por el río de Naranjal, llamado antiguamente Zhuiya. Parece que los Cañaris, y después también los Incas, se dirigían a la costa por el camino de Machala y salían al mar por enfrente de la isla de la Puná, ahora desierta, y en aquella época habitada por una nación belicosa que hablaba su idioma propio, distinto del quichua, que practicaba sacrificios sangrientos de víctimas humanas y devoraba a sus prisioneros de guerra.

La existencia de la raza nahual en la América del Sur se va comprobando a medida que se estudian más las antigüedades de los pueblos, que componían el imperio del Perú bajo el cetro de los Incas. Así como se han llegado a descubrir tantos puntos de semejanza entre algunas prácticas religiosas, usos y costumbres de los habitantes de Yucatán y de Nicaragua y las creencias religiosas y método de vida de varios pueblos de la América meridional; así también el tiempo venidero indemnizará a la ciencia sus penosas vigilijs revelándole secretos, que hasta ahora tiene escondidos en el abismo de lo pasado. Entre tanto, diremos nosotros también lo que Mr. Viollet-Le-Duc: "El Nuevo mundo, es en efecto, nuevo, comparado con el Asia y con la vieja Europa, es decir, que el hombre civilizado o mejor dicho, civilizador, fué a establecerse sobre ese continente mucho tiempo después de los primeros siglos históricos de nuestro hemisferio; sin embargo, todas las investigaciones hechas recientemente nos inducen a creer que una civilización avanzada dominaba en aquellas comarcas largo tiempo antes de la era cristiana". (1)

Empero, la falta de datos suficientes para descubrir la verdad dejará, acaso para siempre, sepultados en las tinieblas de lo pasado, el origen, el carácter, el estado de civilización de los primeros pobladores de América y el tiempo en que fueron llegando a nuestro continente las diversas inmigraciones, cuya venida ha conservado la tradición de todos los pueblos. Los Aztecas, conservaban la memo-

---

(1) Viollet. Le Duc. Cités et ruines américaines. (Introduction).

ria de los Toltecas y otras naciones, que habían vivido en el país de Anahuac antes que ellos: las imponentes ruinas de Yucatán, de Palenque y de Tiahuanaco revelan la existencia de una raza activa y poderosa, que desapareció, sin que sepamos cómo ni cuándo, de las comarcas donde dejara huellas tan sorprendentes de su grandeza: los tiempos han ido amontonando sombras sobre su memoria, al paso que la naturaleza iba cubriendo con bosques seculares sus monumentos.

Ciertas palabras fenicias: algunas prácticas religiosas semejantes a las de los hebreos y cartagineses; varias leyes y costumbres análogas a las de otros pueblos asiáticos parecieron fundamentos seguros para señalar el origen de los americanos en los famosos viajes de los navegantes de Tiro, en las dilatadas expediciones de los marinos de Cartago, y en las grandes inmigraciones de los pueblos de las llanuras del Tibet y del Mogol. La ciencia, entre tanto, ha guardado silencio, dejando a la erudición sistemática fabricar conjeturas ingeniosas, pero destituidas de fundamento sólido; mientras que los filósofos incrédulos del siglo pasado, desoyendo el testimonio de la historia y la voz de la tradición, resolvieron magistralmente la dificultad, decidiendo desde lo alto de su superficialidad científica, que las razas americanas eran tan nativas del suelo americano, como las llanas que entrelazan unos con otros los árboles en las selvas del Nuevo Continente. "Pero suponer una raza indígena y propiamente americana, dice César Cantú, es incompatible no sólo con las tradiciones bíblicas, sino también con el hecho que las tribus del nuevo mundo no tenían un tipo común... Al que insista en preguntarme de dónde vinieron los americanos, le preguntaré yo: en un mundo, que hace tantos siglos se está estudiando, ¿de dónde provinieron los Godos, los Celtas y los Oscos? ¿por qué el vascuence se habla entre idiomas europeos radicalmente diversos? Hay problemas que no pueden dilucidarse sino por un solo libro". (1)

---

(1) Cantú. Historia Universal (Lib. 14. Cap. 14)

## CAPITULO QUINTO

### SITIO Y RUINAS DE TOMBAMBA

Investigaciones sobre el punto donde estuvo la ciudad de Tombamba.—El valle de Yunguilla.—Ruinas que allí se encuentran.— Etimología del nombre Tombamba.

#### I

Va indicamos antes que los antiguos cronistas castellanos, cuando hablan de Tombamba, unas veces se refieren a la provincia y otras a la ciudad del mismo nombre, circunstancia que es necesario tener presente, para no confundir lo relativo a la una con lo relativo a la otra. De esta confusión ha nacido, talvez, el que no se acierte a señalar el punto verdadero donde estuvo edificada la ciudad, pues, unos creen que estuvo edificada en donde existe ahora la ciudad de Cuenca, otros piensan que estuvo más al Oriente, en el sitio que se llama Huatana; pero ni la descripción de la ciudad de Tombamba, que hacen los historiadores antiguos, ni las ruinas o vestigios, que han debido conservarse, indican que haya estado Tombamba donde se halla Cuenca.

El acta de la fundación de Cuenca dice que, después de haber recorrido personalmente Gil Ramírez Dávalos toda la provincia buscando sitio a propósito donde edificar la ciudad, escogió al fin la llanura denominada Paucar-Bamba como la mejor y más cómoda, y que allí trazó la nueva ciudad, a la cual puso el nombre de Cuenca en honra del Marqués de Cañete, entonces Virrey del Perú, por-cuya orden se edificaba la nueva ciudad. Mas no se halla en el acta mención alguna de Tombamba, como el sitio escogido para edificar allí a Cuenca; antes, por el contrario, cuando se señalan los términos de la nueva ciudad, se le dan por límites hacia el Sur el río y el camino que va a Tombamba. (1)

(1) Libro de actas del cabildo de Cuenca Ms.—El acta de la fundación de Cuenca se publicó en la *Ludémaga*, periódico literario redactado por varios jóvenes de la misma ciudad en 1876. Paucar-bamba significa llanura de primavera o muy florida.

Sin embargo, muy bien podemos asegurar que en el sitio donde fué edificada Cuenca, hubo algún palacio de los Incas, porque en muchos edificios de la ciudad se encuentran piedras labradas como las que empleaban los Incas en sus edificios; y no es creíble que las hayan ido a traer de muy lejos. Cerca de la ciudad, hacia el Sud-Este, se ven todavía restos de un puente a la orilla del río Matadero; a la falda de la colina, donde está la iglesia de Turí, se encuentran huellas del gran camino de los Incas o de la Vía real de las cordilleras, y sobre el río de Yanuncay están los restos de un antiguo puente de los Incas, donde se ha fabricado el puente que pone en comunicación la ciudad de Cuenca con los pueblos de Pachá, el Valle, Quinjeo & ... Y todavía aquel puente conserva el nombre de Inga-Chaca o puente del Inca. El P. Velasco habla de estos restos de edificios de los Incas en las cercanías de Cuenca. (1)

Consultada la historia acerca de este punto, ofrece datos suficientes para hacer fundadas conjeturas sobre la época en que se fabricaron estos edificios. En efecto, Cavello-Balboa dice: "Púsose (Ata-Hualpa) a construir en Tomebamba palacios suntuosos para su hermano, (Huáscar), y otros no menos magníficos para él mismo" (2) El P. Velasco dice también, hablando de Ata-Hualpa: "Espiraba ya el año 1529, cuarto de su reinado, sin que en seis meses que se hallaba en la provincia de Cañar hubiese habido el menor reclamo o contradicción de parte de su hermano Huáscar. Persuadióse a que, haciéndose cargo de la razón, no pensaba en inquietarlo sobre el asunto. Púsose por eso a fabricar un nuevo palacio, según su gusto y genio en Tomebamba; y la noticia de esta empresa fué la que irritó y enfureció a la ambiciosa Rava-Ocillo hasta hacer por fuerza partícipe a su hijo Huáscar". (3) Cieza de León confirma la narración de Velasco diciendo, después de describir los edificios de Tomebamba: "Y cierto oí a muchos indios entendidos y antiguos que sobre hacer unos palacios en estos aposentos fué harta parte para haber las diferencias que hubo entre Huáscar y Ataliba". (4) En el hermoso valle de Paucar-Bamba, donde está edificada Cuenca, hubo pues, sin duda, algún palacio de los Incas, talvez, el levantado

(1) Velasco. Historia del Reino de Quito (Historia Moderna. Tom. 3º Lib. 3º 515).

(2) Cavello-Balboa. Historia del Perú. Cap. 15.

(3) Velasco. En la obra antes citada. (Historia antigua Tom. 2º Libro 3º).

(4) Cieza de León. Crónica del Perú. Cap. 44.

por Ata-Huallpa; pero no fué allí donde estuvo la populosa ciudad de Tomebamba. ¿Dónde estuvo edificada esta ciudad?

## II

Nosotros creemos que Tomebamba estuvo edificada en el valle de Yunguilla, así porque se encuentran todavía en aquel punto muchas ruinas de vastos edificios, como también, porque sólo a aquel valle conviene la descripción que del lugar donde estuvo Tomebamba nos han dejado los antiguos historiadores castellanos. Todos ellos nos dicen, hablando de Tomebamba, que estaba edificada a la ribera de tres ríos caudalosos y, según Balboa, no había más que un solo puente por donde se podía entrar en la ciudad. Estas señales convienen muy bien al valle de Yunguilla, donde existen ruinas de una antigua población de los indios. (1)

Es el valle de Yunguilla uno de los más hermosos de la provincia del Azuay: se halla al Sud-Oeste y como a una jornada de

- (1) Zárate dice, hablando de Ata-Huallpa y llegando a la provincia de los Cañaris mató sesenta mil hombres, de ellos, porque le habían sido contrarios, y metió a fuego y a sangre y asoló la población de Tumibamba, situada en un llano, ribera de tres grandes ríos, la cual era muy grande. (Descubrimiento y conquista del Perú. Cap. 12).— Alcedo dice: Tomebamba, pueblo pequeño y pobre de los indios del Reino de Quito a la parte del medio día, ha sido célebre en otros tiempos por suntuosos edificios que tuvieron en él los Incas especialmente un templo magnífico que fabricaron dedicado al Sol, de que permanecen todavía vestigios. (Diccionario geográfico de América).— En el Gazetero americano se lee: Tomebamba, ciudad de Quito, una de las provincias del Perú, donde existen las ruinas de un templo dedicado al Sol, cuyos muros estaban cubiertos de planchas de oro, cuando llegaron los españoles. Está situada a 160 millas al Sur de Quito; a 2º 10 m. de latitud meridional, y 77º 10 m. de longitud occidental. (II Gazetiere americano. Volumen terzo).— El P. Velasco, haciendo la descripción de los pueblos de Cuenca, dice: El de Cañaribamba, que es otro de los mejores, conserva en su cercanía el pequeño pueblo despreciable de Tomebamba, solo para decir aquí fué Troya; quiero decir, aquella ciudad antigua de Tomebamba, que destruyó Atahualpa en sus guerras civiles, sin dejar piedra sobre piedra, cuya gran riqueza y belleza no saben cómo ponderar los escritores, especialmente Cieza de León. (Historia de Quito. Tomo 3º página 128). El pueblo de Cañaribamba distaba del Jubones como legua y media: ahora ya no hay ni escombros del pueblo de Cañaribamba; se sabe solamente en qué lugar estuvo la iglesia por una cruz que ha quedado allí medio enterrada, como para indicar la sepultura de un pueblo entero. El primero que dió a conocer el valle de Yunguilla y las ruinas que se encuentran en él fué el Sr. Dr. Julio Matovelle en un muy galeno artículo publicado en la Lucíemaga.— Volvemos a advertir aquí que los escritores antiguos hablan de Tomebamba refiriéndose unas veces a la ciudad y otras a la provincia. Cieza de León habla solamente del Ingapirca de Cañar, llamado, aposentos de Tomebamba.

Cuenca; le riegan varios ríos, el Naranjos y el Minas, pequeños, que bajan de la cordillera septentrional, donde estuvo en tiempos remotos el pueblo de Cañaribamba, del cual ahora ya no quedan ni vestigios; el Mandur, también pequeño, el Jubones y el Uchucay, caudalosos, bajan de la cordillera opuesta, y el Rircay corre por el fondo del valle de Oriente a Occidente. A la entrada del valle, cuando se va de Cuenca por el camino de Tarqui y Jirón, las cordilleras se presentan tan próximas una a otra que parece imposible que allí haya existido jamás población ninguna considerable; pero, conforme se va siguiendo hacia Occidente, el valle se ensancha mucho de modo que en las márgenes del Jubones las playas son dilatadas y ofrecen campo para una ciudad populosa; allí precisamente se hallan las ruinas de Tomebamba, en el espacio comprendido entre los ríos Jubones, Uchucay y Rircay. Los restos de habitaciones se encuentran a la orilla derecha del Rircay, desde un sitio llamado Lacay, hasta donde el río Minas entra en el Jubones, que serán más de dos leguas; en toda esa extensión se ven de trecho en trecho, a la orilla del río, cimientos de antiguas casas de los indios: al frente, es decir, en la orilla izquierda hay ruinas de habitaciones y casas en Sulupali, en las playas altas de Jubones y en las del Uchucay. Parece, pues, que la ciudad estaba edificada a la orilla de los ríos en las playas elevadas. El Jubones corre paralelo al Uchucay; ambos desembocan en el Rircay, y, formando un río caudaloso, siguen hasta encontrar al Minas, en el punto donde termina el valle. Las cordilleras están allí tan unidas que no forman sino una sola, y el río se abre paso por ellas rompiéndolas y corriendo por un cauce tan estrecho y profundo, que causa horror el mirarlo. Acaso en siglos remotos todo lo que ahora es valle sería fondo de un gran lago, que derramó sus aguas por la abertura que hizo en la cordillera alguno de esos cataclismos, tan frecuentes en el continente americano.

En el punto donde el río Minas se junta con el Jubones existen todavía los cimientos de un antiguo puente de los indios, llamado hasta ahora Huarca-Chaca, o puente de cuerdas. Allí mismo, en una llanura o plaza, dirémoslo así, que forma la corriente del Jubones, hay otras ruinas, notables por lo raro del plan con que ha sido construido el edificio. Tenía éste la forma de un cuadrilátero; el un lado, que parece haber sido el del frente, mide como dos cuerdas de largo; los otros dos lados menores tendrán, poco más o menos, una cuadra: todo este gran espacio está dividido en peque-

ñas calles o departamentos, de los cuales hemos contado once. Al frente tiene seis casas distribuidas con cierta simetría y orden caprichoso.

Edificios en todo semejantes a éste se hallan al otro lado del río Minas en las playas del Jubones y en las del Uchucay; pero esas ruinas tienen mucha mayor extensión que la del edificio de Minas, aunque en la forma son del todo semejantes. ¿Qué fueron estos edificios? Fueron templos? Serían cuarteles militares?... Montesiños dice que Dumma, régulo de los Cañaris, edificó a lo largo del río, muchas casas para alojar en ellas las tropas del Inca Tupac-Yupanqui. ¿Son, talvez, las ruinas de aquellos alojamientos lo que hemos encontrado a las orillas solitarias del caudaloso Jubones?... O ¿eran, acaso, templos como ese que Garcilaso nos describe del dios Viracocha?— "El templo tenía ciento y veinte pies de hueco en largo, dice Garcilaso, y ochenta en ancho. Era de cantería pulida, de piedra hermosamente labrada, como es toda la que labran aquellos indios. Tenía cuatro puertas a las cuatro partes principales del cielo; las tres estaban cerradas, que no eran sino portadas para ornamento de las paredes. La puerta que miraba al Oriente, servía de entrada y salida del templo; estaba en medio del hastial y porque no supieron aquellos indios hacer bóveda, para hacer soberado encima de ella hicieron paredes de la misma cantería que sirviesen de vigas, porque durasen más que si fuesen de madera; pusieronlas a trechos, dejando siete piés de hueco entre pared y pared, y las paredes tenían tres piés de macizo. Eran doce los callejones que estas paredes hacían. Cerráronlos por lo alto en lugar de tablas con losas de a diez piés en largo y media vara de alto, labradas a todas seis haces. Entrando por la puerta del templo, volvían a mano derecha del templo, luego volvían a mano izquierda por el segundo callejón hasta la otra pared. De allí volvían otra vez sobre mano derecha por el tercer callejón, y de esta manera, (como van los espacios de los renglones de esta plana) iba ganando todo el hueco del templo de callejón en callejón, hasta el postrero que era el doceno, donde había una escalera para subir al soberado del templo" (1).

Notable es la semejanza entre las ruinas de Yunguilla y el templo del Dios Viracocha, descrito por Garcilaso; sin embargo, no

---

(1) Garcilazo. Comentarios reales de los Incas. (Libro 5º Cap. 22).

nos atreveremos jamás a asegurar a qué objeto estuvieron destinados aquellos edificios, pues, apenas hay fundamento para una débil conjetura.

También se hallan ruinas de otra clase en aquel valle: unas son de casas, más o menos grandes, otras son restos de una antigua calzada que corre en una dirección paralela a la corriente del río Jubones, y, otras, en fin, parecen vestigios de un templo del Sol. Estas últimas se hallan a la orilla del Jubones, cerca del punto en que este río se junta con el Rircay; tienen la forma de un inmenso paralelogramo con dos órdenes de muros, el uno interior y el otro exterior; entre los dos hay un espacio de algunos pies de anchura, el cual parece que formaba una como galería al rededor del templo. Contiguo a la puerta hay un aposento pequeño, casi cuadrado.

En un sitio, denominado Lacay, existía un montecillo de arena sobre la playa del río: ocurriósele a cierto individuo, aficionado a hacer excavaciones, practicar una en aquel punto y, deshaciendo el monte de arena, descubrió una casa que allí había estado enterrada, bajo de esa colina artificial. Hay también restos de grandes acequias o canales, contruidos para conducir el agua desde largas distancias y hacer fecundos los sitios, ahora yermos por falta de riego.

Citaremos aquí las palabras de Cavello-Balboa, por las cuales parece algo fundada nuestra conjetura acerca del objeto que tenían aquellos edificios, cuyas ruinas se encuentran en Yunguilla. Después de describir Balboa los edificios que Huayna-Cápac mandó levantar en Tomebamba, dice que el Inca salió de la ciudad y, tomando el camino de la cordillera con dirección a Quito, pronto se halló en tierra fría, circunstancia que conviene muy bien al valle de Yunguilla. En efecto, desde las playas del Jubones se puede tomar el camino que, subiendo por el cerro escarpado de Alpapana, conduce en pocas horas a la cordillera fría y ventosa de Nabón.

"El viaje de Huayna-Cápac desde el Cuzco hasta Tumibamba no presenta circunstancia alguna notable, dice Balboa. Acampó junto a los ríos, que riegan aquel valle. La admirable posición de la ciudad y más que eso el cariño que todo hombre tiene naturalmente a su país natal le decidieron a hacer de ella la capital del bajo

Perú. Antes dijimos ya que Huayna-Cápac había nacido en Tomebamba, cuando por la primera vez llegó allí Topa-Inga.

"Hizo, pues, Huayna-Cápac construir en Tomebamba edificios suntuosos y echó los cimientos de un palacio llamado Mullucancha, en el cual depositó una estatua de oro finísimo, que representaba a su madre mama-Ragua Oello. En el vientre de esta estatua mandó poner las pares, que arrojó su madre cuando lo dió a luz, porque era costumbre guardar aquel objeto, cuando una princesa paría hijo varón. Hizo también guardar en el mismo palacio gran cantidad de oro y de plata. Las paredes interiores de este edificio estaban adornadas con una porción de obras de taracea de mullo, especie de concha de mar, de que se fabrican collares; su color es muy semejante al del más hermoso coral; aunque las hay también de diferentes clases. Las murallas fueron enriquecidas con muchas planchas de plata y de oro trabajadas a martillo. Los muros exteriores tenían por adorno clavos de cristal. El aposento en que se colocó la estatua de Mama-Oello estaba enteramente cubierto de planchas de oro. Este palacio fué llamado Tumi Bamba Pachamanca. En las cercanías de la ciudad fueron establecidas todas las naciones que le habían acompañado y los Cañaris quedaron especialmente encargados del servicio del palacio.

"Junto a este edificio el Inca levantó templos al Sol, a Ticci-Viracocha-Pachacámac y al Rayo, por el modelo de los que existían en Cuzco: para su servicio les adjudicó terrenos, rebaños y yanacunas. Sobre la plaza hizo levantar otro edificio que llamó Uzno o Chinquin-Pillaca, donde se ofrecían sacrificios al Sol (1) y a sus diversas faces, derramando chicha en honra suya". (2)

Por las palabras que acabamos de citar, se conocé que Huayna-Cápac hizo levantar en Tomebamba cinco edificios, dos palacios y tres templos; uno al Sol, otro a la Luna y el tercero a Ticci-Viracocha, según el modelo de los que existían en el Cuzco. Del templo de Viracocha nos ha dado Garsilaso una descripción circunstanciada, como ya lo hemos visto.

(1) El texto dice al Sol, pero parece equivocación del traductor francés.

(2) Cabello-Balboa.—Historia del Perú. (Cap. II). Según nuestro modo de pensar uno de los edificios de que habla aquí el autor debe ser el Inga-pirca de Cañar. Lo notable es que Balboa hace mención del templo de Viracocha.

Los cronistas castellanos dan a Tomebamba el calificativo de populosa y debió serlo indudablemente una ciudad cuyas ruinas aparecen todavía en la extensión de casi dos leguas. Como el terreno es frágil y arenisco los derrumbamientos son considerables y allí, donde antes había grandes edificios, ahora es cauce del río y pronto se dirá de la que un día fué populosa Tomebamba: *Etiam periere ruinae*.

En cuanto a la magnificencia de estos edificios creemos que hay mucha exageración en las descripciones de los escritores castellanos. No hay, en verdad, señales de magnificencia, ni de hermosura: todos ellos, según aparece de los escombros que aún quedan, han sido fabricados con piedras toscas, las cuales se emplearon en la construcción, sin pulir, por eso se las encuentra con la nativa rudeza que tenían en el álveo del río próximo, de donde, sin duda ninguna, fueron sacadas.

No hay ni punto de comparación entre el primor de la fábrica del Inga-Pirca en Cañar y la rústica sencillez de los edificios de Yunguilla. Viendo los restos de ellos, involuntariamente nos acordábamos de la descripción que del modo de fabricar sus casas los Cañaris nos ha dejado Cieza de León en su *Crónica del Perú* con estas breves palabras: "Las casas que tienen los naturales cañares, son pequeñas, hechas de piedra, la cobertura de paja". (1)

Ricos serían, sin duda, aquellos edificios por los adornos de oro y de plata, que en ellos habían amontonado los Incas; pero no suntuosos, ni magníficos. Los historiadores nos hablan del templo del Sol, del Monasterio de las Vírgenes y del Palacio de Mullocancha levantado por Huayna-Cápac para hermosear Tomebamba, la ciudad que le vió nacer: ¿dónde estaban esos edificios? Ruinas suyas, serán, talvez, las que nosotros hemos visitado?... ¡Nada podemos asegurar con certidumbre!... Sin embargo, Tomebamba era la primera ciudad de los Incas en estas partes de su imperio; en ella estuvo Huayna-Cápac cuando le dieron la primera noticia de la aparición de los españoles en las costas del Perú; allí fué donde los indios de Tumbes trajeron a presentar a Ata-Huallpa esos dos infelices españoles, Rodrigo Sánchez y Juan Martín, a quienes, por con-

(1) Cieza de León. *Crónica del Perú*. (Cap. 44).

denados a muerte, había dejado Pizarro abandonados en la costa al volverse a Panamá; y la familia formada por Huayna-Cápac tomó el apellido de Tomebamba, como para conservar el recuerdo del lugar donde había nacido este príncipe.

### III

En cuanto a la etimología del nombre de Tomebamba, Montesinos dice que significa **llanura del cuchillo**, porque la deriva de **Tumi** cuchillo en lengua quichua y **bamba** o **pampa** llanura o llano, y la historia de este nombre la refiere del modo siguiente. Cuando el Inca Viracocha volvía de las costas de Tumbes para la sierra, llegó al lugar donde está Cuenca, que entonces se llamaba Tumi-pamba o llanura del cuchillo y diósele este nombre, porque allí los Cañaris presentaron batalla al Inca y, habiéndolos vencido, los degolló a todos sin perdonar ni aun a los viejos y pobló la provincia de mitimaes, a fin de que no quedara desierta, porque transportó al Cuzco a todos los jóvenes. (1) Como se ve la narración carece de verosimilitud y la deducción del significado del nombre Tumi-pamba es más ingeniosa que exacta.

Para nosotros el nombre de la ciudad no fué Tome-Bamba, como decimos ahora, ni Tomepumpa, como pronunciaba Oviedo, ni Tuxipumpa, como escribe Zárate, & &; sino **Sumag-pampa**, como todavía se llaman ahora las playas del Jubones, donde se hallan las ruinas de la ciudad. **Sumag-pampa** quiere decir llanura linda, llanura hermosa, y, en efecto, lindas y hermosas son aquellas llanuras, que bañan las aguas de tres ríos. Nada acostumbrados los oídos de los españoles a la pronunciación de la lengua quichua oían muy mal todas las palabras y las desnaturalizaban. ¿Quién creyera que Atabaliba fuese el mismo nombre que Ata-Huallpa? ¿Que fleasca fuese Quilliscacha?... Y, sin embargo, restablecida la verdadera pronunciación de una palabra, muchas veces se descubre toda una historia; ni parecerá extraño que los españoles variaran la pronunciación de las palabras americanas, si recordamos que lo mismo hicieron con los nombres árabes, para acomodarlos a la pronunciación castellana.

La historia vuelve a hacer mención de Tomebamba al tiempo

(1) Montesinos. Memorias sobre el Perú antiguo. Cap. XXVI.

de la conquista de los españoles. Cuando Benalcázar venia para la conquista de Quito, descansó con su pequeño ejército ocho días en Tomebamba, celebró alianza con los Cañaris, obtuvo un refuerzo de trescientos hombres de la misma gente y, después de haber reconocido y admirado los edificios construidos por los Incas, se encaminó a Riobamba, guiado por indios que conocían esos caminos. (1) Blasco Núñez Vela llegó también en Tomebamba y es la última vez que se hace mención de la ciudad. Hoy no sólo ha desaparecido el pequeño pueblo que existía a fines del siglo pasado, como lo indica el P. Velasco, en el mismo sitio y con el mismo nombre que la ciudad de los Incas, sino hasta el mismo pueblo de Cañaribamba. Los indios se han acabado, devorados por la asoladora industria de la destilación de aguardiente: existían en el siglo pasado algunas familias descendientes de los antiguos caciques de Tomebamba, Zanitama, Manu, Paccu-rucu, y Quito, y ahora no hay ni memoria de ellas. Los pocos habitantes de Yunguilla han ido de fuera y cultivan la caña de azúcar, luchando con las calenturas intermitentes, que han venido a ser el azote de aquel lugar. Acaso en tiempo de los Incas era muy sano aquel valle; cielo limpio y azul, aire purísimo, temperamento abrigado, tierra generosa y fecunda, circunstancias eran para conservar allí numerosa población: ahora los pantanos artificiales junto a cada habitación, los miasmas pútridos que exhalan materias corrompidas, el desaseo en las que se llaman casas y no son más que tristes cabañas de juncos abiertas a todos vientos, hacen de aquel valle tan hermoso un lugar mortífero.

## CAPITULO SEXTO

### MONUMENTOS DE LOS INCAS

Estado actual de los monumentos de los Incas en la provincia del Azuay.—El Inga-Pirca de Cañar.—Inga Chungana.—Inti-Guayco.— los Tambos.—Señales de la Vía real.— Colluctor.

#### I

Para completar nuestro Estudio sobre los Cañaris, vamos a hacer una lijera descripción del estado en que se encuentran actual-

(1) Herrera. Historia de las Indias Occidentales. (Década Vª Libro 49 Cap. IX).

mente los monumentos de los Incas en la provincia del Azuay (1). Dominaron en aquella provincia dos naciones diversas, los Cañaris y los Incas, estos últimos poco tiempo antes de la conquista; así es que existen allá ruinas de dos clases; unas pertenecen a los Cañaris, y otras, a los Incas. Los edificios, que levantaron los hijos del Sol, tienen un carácter de uniformidad tan constante, que, visto uno de ellos, ya puede el observador formar idea de los demás.

El más notable de los que se conservan en la provincia del Azuay es el palacio conocido con el nombre vago de Inga pirca o pared del Inca, a legua y media de distancia al N. E. del pueblo de Cañar. Se halla construido en una llanura extensa, fría, en el espacio comprendido por tres ríos de pobre caudal, que se juntan en uno solo más abajo del edificio. El uno de estos ríos se llama Gulán y corre por delante del Inga-chungana: el otro desciende del Hato de la Virgen y, al juntarse con el de Gulán, forma una pequeña pero hermosa cascada; el tercero pasa por tras el Inga-pirca a poca distancia de la entrada y es el de más escaso caudal. El sitio escogido para construir este monumento parece buscado a propósito por los Incas, para hacer de él a la vez lugar de recreo y fortaleza militar. La extensa llanura se hunde poco a poco hasta formar un vallecito, encerrado entre dos pendientes agrias y bastante elevadas: la una está coronada por la famosa elipse de piedras sillares y la otra, al frente, por el Inga-chungana. Una vereda tortuosa pone en comunicación estos dos puntos. La elipse es lo mejor conservado del edificio, pues de las otras partes de él ahora ya no hay más que escombros: aquí está todavía la puerta de la entrada; allá se conservan en pie algunos muros de piedra, medio derruidos y cubiertos por las yerbas que han crecido sobre ellos; en una parte se ven los cimientos de las antiguas habitaciones; en otra se conserva intacto un aposento, en cuyas paredes se hallan pequeñas alacenas, las cuales, a lo que parece, hacían veces de sillas con piedras o acaso también con esos grandes tablones de oro, de que habla Garcilaso, para apoyar sobre ellos los pies.

En las ruinas del edificio de los Incas han fabricado la casa de una hacienda y la avaricia insaciable ha venido a sentar también

---

(1) En el año de 1872 publicamos en la Prensa de Guayaquil una descripción más circunstanciada de las ruinas de los monumentos de los Incas, que se hallan en la provincia del Azuay. Nuestro artículo fué luego reproducido en la América de Bogotá, en la Parte literaria.

aquí su mano demoledora, que para buscar oro, ha derribado ya hasta una parte de la elipse, cuyas grandes piedras sillares yacen tiradas por el suelo: el mejor monumento de la arquitectura de los Incas camina, pues, precipitadamente a su ruina.

El Inga Chungana es un asiento labrado en la Roca sobre la cumbre de la pendiente escabrosa, que forma uno de los extremos del vallecito, y por cuyo fondo corre el río de Gulan, así es que viene a quedar entre este río y el Inga-pirca. Abajo, casi a las orillas del río, está la roca del Sol o el Inti-huayco. Pronto reproduciremos aquí la descripción que de entre ambos objetos hace el barón de Humboldt, dándonos, según nuestro juicio, mayor importancia de la que, en verdad, merecen.

## II

Algunos escritores antiguos designan al Inga-pirca de Cañar con el nombre de **aposentos de Tomebamba**. "Estos aposentos famosos de Tomebamba, que están situados en la provincia de los cañares, dice Cieza de León, eran de los soberbios y ricos que hubo en todo el Perú, y a donde había los mayores y más primos edificios. Y cierto ninguna cosa dicen de estos aposentos los Indios, que no vemos que fuese más, por las reliquias que de ellos han quedado.

"Los aposentos de Tomebamba están asentados a las juntas de dos pequeños ríos en un llano de campaña, que tendrá más de doce leguas de contorno. Es tierra fría y bastecida de mucha caza de venados, conejos, perdices, tórtolas y otras aves". (1)

Ulloa nos ha dado en su **Relación histórica del viaje a la América meridional**, la siguiente descripción del lugar en que está edificado el Inga-pirca. "Hacia la parte del N.E. del pueblo de Hatun-Cañar, que significa Cañar grande, como a dos leguas distante de él, se conserva la fábrica de una fortaleza y palacio de los Reyes Incas; y es ésta la más formal, capaz y bien distribuida que se encuentra en todo aquel reino. Por la parte, donde tiene la entrada, hace frente a un pequeño río, que pasa inmediato a sus paredes; y por la opuesta termina en la pendiente de un cerro no muy alto con una larga y levantada muralla". (2)

(1) Cieza de León. *Crónica del Perú*. Cap. 44.

(2) Ulloa. *Relación histórica del viaje a la América meridional*. (Libro VI. Cap. XI).

Veamos la que hizo el célebre Barón de Humboldt.

"Al descender del páramo del Azuay hacia el Sur, se descubre, entre las haciendas de Turche y Burgay, otro monumento de la antigua arquitectura peruana, conocido con el nombre de Inga-pirca, o fortaleza de Cañar. Esta fortaleza, si puede llamarse así una colina terminada por una plataforma, es mucho menos notable por su grandeza que por su perfecta conservación. Un muro construido de grandes piedras sillares se eleva a la altura de cinco a seis metros; forma un óvalo muy regular, cuyo eje mayor tiene casi treinta y ocho metros de longitud; el interior de este óvalo es un terraplén cubierto de hermosa vegetación, lo cual aumenta el efecto pintoresco del paisaje. En el centro de este recinto hay una casa dividida en dos solos departamentos, de casi siete metros de altura... El corte de las piedras, la disposición de las puertas y de los nichos, la analogía perfecta que reina entre este edificio y los del Cuzco no dejan duda sobre el origen de este monumento militar, que servía de alojamiento a los Incas, cuando estos príncipes pasaban de tiempo en tiempo del Perú al reino de Quito. Los restos de un gran número de edificios, que se encuentran al rededor de la elipse, anuncian que hubo antes en Cañar lugar suficiente para alojamiento del pequeño cuerpo de tropa, que generalmente seguía a los Incas en sus viajes.

"La ciudadela de Cañar y los edificios cuadrados que la rodean, no han sido construidos con ese mismo asperón cuarzoso, que cubre el esquisto arcilloso y los pórfidos del Azuay y que está a la vista en el Jardín del Inca, en la pendiente del vallecito de Gulán. Tampoco son de granito, como lo ha creído Mr. de La-Condamine, las piedras que han servido para construir el edificio de Cañar, sino de pórfido trapeo, muy duro, mezclado con feldespato vitreo y anfíbolos. Tal vez, este pórfido fué sacado de las grandes canteras que se encuentran a cuatro mil metros de altura, cerca del lago de Culebrillas, a distancia de más de tres leguas de Cañar.

"El pórfido empleado en los edificios de Cañar está tallado en paralelepípedos con una perfección tal, que las juntas de las piedras serían imperceptibles, como lo ha notado muy bien Mr. de La-Condamine, si la superficie exterior de ellas fuera plana: mas esta superficie exterior es un poco convexa y cortada en lados hacia los

bordes, de manera que las juntas forman pequeñas canales que sirven de adorno, como las separaciones de las piedras en obras rústicas. Este corte de las piedras, que, los arquitectos italianos llaman *bugnato*, se encuentra en las ruinas de Callo cerca de Mulhaló y da a los muros de los edificios peruanos una grande semejanza con ciertas construcciones romanas, por ejemplo con el muro de Nerva en Roma" (1).

Caldas visitó también este monumento y sus observaciones han rectificado las inexactitudes del plano y de la descripción hecha por Ulloa. (2)

A la descripción del Inga-pirca añadiremos la que del Inga-chungana y del Inti-huayco ha hecho el mismo Humboldt.

"El pequeño monumento, llamado *juego del Inca*, consiste en una sola masa de piedra. Los peruanos han empleado para construirlo el mismo artificio que los egipcios para esculpir la Esfinge de Djyze, de la cual dice Plinio expresamente: *e saxo naturali elaborata*. El Inga-chungana, visto de lejos, tiene la apariencia de un canapé, cuyo espaldar estuviera adornado de una suerte de arabesco en forma de cadena.

"Bajando de la colina, coronada por la fortaleza de Cañar, a un vallecito por cuyo fondo corre el río de Gulán, se encuentran veredas estrechas, practicadas en la roca, las cuales conducen a una quebrada, que en lengua quichua se llama Inti-Huaycu o la quebrada del Sol. En ese lugar solitario, sombreado por una robusta y hermosa vegetación, se levanta una masa aislada de asperón de cuatro o cinco metros de altura. Una de las facies de esta pequeña roca, notable por su blancura, es tallada a pico, como si hubiera sido labrada por la mano del hombre: sobre su fondo blanco y compacto se distinguen círculos concéntricos, que representan la imagen del Sol tal como se la ve figurada al principio de la civilización en todos los pueblos de la tierra: los círculos son de un rojo negruzco: en el espacio formado por ellos se reconocen los rasgos medio borrados que indican dos ojos y una boca. El pie de la roca ha sido labrado en forma de gradas, por donde se sube a un asiento hecho en

(1) Humboldt. *Vues des cordilleres*...

(2) *Semanario de la Nueva Granada*. Página 477 de la edición de París de 1849.

la misma piedra y colocado de modo que desde el fondo del hueco se puede contemplar la imagen del Sol.

"Cuentan los Indios que, cuando el Inca Túpac Yupanqui se dirigía con su ejército a la conquista del reino de Quito, gobernado entonces por el Cochocando de Lican, los sacerdotes descubrieron sobre esta piedra la imagen de la divinidad, cuyo culto debía ser introducido en los pueblos conquistados. El príncipe y los soldados peruanos miraron el hallazgo de la roca de Inti-huaico como anuncio feliz; y esto contribuyó, sin duda, a que los Incas construyeran una habitación en Cañar. Los rasgos que señalan los ojos y la boca han sido trazados evidentemente con un cuchillo de metal y podemos creer que los hicieron los sacerdotes del Perú para engañar así mejor a los indios". (1)

Algunos viajeros modernos, y Cieza de León entre los antiguos, han creído que el Inga-pirca era un templo del Sol; pero aquello es un engaño notable. Correal describe este edificio llamándolo templo del Sol en la provincia de Tomebamba y dice que encontró en las puertas algunas piedras labradas, en las cuales estaban esculpidas figuras de cuadrúpedos, de pájaros y de otros animales fantásticos. De estas piedras labradas y de las que vió La Condamine ya no hay ahora vestigio alguno. ¿Qué habrá sido de ellas?... ¡Nadie lo sabe! Correal visitó el Inga-pirca en 1692; La Condamine, en 1739; Humboldt, en 1803 y ya este sabio no encontró las piedras labradas de las puertas, pues no hace mención alguna de ellas.

Los autores antiguos ponderan la riqueza de los palacios de Tomebamba: los muros interiores estaban cubiertos de planchas de oro bruñido; las habitaciones del monarca tenían figuras primorosas de oro, que representaban aves, animales, yerbas, plantas, hombres, y la paja del páramo, como si hubiera nacido entre los ángulos de las paredes. Los Cañaris decían que, para fabricar este palacio, Huayna-Cápac hizo venir desde el Cuzco las piedras con que lo edificó, a fin de manifestar así el aprecio singular que profesaba a la tierra que le había visto nacer; pues era costumbre de los Incas, para honrar alguna provincia, hacerle participar de las cosas de su capital, el Cuzco, que miraban como tierra sagrada.

---

(1) Humboldt. En la obra ya citada.

"Muy grandes cosas pasaron, dice Cieza de León, en el tiempo del reinado de los Ingas en estos reales aposentos de Tumebamba y muchos ejércitos se juntaron en ellos para cosas importantes. Cuando el Rey moría lo primero que hacía el sucesor, después de haber tomado la borla o corona del reino, era enviar gobernadores a Quito y a este Tumebamba, a que tomasen la posesión en su nombre, mandando que luego le hiciesen palacios dorados y muy ricos como los habían hecho a sus antecesores y así cuentan los orejones del Cuzco, (que son los más sabios y principales de este reino), que Ingayupangue, padre del gran Topainga, que fué el fundador del templo, se holgaba de estar más tiempo en estos aposentos que en otra parte; y lo mismo dicen de Topainga, su hijo. Y afirman que estando en ellos Guaynacapac, supo de la entrada de los españoles en su tierra, en tiempo que estaba Dn. Francisco Pizarro en la costa con el navio en que venía él y sus trece compañeros, que fueron los primeros descubridores del Perú". (1)

Antes de separarnos del Inca-pirca indicaremos la época en que fué edificado. Después de referir el P. Velasco la llegada de Huayna-Cápac en Tomebamba, dice: "Fué pasando lo demás de la provincia no solo sin oposición, sino como en triunfo y fiesta, aclamado de todas sus numerosas parcialidades, hasta las últimas del Gran Cañar, donde fabricó aquel magnífico palacio, que aún subsiste casi entero, y que ha sido la admiración de las naciones europeas". (2) Según estas palabras no hay mucha exactitud en la tradición de los indígenas acerca del Inca que hizo construir este edificio. Humboldt apoyado en esa tradición da por fundador del Inga-pirca a Tupac-Yupanqui, padre de Huayna-Cápac, lo cual no está de acuerdo con lo que refiere Velasco, cuya narración en este punto nos parece más autorizada que la de Humboldt. Así pues la época de la construcción del Inga-pirca debe fijarse en los últimos años del siglo XV, cuando Colón andaba buscando cómo llevar a cabo su propósito de encontrar camino por Occidente a la India Oriental.

Diremos para concluir solamente una circunstancia que ha pasado desapercibida por todos los que han descrito el Inga-pirca, a

(1) Cieza de León.—En la obra antes citada. La descripción de Correal se encuentra en la Historia general de los viajes de Prevost, Tom. 23.

(2) Velasco. Historia del reino de Quito. (Historia antigua, Libro 1º § 49).

saber: que las paredes interiores de los aposentos estaban cubiertas a manera de estuco, con una tierra medio roja, de la cual se conserva hasta ahora muchas señales. Por donde parece que el interior de este edificio estaba pintado como el palacio que habitaba Ata-Hualpa en Cajamarca, cuya descripción hace Jerez del modo siguiente: "El aposento, donde Atabalipa estaba entre el día es un corredor sobre un huerto, y junto está una cámara, donde dormía, con una ventana sobre el patio y estanque, y el corredor asimismo sale sobre el patio; las paredes están enjalbegadas de un betumen bermejo, mejor que almagre, que luce mucho, y la manera que cae sobre la cobija de la casa está teñida de la misma color". (1)

Alcedo cree que en frente del Inga-Pirca fué donde se dió por Ata-Hualpa aquella reñidísima batalla contra el ejército de su hermano Huáscar, en la cual murieron como sesenta mil combatientes; pero parece nada verosímil esta opinión.

De la famosa **Vía real de las cordilleras**, que, atravesando por todo el ámbito del imperio de Norte a Sur, ponía en comunicación la ciudad de Quito con la del Cuzco, se conservan todavía algunos vestigios en la provincia del Azuay, en los puntos siguientes: en el nudo de este nombre, en las cercanías de Cuenca en la colina que se llama de Turi, y entre Nabón y Oña. En el Azuay se conocen con el nombre de **Inga ñan** (camino del Inca): están en uno de los puntos más elevados de la cordillera y es necesario desviarse del camino real y buscarlos de propósito, para conocerlos: el Barón de Humboldt habla de ellos y los describe de la manera siguiente, en sus **Vistas de las cordilleras**: "Me sorprendió contemplar allí (en el llano de Puyal) a una altura, que excede con mucho la de la cima del pico del Tenerife, los restos magníficos de un camino construido por los Incas del Perú. Es una calzada, limitada por grandes piedras sillares; puede compararse, talvez, con los más hermosos caminos de los Romanos que he visto en Italia, Francia y España: es perfec-

---

(1) Jerez. Conquista del Perú. (Historiadores primitivos de Indias. Tomo 2º en la Biblioteca de Rivadeneira).

tamente alineada y conserva la misma dirección por seis u ocho mil metros de longitud". (1)

Entre los pueblos de Nabón y Oña vuelve a encontrarse otro fragmento de la Via real; pero allí no está formado de piedras sillares, como en el Azuay, sino de una mezcla durísima de barro y piedras menudas. El punto donde se encuentran estos vestigios se llama Charcay y a muy corta distancia se hallan también las ruinas de un tambo o casa de posada de los mismos Incas. Ruinas de esta clase de edificios hay en Achupallas, a este lado del Azuay; en Puma-Illagta; en el mismo páramo del Puyal; más allá de Déleg y sobre el pueblo de Oña. En todas estas obras se ha empleado para la fábrica de las paredes piedra tosca: en Achupallas se encuentra gran cantidad de piedra labrada; pero ya es imposible formar idea del plano del edificio, porque ha sido demolido para fabricar otras habitaciones. En los demás varía la forma, pero el sistema de construcción es el mismo, aunque estos tambos se hallan ya en tal estado

- (1) Un viajero contemporáneo, Mr. Marcoy, rectifica de la manera siguiente la descripción de Humoldt: "El camino militar de los Incas, principado del lado de Quito solamente, no lo fué jamás del lado del Cuzco, donde, sobre la fe del sabio Humoldt, que le da más de seiscientas leguas de longitud, lo hemos buscado en vano durante años enteros. La extensión, medida desde Quito hasta más allá de Cajamarca, donde se encuentra inconclusa, puede tener de ciento noventa y cinco a doscientas leguas. Esta ruta, que, según las narraciones siempre exageradas de los historiadores y las monótonas repeticiones de algunos viajeros, se ha tenido hasta hoy día por una inmensa calzada embalsada de granito y guarnecida de parapetos en toda su longitud, no es más que una obra de la naturaleza, en la cual, de distancia en distancia, asoma la mano del hombre y su trabajo. Por un trayecto de una o dos leguas que se encuentra limitado por enormes piedras, hay espacios de siete a ocho leguas, donde no se encuentra señal alguna del camino. Cerca de los lugares habitados, en el Azuay, en las alturas de Cuenca y principalmente cerca de Cajamarca, el camino está trabajado con más cuidado que en los parajes desiertos de la cordillera. En algunos puntos, desde donde la vista alcanza a descubrir un vasto horizonte, se ven peñascos monólitos tallados en gradas, que servían evidentemente de asientos; en fin, a largos trechos, se muestran lienzos de paredes desplomadas, ruinas de Tambos y de fortalezas. El trabajo de este camino, interrumpido a la muerte de Huayna-Cápac, no volvió a ser continuado jamás". (*Voyage a travers l'Amérique du Sud de l'Océan pacifique à l'Océan atlantique, Quatrième étape*).

Notables divergencias hay entre historiadores y viajeros acerca del Camino de los Incas. Cieza de León halló restos de él mucho más allá de Quito hacia el Norte; el Sr. D. Benjamin Vicuña Mackenna en su *Historia de Santiago* asegura que en territorio de Chile existen huellas de este camino. Caldas observó las que nosotros hemos visto entre Nabón y Oña; sin embargo, nó por esto nos parecen menos exactas varias de las observaciones de Mr. Marcoy.

de ruina que, apenas existen señales para conocer que son obra de los Incas.

En el pueblo llamado **Pucará** hay una fortaleza de los Incas, bastante bien conservada, y, acaso, el haber edificado el pueblo a las faldas de ella, ha sido causa de que sea llamado con el mismo nombre.

En nuestras excursiones por la provincia del Azuay hemos tenido ocasión de comprobar la exactitud de aquella brevisima observación de Prescott, quien al hablar de la arquitectura peruana en tiempo de los Incas, después de indicar los caracteres que distinguen los monumentos, que de ella quedan todavía dice: "Pero aun subsisten bastantes monumentos de esta clase para dar estímulo a las investigaciones del anticuario. Hasta ahora no se han examinado, por decirlo así, más que los que están a la vista, y según testimonio de los viajeros existen muchos más en regiones del país mucho menos frecuentadas" (1). En efecto, en un punto llamado **Colluctor**, entre el pueblo del Tambo y el Inga-pirca, casi al frente de Cañar, existen los restos de un edificio de los Incas, ya muy destruidos. Trabajados en la misma roca, a manera de Inga chungana, hay canales, juegos de agua, baños y sofás: todo lo cual parece que ocupaba el centro de una casa construida en su mayor parte con piedras labradas. ¿Quién levantó este edificio? Para qué objeto estaba destinado? ... Garcilaso dice que los Cañaris, después de conquistados por los Incas, hicieron muchos palacios para sus reyes.

El punto donde están estas ruinas, se llama **Colluctor**, como lo hemos dicho antes, y toda aquella comarca es conocida con ese nombre de **Huana-Huari** Llamaban **Huari** los indios aquel sitio de cada pueblo, donde decía la tradición que habían vivido los primeros pobladores, y estos lugares eran sagrados y objetos de adoración para ellos. **Hanak** significa arriba, alto, por donde **Huanak Huari** quiere decir el Huari alto, de arriba. "Adoran también, dice el P. Arriaga, las cosas de los Huaris, que son los primeros pobladores de aquella tierra que ellos dicen fueron gigantes... Invocan a Huari, que dicen es el dios de las fuerzas, cuando han de hacer sus chacaras o casas, para que se les preste." (1) Como acabamos de ver, el Huani-Huari

(1) Prescott, Historia de la conquista del Perú. Libro 1º Cap. 5º

(1) Arriaga. Extirpación de la idolatría del Perú. Cap. 2º

de Cañar debió ser un lugar sagrado para los indios y, por lo mismo, no es extraño que lo adornasen con labores en la misma peña, y que fabricasen allí edificios con piedras labradas, muchas de las cuales existen todavía.

\*  
\*   \*  
\*

## RESPETUOSAS ANOTACIONES

### AL ESTUDIO SOBRE LOS CAÑARIS

Con el transcurso de los años los estudios arqueológicos van descubriendo o aclarando algunos de sus misterios; el denso velo que esconde las huellas de las generaciones que fueron, álzase poco a poco; surgen del sepulcro en que yacían largos siglos los testigos de la remota historia, y vienen a relatar los pasados sucesos, tan minuciosa y lealmente, que con su dictado se ha podido reconstituir la vida de esos pueblos, con sus detalles y movimientos: tal ha sucedido con la historia antigua del Egipto y de varios pueblos de la Mesopotamia.

Incomparablemente más obscura y complicada parece la arqueología americana que no ha dejado rastro de monumentos escritos, como la egipcia y la asiria. Por lo mismo, mayor esfuerzo de inteligencia, mayor constancia y decisión en el trabajo necesita poner quien intente superar dificultades semejantes, mayormente si no cuenta con los poderosísimos auxilios de todo género con que los europeos cuentan. El Ilmo. Sr. González Suárez, en su primer trabajo arqueológico intitulado *Estudio sobre los Cañaris*, arrojó gravísimas dificultades para echar con tanto acierto los cimientos de la Arqueología Ecuatoriana. Hemos llegado a convencernos de que la tierra de los Cañares encierra una inmensa riqueza arqueológica en su seno y en la abundantísima toponimia preincaica que aun nos parece se conservan, sino intactas, poco menos, en la grande extensión de este dilatado valle interandino, limitado en sus cuatro puntos cardinales con sendas cordilleras, y cortado por el relativamente humilde nudo del Portete.

La orientación científica del Ilmo. Prelado historiador de los Cañaris, debe considerarse como una antorcha y guía de estos estudios; pues el **Estudio sobre los Cañaris** nada ha perdido de su valor fundamental, y creemos que seguirá siendo la base obligada de esta suerte de investigaciones. Esto no significa que se haya agotado la materia y no haya más que decir, ni tampoco que en puntos secundarios y en cuestiones opinables, por precisión se haya de seguir a ojos cerrados lo que el ilustre escritor sintió, y a pesar de que se expresó con incertidumbre. Por esto, las cortas anotaciones que, a instancias de personas entendidas, ponemos al **Estudio sobre los Cañaris**, son algo así como la composición que uno de los postreros discípulos del aula, presenta a su maestro en homenaje de respeto y de aplicación. Los errores que cometamos en materia tan compleja, casi inevitables hasta para los maestros, enmendaremos, a la benévola insinuación de quien nos los manifieste.

Como debemos ser concisos en estas anotaciones, advertimos para mayor claridad, que tocaremos únicamente, lo relativo a la dominación de los Incas sobre los Cañares, antes de que perdieran su independencia.

## NOTAS

### 1.—TUMIPAMPA

Este nombre de origen netamente incaico es el que los conquistadores del sur impusieron a la más importante de las ciudades que fundaron después del Cuzco y en la región de los Cañares. Las investigaciones hechas en estos últimos años nos dan como resultado cierto que dicha ciudad ocupó la planicie que se extiende al oriente de Cuenca, sobre la orilla izquierda del río de Tomebamba. El testimonio de Cieza de León es terminante; los numerosos y considerables cimientos que a trechos y en vasta extensión se descubren en ese campo, lo comprueban; los innumerables sillares de tipo incaico trasladados a las antiguas casas y edificios públicos antiguos de Cuenca, son otros tantos testigos que lo afirman.

A falta de libros, hemos buscado los rastros de Tumipampa en esa localidad, y habiendo recogido varios nombres que aun se conservan, hemos llegado a descubrir no sólo que aquí se fundó Tumipampa, sino que los Incas intentaron hacerla una reproducción del Cuzco. He aquí los nombres comunes a una y otra ciudad: Loma de Cullca, Colcampata; Cachipamba, Cachipamba; Cashapata, Casapata; Monay, Munaysenka; Huataná, Huatanay; Pomapongo, Pumachupan; Guanacauri, Guanacauri. Además, al pie de la más alta cumbre de este hermoso cerro bifronte que domina a Cuenca, hay un lugarejo que tiene el significativo nombre de Cozcayllu, esto es **Cozco-ayllu**. Quien desee estudiar el paralelismo que hay entre Tumipampa y el Cuzco, lea detenidamente la descripción que el Inca Garcilaso de la Vega hace de su ciudad natal, y compárela con Tumipampa y sus alrededores.

La razón para que los Incas hayan mirado con tanta predilección a Tumipampa es porque sobre su importancia como base militar para la conquista del norte, fué el lugar en que nació el más po-

deroso y glorioso de los monarcas de Tahuantinsuyo, el inmortal Huayna-Cápac, quien se complació en engrandecer y hermosear su cuna.

¿Qué son entonces las ruinas del valle de Yunguilla?

Esas ruinas no son de Tumipampa, a nuestro juicio; muy probablemente son dependencias de los tumbecinos, o de los incas. Esas ruinas, de todos modos pertenecen a los pueblos de los Llanos: hemos visto muchas piezas de barro de las orillas de Jubones enteramente parecidas a las del norte del Perú.

Por consiguiente, es tiempo de que desaparezca del mapa del Ecuador esa equivocación de colocar Tumipampa a las orillas del Jubones; y se debe ponerla en su propio lugar, a continuación de Cuenca. (1)

## 2.—MOLLETURO.

La expedición de Atahualpa sobre Tumipampa y los combates subsiguientes hanse explicado de una manera muy oscura, por haberse supuesto dicha ciudad en Yunguilla; pero aun suponiéndola en las cercanías de Cuenca, no se entiende cómo hayan podido las tropas del invasor retirarse a Molleturo, allí ser atacadas, volverse contra la ciudad y ocuparla: todo esto en un lapso de tiempo del todo insuficiente para tan rápidos movimientos a tanta distancia. Los comentadores de esta historia se han visto en el caso de apelar a hipótesis tales que, hasta con los vehículos más rápidos de hoy, esas marchas serían imposibles para uno y otro ejército; de admitir las suposiciones expresadas, habría que rechazar el relato de cosa imposible. Emitiremos nosotros una conjetura que tiene buenos fundamentos, con la que se explica fácilmente la historia.

En los alrededores de Cuenca hay varios lugares que llevan el nombre de otra región lejana: así en la parroquia de S. Sebastián, en el padrón de la doctrina, tenemos las parcialidades de Saraguro,

(1) El Dr. Julio Matovelle "Cuenca de Tomebamba" opina que esa población es fundada por una inmigración Chimu.

Plateros y Molleturo. Tómese en cuenta que la tribu de los Plateros hallábase al oriente del río Paute, y Saraguro pertenecía quizás a los Paltas. El Molleturo de que se habla en el padrón citado, no puede ser el del otro lado de la cordillera, de donde era imposible concurrirían los indígenas a la doctrina de S. Sebastián; luego hubo un Molleturo en las cercanías de Cuenca, esto es en las de Tumipampa. Sería uno de esos lugarejos cuyos nombres por el desuso van perdiéndose con los años. En ese Molleturo próximo a Cuenca fue, pues, donde se emboscó el astutísimo Atahualpa, para mejor caer sobre los engañados peruanos que le creyeron derrotado definitivamente y fugitivo. (1)

### 3.—CONTADORES CAÑARES.

La célebre pieza que el Ilmo. Sr. González Suárez interpretó como plano de Chordeleg, estudios posteriores han manifestado ser un contador.

Hemos logrado descifrar una pieza con dibujos que del Sigsig trajo para el Ilmo. Sr. Pólit el R. Sr. Canónigo D. Isaac Peña; resultó ser un contador, y de sistema decimal. Tal vez sea ya conocida esta pieza en otros lugares; es la primera vez que aquí se la estudia.

Es de procedencia netamente cañar; son bastante frecuentes los ejemplares que se encuentran; proceden del oriente de esta provincia, y no se han encontrado hasta ahora en otras regiones que se pamos.

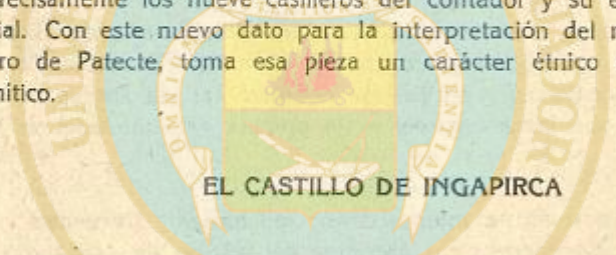
El contador Cañar es el mecanismo más sencillo y práctico de cuantos conocemos para sumar y restar: su manejo es tan fácil que basta saber hasta diez para entenderlo, ni se necesita escribir los números para las operaciones. El contador fué muy usado en esa región; prueba de que sus moradores eran negociantes. Parece que el contador lujosísimo que describió el Ilmo. Sr. González Suárez,

(1) Otorongo (Uluruncu) hasta Putuzhi (Putuzhío) se denominaba Turubamba en los catastrós y documentos hasta el siglo pasado. ¿No estaría en aquella región el Molleturo de San Sebastián?

fué un tipo de esos aparatos, o perteneció a un personaje poderoso quien lo hizo más complicado y embellecido que los populares.

Nótese que hasta el presente no se han hallado contadores en el valle de Yunguilla; tal falta en asunto tan importante de la vida social es clarísimo indicio de la gran diversidad en el modo de ser de los dos pueblos o tribus.

No anduvo muy lejos de dar con la verdadera interpretación de los contadores el Ilmo. Sr. González Suárez cuando quiso descifrar el significado del cuadro simbólico descubierto en Patecte; pues al explicar el dibujo que está sobre la cabeza de la guacamaya estilizada, busca en los números tal explicación. Si no nos hallamos bajo el influjo de una alucinación, sugestionados por la feliz interpretación que dimos al contador cañar, diremos que ese cuadro compuesto de escuadritas que está sobre la cabeza de la guacamaya cañar, es un contador en compendio. En efecto, ese cuadrado está formado de tres filas de tres escuadritas cada una, lo que hace precisamente los nueve casilleros del contador y su elemento esencial. Con este nuevo dato para la interpretación del misterioso cuadro de Patecte, toma esa pieza un carácter étnico más bien que mítico.



### EL CASTILLO DE INGAPIRCA

Distinguidos sabios han estudiado este monumento, y todos han hablado de él como obra en su totalidad peruana; no obstante, creemos se debe llamar la atención sobre el aun no suficientemente explicado Ingachungana. Lo que de tal monumento se ha dicho son meras conjeturas. En tal supuesto, ¿por qué no sería permitido emitir una más, sobre todo si ella tiene algún fundamento? He aquí lo que al respecto se nos ofrece decir.

Es sabido que los cañares tuvieron fortalezas en sus fronteras; grandes espacios cerrados de muraallas eran sus cuarteles o parapetos. A poca distancia del Ingachungana, en la corta planicie que hacia el sur se extiende, están patentes, bien que cubiertos por la grama, unos extensos cimientos que dibujan un paralelogramo de

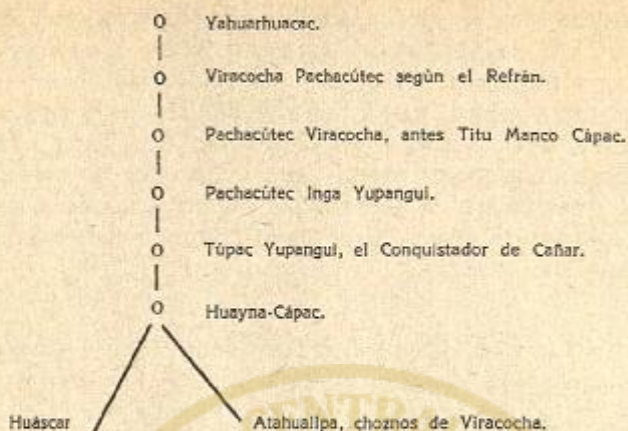
cerca de doscientos metros de longitud por veinte próximamente de ancho: esos cimientos son cañares a nuestro juicio. Y en apoyo del mismo, observaremos que junto a dicho cimiento existe una piedra de un metro poco más o menos de largo, por sesenta o setenta centímetros de ancho y otro tanto de alto, cuya faz superior está cubierta de huecos a manera de pocillos, de cinco a siete centímetros de diámetro y otros tantos de profundidad. Aunque no podamos decir para qué servía esa piedra, si podemos afirmar rotundamente que es obra cañar, no incaica.

Luego en ese lugar en que se dieron combates entre quechuas y cañares, hubo un cuartel o campamento al centro y las dos alas de esas fuerzas se apoyaban la una en el cerro próximo, la otra precisamente en el Ingachungana, que fue para los Cañares lo que la fortaleza de la elipse de Ingapirca para los peruanos. Parece que estos construyeron su castillo y sus cuarteles, paralelos enteramente a los monumentos de los Cañares. El Ingachungana, es por lo tanto monumento cañar, no peruano. Quizá aquella defensa la construyeron para contener a los puruhaes y solo accidentalmente resistieron allí a los invasores del sur, contra cuyas acometidas por retaguardia no eran tan eficaces aquellas fortificaciones.

## EL PRIMER CONQUISTADOR DE LOS CAÑARES

Se conviene generalmente en que lo fué Túpac Yupangui; la confusión que introduce en este punto la relación que Montesinos hace, aclárase con la explicación que da Garsilaso en la línea genealógica de los últimos Incas, punto en que su autoridad ha de ser preferida a la de cualquier otro cronista, ya por ser él cuzqueño, ya principalmente porque a nadie como a él le interesaba el prolijo estudio de la línea genealógica de sus antepasados indios, sobre la cual se había de basar su rango social en América y en España. Cieza y Montesinos y cuantos más discrepasen han de ser en esto interpretados en lo posible, conforme a los datos de Garcilaso.

He aquí la línea mencionada, empezándola en Yahuarhuacac, por no ser necesario remontarse más en este punto:



La simple inspección del árbol genealógico precedente, basta para explicar la equivocación de Montesinos, quien, por la parcial homonimia de Viracocha y Pachacútec Viracocha, los redujo a un solo personaje, como Garsilaso lo hace notar, cuando refuta este mismo error en que incurrió el P. Valera.

Además, tanto Huayna Cápac, como Túpac Yupangui, como Pachacútec Inga y Pachacútec Viracocha, antes de subir al trono, en vida de sus respectivos progenitores, comenzaron sus conquistas, las que solo atribúyense indudablemente ora al padre que las ordenaba, ora al hijo que las ejecutaba. Así Túpac Yupangui conquistó Cañar y fundó Tomebamba viviendo aun Pachacútec, quien recibió en sus rodillas al príncipe Huayna-Cápac, su nieto que tenía ya cinco años cuando fué llevado de Tumipampa al Cuzco.

Notaremos de paso, en este mismo capítulo del Ilmo. Sr. González Suárez, el interesante dato suministrado por Montesinos de haber sido el cacique Dumma quien hizo levantar un hermoso palacio para el Inca, y muchas casas a lo largo del río, para sus tropas. Es decir, que, bien interpretado este dato, resulta ser el cañar Dumma quien echó los primeros cimientos de Tumipampa. La historia debe consignar en sus páginas tan interesante hecho.

## LA PALABRA CAÑAR

Séanos permitido emitir una nueva interpretación de esta voz Cañar o Canar, como en muchas ocasiones se lee en varios de los documentos antiguos.

La gran cordillera de los Andes, al pasar por el istmo de Panamá, en el punto denominado Corte de Culebra, porque allí la corta el gran canal americano, tiene en la geografía el nombre antiguo de Sierra Cañara, como consta aún en la traducción del Curso de Geografía de Vidal de la Blache, editada en Barcelona el año de 1916.

Ahora bien, la palabra Cañara consta de estos dos elementos can, que, como ya lo enseñó el Ilmo. Sor. González Suárez, significa culebra, traducción confirmada por el nombre castellano dado a ese paraje e inmortalizado por la estupenda obra de ingeniería más admirable; el otro elemento es ara, que significa guacamaya. De suerte que cañara quiere decir culebra y guacamaya. Es bien conocido que todo el Istmo y Centro América es región clásica de culebras y guacamayos: el nombre de esa Sierra está plenamente, justificado.

En confirmación de la interpretación que damos a la palabra Cañari, recordemos la fábula de la procedencia que estos indios se atribuían; según sus fábulas, ellos eran hijos de la culebra y de la guacamaya. Estas fábulas con algunas variantes las tenían también los Omaguas, intermedios entre los caribes del Darién y los cañares.

Agréguese a lo dicho el tan significativo dibujo del danzante de Chordeleg, figura que el Ilmo. Sor. González Suárez reprodujo en su Atlas Arqueológico; allí se ve, sin dejar campo a duda alguna, que del pico abierto de una guacamaya estilizada sale una vivora. Aunque sea un hecho que sorprende, hay que confesar que los indios, con sutil ingenio, supieron escribir su nombre en un rebours o geroglífico: la serpiente que se lee can, y la guacamaya, ara, el conjunto, Canara.

Si no es esta la propia y literal traducción del nombre Cañar, esperamos de los lingüistas otra más bien fundada y plausible.

No será por demás añadir que algunas confrontaciones toponímicas de las regiones del bajo Magdalena concuerdan perfectamente con varios de los nombres geográficos de los Cañares.

Jesús Arriaga.



## EXPLICACION DE LAS LAMINAS

### Lámina primera

Esta lámina representa, según opinión de algunas personas, un idolo. Era una plancha grande de oro macizo, ajustada en un marco de madera; las figuras eran de relieve, muy pronunciado. Para comprender con mayor facilidad la imagen representada en esta plancha, no olvidemos cuan atrasados estuvieron los Cañaris en el arte del dibujo; así es que no conocían absolutamente las proporciones. La figura parece, pues, que representa un hombre sentado, con los brazos extendidos en forma de cruz: en la cabeza lleva un adorno a manera de corona; por la boca abierta sale una serpiente, que se retuerce hacia el cuerpo del mismo individuo: en la mano derecha tiene un aparato, que, a primera vista, parece un arco; la otra mano está abierta. Dos caras, una mayor y otra menor, ocupan el lado derecho, en cuya dirección aparecen tendidas ciertas labores originales: los cuatro agujeritos, que se ven en esta parte, estaban llenos con piedrecitas verdes, y los ojos de las cuatro caras que hay en la figura estaban formados por piedras, tan blancas y finas que, parecían de losa.

Mas, ¿qué representa esta figura? Nada puede asegurarse con certidumbre respecto de su significado. Parece un objeto a la vez religioso y astronómico; la representación de un sistema cosmogónico religioso. Esa serpiente, que sale de la boca, significará, talvez, la sucesión del tiempo, medido por el curso del Sol, en cuyo caso la figura representaría el Sol armado del rayo, o aquella terrible trinidad, tan común en las cosmogonías de varias naciones americanas, el sol, el rayo y el trueno.

Los Aztecas acostumbraban representar por medio de signos los nombres de sus ciudades. Esta plancha de oro, ¿será, talvez, el nom-

bre de Chordeleg, representado por medio de un jeroglífico?... Clavijero en su **Historia Antigua de México** representa los jeroglíficos de varias ciudades de aquel imperio.

### Lámina segunda

La figura primera representa la tiara descrita en el texto. La segunda es un lauto o corona de oro, adornada con cuatro hileras de pendientes, también de oro. La tercera es la hacha de que se hizo mención en el texto.

### Lámina tercera

Las figuras primera y segunda representan dos de aquellas planchas circulares o **tinculpa**, que los indios se ponían al pecho como adorno en las fiestas de sus huacas. La primera fue descrita en el texto. La segunda era de plata, ya muy oxidada.

Las figuras tercera, cuarta y quinta representan tres conopas o dioses particulares del individuo. El tercero de oro, el cuarto de plata y el quinto de hueso. El uno representa un indio sentado sobre una piedra y lleva en la cabeza un tocado a manera de bonete; el siguiente representa un indio en cuclillas, arrimado a un madero, sobre la cabeza está un animal de la misma especie que el representado en la figura primera; el tercero es un indio vestido con cierta vestidura talar; parece que este idolillo no estaba acabado, sino a medio hacer.

### Lámina cuarta

Las figuras primera, segunda y tercera representan hachas encontradas en Huapan: las representadas en esta lámina fueron escogidas al acaso entre una muchedumbre considerable.

Hachas semejantes se han encontrado también en la provincia del Chimborazo.

La figura cuarta representa un vaso de oro, bastante grande; en vez de asa tiene la imágen de un indio sentado en cuclillas, el cual

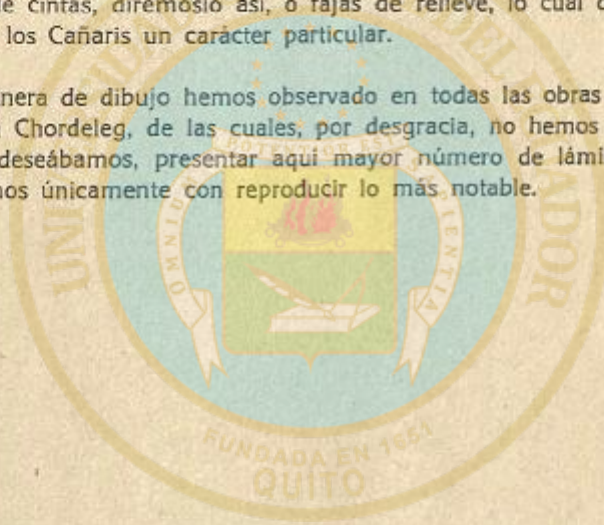
lleva en la cabeza un turbante, parecido en su forma a la tiara representada en la lámina segunda.

### Lámina quinta

Esta lámina representa el plano de Chordeleg: ahí se ven el lagarto, las cabezas con su tocado original, las labores, las torrecitas y las celdillas o cajones de que hablamos en el texto.

Todos estos objetos, excepto las planchas de la lámina cuarta, fueron encontrados en Chordeleg. Nótese la fisonomía, tanto de las cabezas representadas en el plano como de las demás figuras, y se echará de ver esa manera especial de representar los ojos y la boca por medio de cintas, dirémoslo así, o fajas de relieve, lo cual da a las obras de los Cañaris un carácter particular.

Esta manera de dibujo hemos observado en todas las obras encontradas en Chordeleg, de las cuales, por desgracia, no hemos podido, como deseábamos, presentar aquí mayor número de láminas, contentándonos únicamente con reproducir lo más notable.





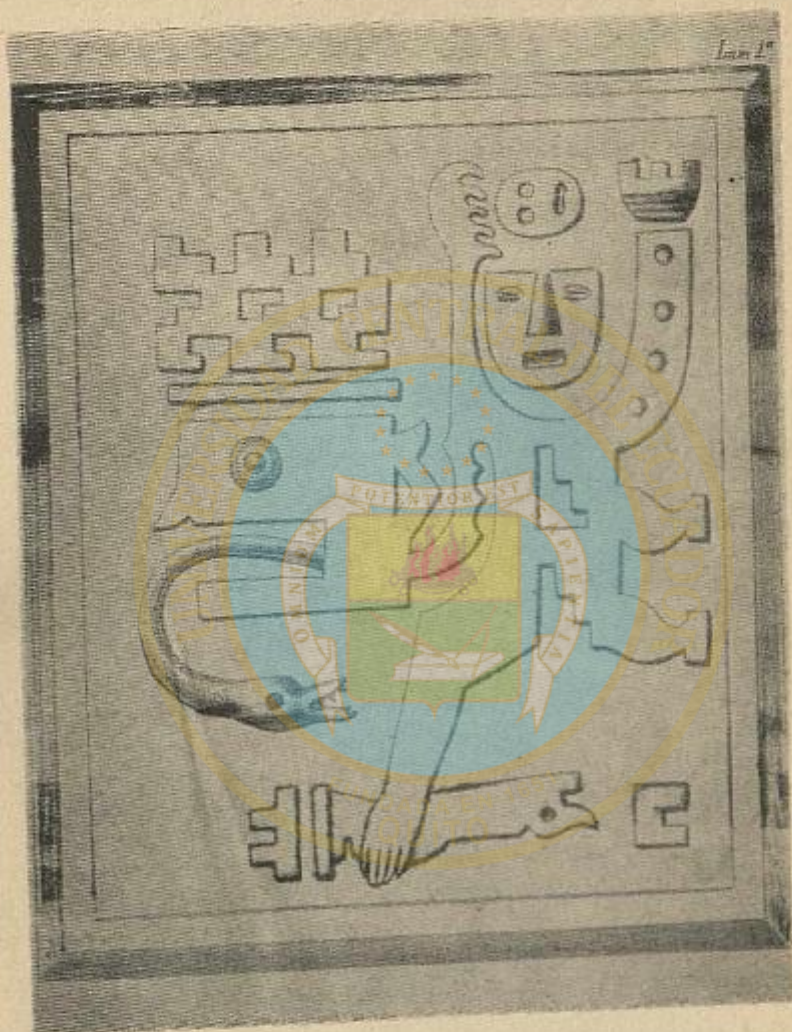


Lámina Primera



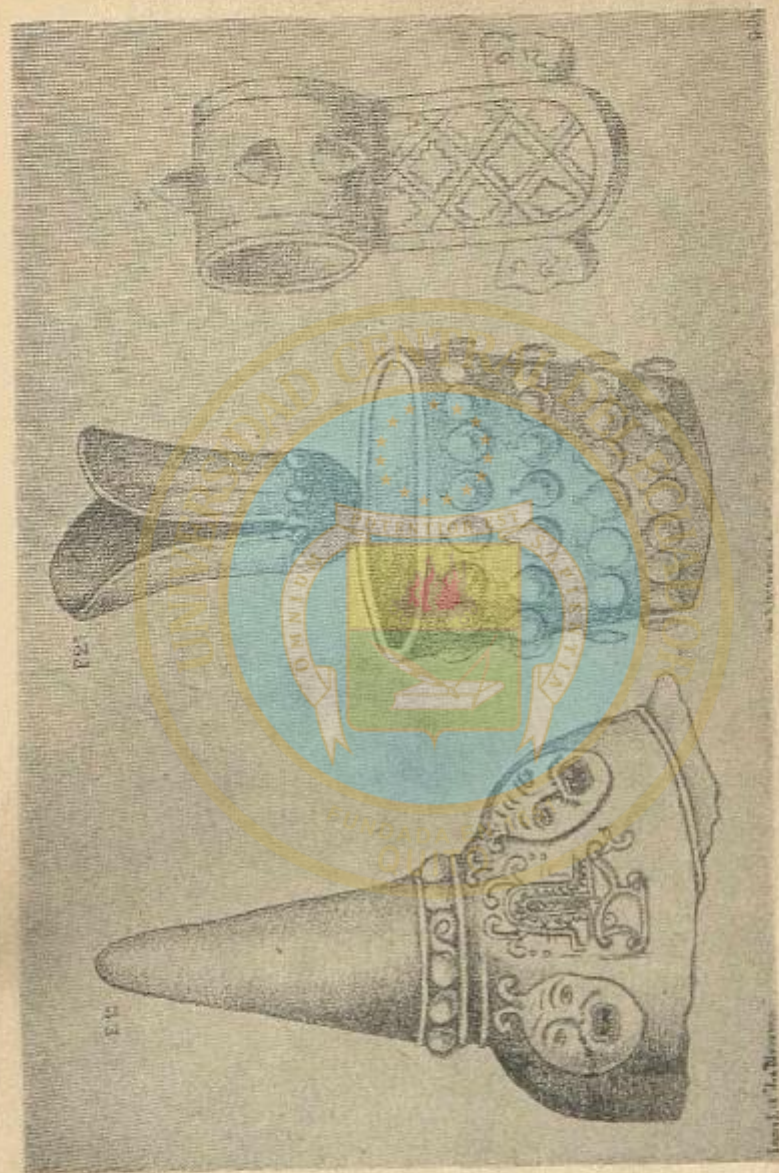


Lámina Segunda





Lámina Tercera



Lámina Cuarta

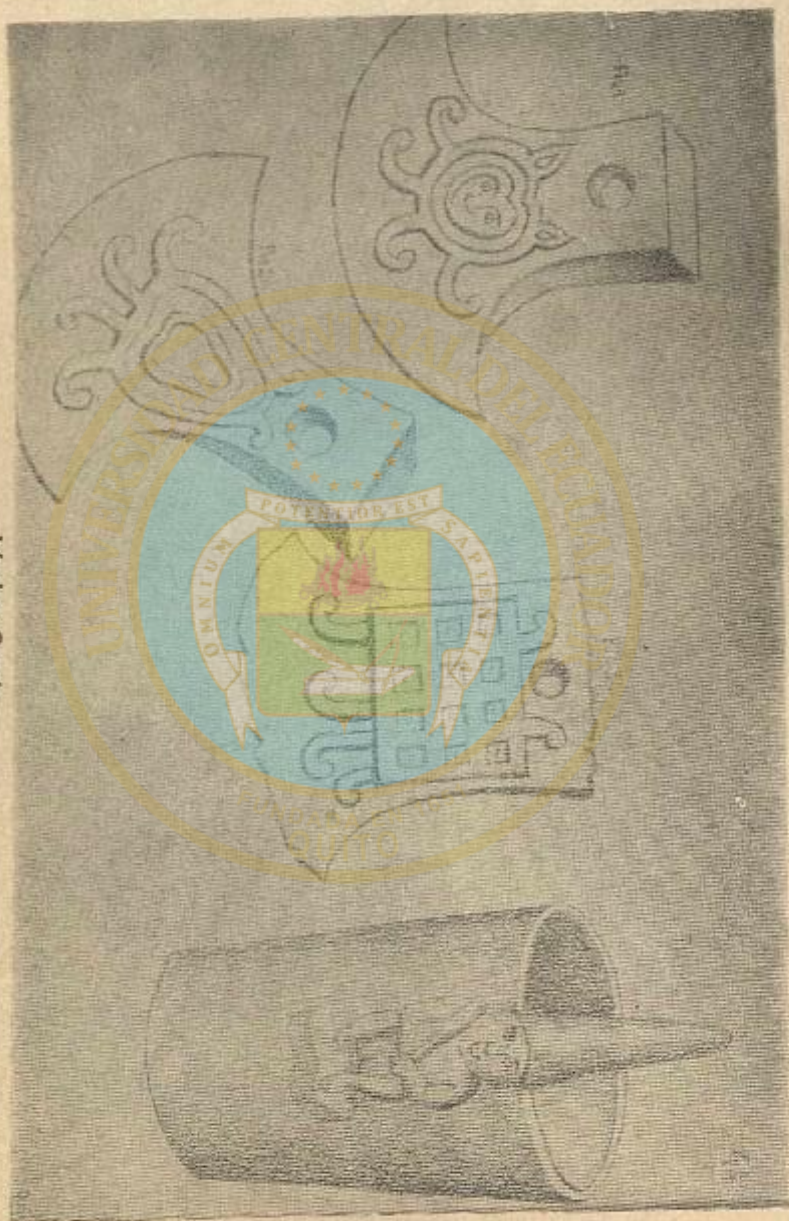




Lámina Quinta



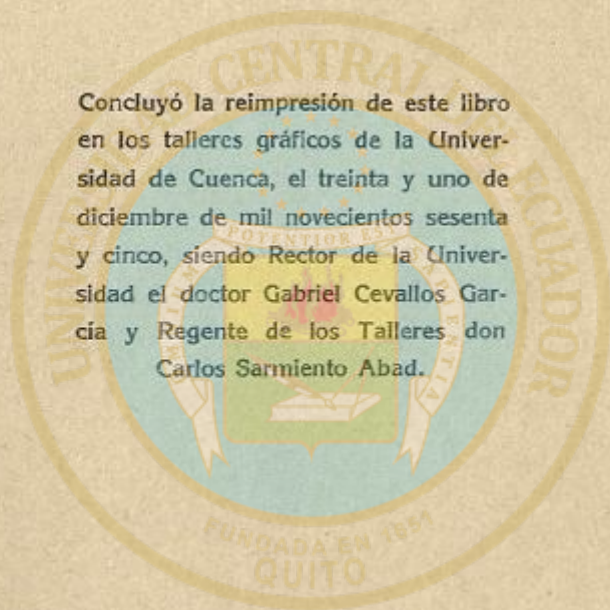


# INDICE

|                                                                                                        | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| González Suárez y su Primer Estudio Histórico. Nota previa<br>del Doctor Gabriel Cevallos García ..... | 9            |
| Introducción, por Carlos M. Larrea .....                                                               | 47           |
| Al Lector .....                                                                                        | 49           |
| Capítulo Primero: La Nación de los Cañaris .....                                                       | 51           |
| Capítulo Segundo: Dominación de los Incas .....                                                        | 56           |
| Capítulo Tercero: Historia de los Cañaris .....                                                        | 62           |
| Capítulo Cuarto: Investigaciones Históricas .....                                                      | 78           |
| Capítulo Quinto: Sitio y Ruinas de Tomebamba .....                                                     | 104          |
| Capítulo Sexto: Monumentos de los Incas .....                                                          | 113          |
| Respetuosas Anotaciones al Estudio sobre los Cañaris, por<br>Jesús Arriaga .....                       | 125          |
| Explicación de las Láminas .....                                                                       | 133          |



Concluyó la reimpresión de este libro en los talleres gráficos de la Universidad de Cuenca, el treinta y uno de diciembre de mil novecientos sesenta y cinco, siendo Rector de la Universidad el doctor Gabriel Cevallos García y Regente de los Talleres don Carlos Sarmiento Abad.









PUBLICACIONES  
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA